

CENTURIAS ESPACIALES



LEGIÓN ALFA

F. RICHARD BESSIERE

Andreu



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



F. Richard Bessiere

LEGIÓN ALFA

F. Richard Bessiere

LEGIÓN ALFA

Título de la obra en inglés: *Legión Alpha*

Versión española y realización: M. Balsalobre

PROLOGO

No soy humano ni animal y, aún menos, un vulgar vegetal. No; no pertenezco a ningún reino de este mundo, y, por tanto, no me une a él ningún lazo.

Soy diferente. Una criatura diferente, bien diferente. El modelo perfecto de una raza autótrofa cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, en el seno de ese Cosmos absurdo e impensable.

Impensable sería más bien una expresión de retórica, si olvidase decirles que mi especie posee el don del pensamiento.

En resumen, yo siento, apruebo, comprendo, veo, asimilo y discuto: ¡VIVO!

Mi sensibilidad es extrema... quizá demasiado, y bien seguro que esto es lo que ha desorientado a los colosos de este mundo, pues yo soy... Oh, que importa; ya lo sabrán ustedes pronto, y creo que es preferible que escuchen antes mi historia, o, por lo menos, a los que vivieron a mi lado.

He reunido todos los elementos, hasta sus más insignificantes detalles. ¿Qué es lo que podrían ocultarme? Nada.

Claro... lo ignoraban.

CAPITULO I

El profesor Michael Perkins salió lentamente de la habitación. Quedó un largo rato indeciso, inmóvil en medio del laboratorio, los ojos llenos de lágrimas, contemplando en su desesperación los objetos de cristal y brillante acero que parecían bailar y deformarse frente a él.

¿Por qué había hecho eso?... ¿Por qué?

Entonces tuvo la impresión de que todo el dolor y toda la miseria del mundo se le echaban encima como una masa, y se apoyó pesadamente contra la puerta metálica tras de la cual acababa de producirse el drama.

Ahora, se acabó. Todo se acabó.

¿Qué podría hacer él ahora?

Un pensamiento predominó sobre todos los demás en el fondo de sí mismo, y, como un ebrio, se dirigió hacia la mesa de trabajo, dudó breves segundos, descolgó el teléfono y marcó un número.

Sus dedos se crisparon sobre el auricular, en cuanto percibió la voz en el otro extremo del hilo.

—*Allo*, ¿Roberto? Mike al aparato —murmuró como en un soplo—. Es necesario que vengas inmediatamente... No, te lo suplico, haz todo lo posible... es... es muy grave... ¡Oh, no! no se trata de mí...

Perkins dudó en añadir:

—¡Acabo de matar a Mary!

No oyó ni siquiera lo que la voz le respondía; colgó el teléfono y se dejó caer sobre una butaca.

Quedó entonces sentado, incapaz de la más mínima reacción, hundido por el peso de su gran responsabilidad, de sus errores, y de una tortura que desgarraba a un tiempo su alma y su carne. Todo siguió así hasta que el timbre de la puerta sonó enérgicamente, y, entonces, recobró su consciencia. Se precipitó para acoger al que esperaba. ¡El profesor Roberto Moretti!

Era un hombre de unos treinta y cinco años, no muy alto, animado de una gran vitalidad que se reflejaba en su brillante mirada y en sus gestos vivos y precisos.

Contempló a Michael con intensidad, como si no quisiera aun aceptar la horrible verdad: —Mike, vamos a ver, no es posible...

Lo apartó lentamente y penetró en el laboratorio.

—¿Dónde está Mary?

Perkins tendió el brazo en dirección a la habitación, y, como Moretti iba a precipitarse dentro, gritó:

—No, no, por favor, ¡no entres! No servirá de nada...

Moretti se volvió en redondo y le plantó cara. Había palidecido.

—¿Cómo ocurrió? ¿Qué es lo que ha pasado?

Perkins anduvo unos cuantos pasos hacia él. Moretti tuvo la impresión de

que todo estaba quebrado en aquel hombre en el cual había aprendido a conocer la extraordinaria fuerza de carácter y de voluntad, que siempre había sabido desplegar hasta en los momentos más críticos.

Perkins era un hombre de ciencia, igual que él, pero era un ser excepcional, un hombre de honor, respetado y envidiado por todos; un hombre que había sabido adueñarse de sí mismo en todas las circunstancias, y Dios sabe que la existencia miserable que llevaba en el seno de esta comunidad no le había facilitado las cosas.

Solamente esta vez...

—¡He matado a Mary...! ¡La he matado...! ¿Es que no comprendes lo que he hecho?

—Mike, por favor, cálmate. Explícamelo todo si quieres que te ayude.

Perkins movió la cabeza y lanzó un largo suspiro.

—Sí, tienes razón. Tú te acuerdas de ese suero que había descubierto para combatir la lepra leucémica que nos diezma uno detrás de otro... En fin, por lo menos creía haberlo descubierto... Las experiencias y ensayos realizados en toda clase de animales eran satisfactorias y... —Señaló con un gesto un armario empotrado situado al lado de su mesa de trabajo —: Lo tengo además todo anotado al día, en mis notas, podrás darte cuenta por ti mismo. Mary me había ayudado y compartía conmigo una confianza absoluta. Estábamos persuadidos de que todo iría bien si lo inoculábamos a un ser humano, y queríamos obtener esta prueba antes de someter nuestro suero a la consideración de la Asamblea Médica.

Interrumpiose un instante, y Roberto Moretti comprendió el drama que acababa de ocurrir.

—Has hecho esta experiencia sobre Mary, ¿no es así?

—Sí. Esta mañana.

—¡Mike!

—Mary no quería que fuese yo. Insistió para que experimentase sobre ella. ¡Oh, Roberto!, ¡no debía haberla escuchado! Y lo que aún es peor, no hice nada por disuadirla. Acepté su sacrificio como lo hubiera aceptado de cualquiera. En aquel instante, sólo contaba para mí el éxito de mi experimento. Olvidé todo cuanto representaba para mí. No era más que el sabio, el investigador, el monstruo insensible y ávido de éxito...

—¿Sufrió?

—No, no creo. Tenía simplemente angustia y pena infinita en sus ojos. No por ella, sino por mí. La parálisis fue fulminante... ¡Es horrible!

Se pasó una mano húmeda por delante de los ojos, como para borrar aquella visión que le atormentaba casi continuamente, al tiempo que Moretti se acercaba a él.

—Mike, es necesario que seas fuerte. Es un accidente, y Dios sabe que no estamos a cubierto de estas cosas. Esto pudiera haberle ocurrido a cualquiera. Es preciso que no te atormentes inútilmente. Si hubieras tenido la más ligera duda sobre la naturaleza y efectividad de tu suero, no hubieses hecho jamás lo

que hiciste. Es esto y sólo esto lo que debe contar para ti.

—Nos íbamos a casar dentro de tres semanas. ..

—Debes olvidar todo esto. Escucha Mike, no hay ni un segundo que perder. Debemos encontrar una solución.

—Llama a la policía.

—No tienes posibilidad alguna de salir con bien por esta parte. Las leyes son severas, tú lo sabes, y no tenías ningún permiso para intentar tu experimento sobre Mary.

—De todas formas, estoy perdido.

Roberto Moretti dio unos cuantos pasos por el laboratorio, pareció reflexionar rápidamente y volvió hacia su acompañante.

—No, espera. Te queda todavía una esperanza... El Centro de estudios geológicos del comandante Rupert. Las oficinas de reclutamiento están en la Zona 4. Falta personal calificado, sobre todo, médicos; garantizan la inmunidad y respetan el anonimato.

En efecto, Perkins se acordaba de haber oído hablar de esta Organización, cuya creación se remontaba al principio de la nueva Era, y cuyas reglas y administración estaban copiadas de los antiguos principios.

Una disciplina militar era la base de este organismo, tan paradójico que podía aparecer en una comunidad unificada y en adelante al abrigo de conflictos o de luchas interiores. Pero se había admitido que era necesaria para mantener el orden y el espíritu de este organismo y que su único fin era velar por la seguridad de la Comunidad, controlando continuamente las influencias diversas, pudiendo modificar los fenómenos geotérmicos o isostáticos en que los desarreglos brutales podían tener serias repercusiones sobre el conjunto de esta población troglodita.

Perkins conocía las condiciones miserables en las cuales se movían los que constituían esta Organización de elegidos, así como los sacrificios exigidos. El peligro estaba en todo los sitios, y el hombre vivía en un temor perpetuo.

El miedo se había convertido en una segunda naturaleza y ello sería, en adelante, parte de su patrimonio hereditario.

Es verdad que la nueva Era tenía sus raíces en la más espantosa de las catástrofes que el hombre jamás pudo conocer. El miedo engendra el miedo, como el viento que se desencadena, origina la tempestad, y la tempestad, como el miedo, no la olvida nadie, sobre todo si no se está a cubierto.

Perkins con todos esos hombres instalados en puestos avanzados, casi en el límite de la corteza terrestre, allí donde reina el silicato de aluminio, y en donde la densidad media no excede de 28, allí donde se sabe que está el origen de las ondas sísmicas que amenazan arrasar a los salidos con vida de este mundo que no quería morir.

Posiblemente, Roberto tenía razón. Era la única forma de escapar de los policías federales y continuar sirviendo a esta humanidad por la cual no había cesado jamás de sacrificarse, desde que los «test» de orientación profesional habían decidido su papel y su suerte.

—Mike —siguió Moretti—, es necesario que

Lo pienses deprisa, muy deprisa... no tienes ni un instante que perder.

El joven profesor volvió la cabeza y su mano se posó sobre el hombro de Moretti. Se miraron un instante sin hablar. Las palabras eran inútiles, ya lo sabían. Posiblemente no volverían a verse nunca.

Por fin, Perkins miró tristemente por última vez hacia la habitación, salió del laboratorio y rápidamente ganó la salida.

Algunos segundos más tarde, en su autocohete, corría por el gran túnel colector brillantemente iluminado, acelerando a una velocidad vertiginosa hacia el Sector 4.

CAPITULO II

El comandante Rupert era un hombre de unos sesenta años, muy corpulento y algo calvo. Llevaba el uniforme azul la banda de su unidad, con el blusón púrpura, en el cual y en medio del pecho resaltaba un círculo en cuyo interior estaba dibujado el emblema del grupo del Organismo.

Era un hombre duro, enérgico, y su calma perpetua contrastaba extrañamente con la dureza de espíritu que demostraba.

Algunos decían que había heredado de sus antepasados su vocación militar y su comportamiento de espadachín moderno. Pero en el fondo, era un hombre de corazón generoso, y que admitía también los sacrificios de los demás como los suyos propios.

Este soldado de la nueva Era, dentro de todo, no se diferenciaba mucho de los que la Tierra había conocido antaño, y, a ciertas alusiones en este sentido, se dignaba contestar:

—Un soldado, tanto puede servir a su país en tiempo de guerra como en la paz. Yo soy un soldado de la paz, pero no tengo nada que reprochar a mis antepasados, ellos tenían sus problemas y nosotros tenemos los nuestros;

Hoy en día el hombre luchaba contra una naturaleza hostil; todo como en el origen de los tiempos. Sólo el medio ambiente había cambiado, pero el hombre todavía era el mismo, con todo lo que tenía de bueno y de malo.

Debía sobrevivir, costase lo que costase, al espantoso cataclismo que había borrado de la superficie del Globo la civilización próspera del año 2000.

¡El año 2000!

Una fecha fatídica, si hubiéramos creído a los adivinos y a los predicadores de siglos anteriores. Es verdad que las tradiciones funestas demoraban desde el primer milenio, donde los abusos de la autoridad habían ya —cerca del décimo siglo— creado en el espíritu humano aquella intimidad denodada al margen de todo fundamento. Pero si la mayor parte de los hombres habían abolido aquellas viejas leyendas y antiguas supersticiones, algunos, por el contrario, habían visto en ellas el destino ciego de su raza.

¿Quién podía probar lo contrario?

Cuando el fruto está maduro, cae, y su descomposición empieza, dice un viejo proverbio, y este era el caso de aquella humanidad, llegada bruscamente a una situación de la cual era imposible salir sin hacer uso de un acto desesperado.

¡La guerra!

La guerra que, al principio del siglo XXI, había opuesto el bloque americano al bloque afroasiático.

La guerra que había arruinado a los cinco continentes y debilitado la economía mundial, hasta tal punto que no pudo mantener el prestigio que la Tierra tenía con la población marciana, con la que mantenía relaciones desde el año 1992.

La guerra, que lo que se jugaba, teóricamente, era el planeta Marte y su civilización decadente.

¡Decadente! Era lo que, desgraciadamente, se había pensado y decretado. El hombre de la Tierra se había instalado como maestro y conquistador, transportando su espíritu colonizador a un mundo en el cual ninguna ley había dictado todavía la menor regla.

Aquello duró hasta el año 2085, y llegó el día en que aquellos seres extraños y misteriosos, se levantaron contra la hegemonía terrestre, aprovechándose bruscamente de su debilidad económica, para apoderarse de todas las instalaciones y equipos militares.

Todo aquello fue tan rápido que nadie tuvo tiempo de prever el drama que se desencadenaba, y fue en la mañana del 11 de mayo de 2085 cuando las superbombas cohetes dirigidas desde Marte, estallaron en la superficie terrestre, sembrando la destrucción y la muerte en el espacio de pocos minutos, arrasando los continentes, en un infierno de llamas, de fuego y de explosiones radiactivas, que borraron aquella civilización milenaria.

Los únicos supervivientes fueron los que, en aquella mañana de primavera, trabajaban en el interior de los túneles, a algunos centenares de metros en el fondo de la Tierra, ocupando sus puestos en medio del bombardeo, en las instalaciones electrónicas.

Estas instalaciones databan del siglo anterior, en el cual una gigantesca armada de termitas debía cumplir durante largos años un trabajo colosal en las entrañas de la Tierra.

Todas las naciones habían perforado sus propios refugios subterráneos, reservados a las instalaciones militares, demasiado vulnerables en la superficie, agujereando y perforando la corteza terrestre, hasta el punto de transformarla en hospitalaria, inaccesible en caso de peligro, y proyectando en el reino de las tinieblas eternas todo cuanto el hombre había sabido crear en la superficie de la Tierra.

Gigantescas redes invisibles de acero y aluminio habían sido instaladas luego, a fin de tener continuo contacto entre las principales estaciones, donde reinaba una actividad sostenida y continuada, para almacenar reservas alimenticias y productos indispensables a los ocupantes.

Así fue como sobrevivieron los que estaban aquel día de servicio en las estaciones subterráneas, asistiendo impotentes al drama y a la catástrofe que tenía lugar en la superficie. Lo que más adelante formaba, a lo mejor para siempre, una barrera infranqueable entre el mundo exterior y el de las profundidades.

En adelante, el enemigo para los supervivientes no era más que un hombre o una criatura viviente.

Dos siglos han pasado desde aquel terrible día.

Dos siglos, en el curso de los cuales, la vida había vuelto a exigir sus derechos, y los descendientes de aquellos infortunados, se habían adaptado insensiblemente a las nuevas condiciones de vida, luchando desesperadamente

contra los nuevos peligros, entre los que se encontraba el terrible «mal de las profundidades» como lo llamábamos, y que no era otra cosa que una variante de la leucemia clásica, provocada por la atmósfera artificial que allí se respiraba.

El comandante Rupert conocía evidentemente todo eso, y este problema lo había acaparado desde que dirigía el Centro de Investigaciones Geológicas.

Aquella mañana, desde su llegada al despacho, compulsó minuciosamente los documentos suministrados por la Oficina de Reclutamiento, clasificó cuidadosamente los papeles que reclamaban su firma, cogió uno, lo estudió con más detenida atención, y, de un golpe brusco, pulsó el intercomunicador:

—Tráigame al doctor Perkins —ordenó—, Michael Perkins; documento 3.825-A2.

En cuanto Perkins entró en el despacho del comandante Rupert, le sorprendió primero la rectitud y la brusquedad de aquel hombre que casi le deslumbraba con sus pequeños ojos, duros e impenetrables.

Rupert inclinó ligeramente la cabeza, indicó una butaca para que se sentara, cogió el documento que tenía ante él, y dijo:

—Usted firmó una solicitud de entrada en nuestros Servicios ayer por la noche. Espero que ya se haya enterado de las reglas que aplicamos y por las que nos regimos. Ningún favor especial es acordado para con los médicos, y hasta diría que es uno de los puestos menos envidiable de nuestra Organización.

—Lo sé, comandante.

—Nuestro cuerpo médico principal ocupa los puestos avanzados en la Capa SIAL, pues es allí donde ocurren con más frecuencia los accidentes.

—También lo sé.

—El contrato es para cinco años. Las estadísticas demuestran que de los destacados allí, solamente un 30 por ciento acababan su contrato en vida. Sobre ese 30 por ciento de supervivientes, ocho padecen enfermedades incurables; cuatro, condenados a alguna desgracia o accidente, y cinco más, inválidos para el resto de sus días.

Hubo un breve silencio que Rupert aprovechó para estudiar las reacciones provocadas por sus palabras en el rostro de Perkins.

Como este último no contestaba, continuó:

—Tiene usted derecho a 24 horas de reflexión, según consta en el reglamento. Supongo que tampoco lo debe ignorar.

Se levantó, dio unos cuantos pasos en el despacho, jugando distraídamente con un cortapapeles, observó largo rato a Perkins y prosiguió en otro tono:

—Según usted, doctor Perkins, ¿cuáles son las posibilidades de sobrevivir que tiene nuestra raza, en las actuales condiciones?

Un poco sorprendido por esta pregunta, Perkins frunció el entrecejo e hizo un ligero gesto.

—Son muy pocas, ¿no? —continuó Rupert—. Y estamos todos de acuerdo en convenir que nuestra raza se extinguirá dentro de cuatro o cinco

generaciones. Y por eso nos hemos puesto todos manos a la obra para sobreponernos a las dificultades que amenazan a nuestras ciudades subterráneas.

Se dirigió hacia una gran abertura en el muro, que se iluminó bruscamente al pulsar un botón, y que representaba un plano detallado de la red mundial subterránea.

—Hemos efectuado la unión con todos los refugiados, perforando túneles de muchos kilómetros de longitud; todas las razas humanas se han unido, fundido en un mismo movimiento de solidaridad. Jamás los pueblos de la Tierra han conocido una fraternidad tan completa desde la catástrofe, donde cada uno ha tenido que hacer frente al mismo problema, al mismo peligro. Nuestros sociólogos consideran que es la mayor victoria de nuestra humanidad. Pero esto no impide que estemos irremediablemente condenados. Al principio, todo giraba en torno de perpetuar la raza, de asegurar su continuidad, esperando el medio de vencer todos los peligros que nos acechaban. Habíamos calculado con precisión el espacio que nos era necesario. Al cabo de dos siglos de esfuerzos, nos damos cuenta de que nuestra situación es de las más alarmantes, aunque hayamos intensificado hasta el máximo nuestra productividad y nuestros medios de comodidad y seguridad.

Hubo un corto silencio, que Perkins aprovechó para responder:

—Estoy de acuerdo con usted. El hombre no está hecho para vivir en las entrañas de la Tierra, y nosotros luchamos contra las reglas de la Naturaleza.

—Es exactamente la contestación que esperaba de usted.

Rupert giró en torno de su despacho y se sentó en su sitio, frente a Perkins.

—La sola esperanza que nos queda es conquistar la superficie del planeta.

—¿La superficie?

—Sí, la superficie; no hay ninguna razón por la que no podamos intentar la hazaña.

—Ya no estamos adaptados. Nadie de entre nosotros ha ido jamás.

—Todavía no... pero hemos recogido bastantes datos ya, que nos puedan ayudar.

—Los manuales hablan de radiactividad en el ambiente.

—Los manuales, datan de dos siglos... Nuestras primeras estimaciones demuestran que la mayor parte de las radiaciones mortales han debido atenuarse desde la catástrofe, y que las dosis de Roentgen a las cuales sería expuesto un ser viviente, podrían ser soportables.

—Los manuales hablan también de bruscos cambios de temperatura.

—Mencionan también una cantidad de cosas que, prácticamente, no significan nada para nosotros. Como la lluvia, el viento, las tempestades, la sucesión de los días y las noches, la .nieve, el granizo y las temporadas o estaciones, que tienen una gran influencia sobre la vida vegetal. Se habla también de flores con perfume, de animales, de insectos, de fauna acuática y aérea. La tradición nos habla de estos fenómenos menos, pero nos es

imposible hacernos una idea exacta de lo que pueden representar como caudal de seguridad o de peligro. Y, antes de emprender nuestra emigración, es necesario que sepamos si verdaderamente la superficie del planeta conviene a los seres en que nos hemos convertido.

El comandante Rupert extendió sus manos sobre el documento de inscripción, todavía en su sitio sobre la mesa, del despacho.

—Por esta razón he creado la primera legión encargada de investigar exhaustivamente las condiciones de vida en la superficie. El equipo se compondrá de seis elementos, teniendo cada uno de ellos una especialidad bien definida, y entrenada adecuadamente para una salida al exterior. Cinco han sido ya designados de entre los voluntarios. Sólo nos falta un médico que posea sus diplomas de biólogo. Este parece ser su caso, doctor Perkins.

Michael comprendió entonces el por qué había permanecido durante tanto rato en el despacho, y movió la cabeza, mientras Rupert proseguía:

—Estamos estudiando secretamente este proyecto desde hace algunos años y va llegando la hora de llevarlo a la práctica.

—¿Cómo puede usted estar seguro de que este equipo podrá comportarse debidamente y con normalidad en la superficie?

—Porque somos capaces de modificar completamente el metabolismo humano, imponiendo al organismo una cibernetización apropiada. ¡Oh! el principio no es reciente, data de los fines del siglo XX de la Era Antigua. Algunas experiencias, con buen resultado, habían sido hechas cuando la colonización de Marte, y habíamos conservado en nuestros archivos los viejos documentos relacionados con la cibergisación. Supongo que estará usted al corriente de ello.

En efecto, Perkins estaba al corriente. Hasta se había interesado antaño por este descubrimiento antiguo, y conocía los métodos empleados para producir estos organismos cibernetizados, soportando glándulas electrónicas y químicas, y toda clase de estimulantes bioelectrónicos injertados sobre los órganos naturales, controlando así su funcionamiento de forma directa.

Arterias artificiales de polietileno, distribuirían por el cuerpo una cantidad de agua a una temperatura acondicionada, favoreciendo o reduciendo la evaporación operada en un sistema celular en función de la temperatura ambiente. Esos reguladores térmicos, permitían al organismo soportar calores y fríos considerados como mortales por la medicina clásica.

Evidentemente había sido necesario prever la eliminación de peligros que podían perturbar el funcionamiento normal de centros nerviosos y del cerebro, dotando particularmente a este último de un sistema termostático autónomo d« conducción electrónica.

Perkins no ignoraba nada de todo eso, y vio la imagen, en su cerebro, de esa monstruosa criatura salida de los laboratorios de investigación, y de la imaginación combinada de los sabios y de los técnicos.

¿Era esto lo que el futuro le reservaba?

¿Qué suerte espantosa le esperaba después de la terrible transformación?

Rupert notó mentalmente la excitación que le habían producido a Perkins aquellos recuerdos, y, con calma, esperó su contestación.

En aquel instante, la vibración del intercomunicador rompió el silencio, y una voz femenina resonó en el pequeño altavoz:

—El lugarteniente Ménard, de la Policía Federal está al aparato. Es una comunicación urgente. ¿Quiere usted hablar con él?

Rupert salió de su sueño y gruñó:

—Páseme la comunicación.

Cortó el contacto, cogió el auricular, y escuchó con atención la voz que ronroneaba, mientras que su mirada se fijaba más intensamente sobre el doctor Perkins. Y contestó al cabo de un instante:

—Como dice usted... ¿Doctor Michael Perkins?... Sí, ya está anotado. Entendido, ordenaré que lo busquen en nuestro despacho de reclutamiento; ya le avisaré si tengo alguna noticia de él. Hasta otra, lugarteniente.

Colgó el aparato y fingió, por un momento, interesarse en el documento que todavía rodaba por encima de su mesa.

Michael había palidecido, y sus manos estaban crispadas sobre los brazos de su butaca, mientras que Rupert, con mucha calma, arrancaba del documento una hoja de papel impreso.

Prolongar la entrevista ahora, hubiera sido tan fastidioso como inútil, y Rupert prefirió ir al grano, tendiendo el impreso a Michael:

—¿Qué decide usted, doctor Perkins?

Michael se levantó y echó una ojeada al contrato que le habían presentado. Rupert le señaló el final de la página.

—Simplemente su firma, aquí, a la derecha.

Cuando Michael hubo firmado, Rupert a su vez, escribió algo en el papel y concluyó:

—El despacho de reclutamiento se -encargará de llevarlo a su puesto. Buena suerte.

Esperó a que Perkins hubiera salido para pulsar el intercomunicador y decir a la secretaria invisible:

—Informe al lugarteniente Ménard que no encontramos ninguna señal del doctor Perkins.

CAPITULO III

El sargento instructor Li-Chang tosió para aclararse la voz y avanzó lentamente en dirección a Perkins, en medio de la gran sala reservada para el entrenamiento de los futuros Cyborgs.

Era su primera entrevista.

—Piensen ustedes —declaró— que cualquier lugar de la superficie a donde pensamos emigrar, nos interesa conocerlo con toda rapidez, para que el día de mañana nos podamos establecer allí. Es por esto por lo que se ha creado una legión que hemos bautizado «», y contamos para llevar a feliz término esta misión con unas reseñas útiles y precisas que nos permitirán constituir y perfeccionar la futura raza. Una vez hayamos conquistado la superficie, no olviden nunca que no podemos hacer nada para protegerles y ayudarles. Sólo deberán contar con ustedes mismos y con sus compañeros. Comprendan también que no podemos tener confianza en cualquiera, pues ustedes no serán dueños perfectos ni de su espíritu ni de su cuerpo. El Cyborg definitivo deberá reunir todas las cualidades exigibles para llevar a cabo felizmente la empresa, y ello a despecho de las leyes, las reglas, las convicciones sociales, religiosas y humanitarias. La única obediencia que aceptamos de los miembros de esta Legión, es la que concierne a nuestras propias reglas. Exigimos una abnegación total y absoluta a nuestros principios y a nuestras teorías, incluso si las órdenes que reciban de nosotros ofuscan y revolucionan sus conciencias. Es por esta razón por lo que se ha previsto y preparado para cada uno de ustedes una serie de «tests» que acondicionarán su personalidad a la Ciborgisación, es decir, el último acto de su metamorfosis psícoquímica.

Había dicho todo esto con una voz monocorde, lo mismo que si recitase una lección exacta y perfectamente aprendida de memoria.

—¡La teoría! Siempre la teoría —pensó Perkins.

La última entrevista tuvo lugar al día siguiente a la hora octava.

TEST número 1.

Sondeo de conocimientos generales registrados por medio de un cerebro electrónico.

Emotividad, reflejos, examen base de la sangre de los órganos motores y fluido intercelular.

La voz del sargento instructor:

—Doctor Perkins, haga el favor de entrar en la cámara del eco.

El brazo del sargento señaló hacia una cabina hermética, en la cual se penetraba por un doble compartimento.

Perkins se instaló en el interior de la cámara y se encontró totalmente aislado del mundo exterior, y en la más absoluta oscuridad.

A los pocos momentos escuchó un sonido grave y sostenido, que iba subiendo de diapasón hasta terminar en un zumbido tan agudo que era casi

imposible ser captado por el oído humano.

Un grito terrible se escapó de la garganta de Perkins, ahogado en el vaivén alocado que desgarró sus tímpanos. Tuvo la impresión de que su cabeza estaba a punto de estallar, de que su cuerpo vibraba al unísono con la cabina.

Grave... agudo... grave... agudo... El ciclo infernal y continuado de toda clase de ruidos le precipitó a una sima insondable de dolor y de sufrimiento.

Se desplomó inconsciente.

TEST número 2.

Más tarde.

La voz de Li-Chang:

—¡Doctor Perkins! se le ha proporcionado un extracto del manual de Cibernetización, y es necesario que se lo aprenda totalmente de memoria.

Le indicó una curiosa y extraña butaca metálica, cuyo respaldo cóncavo se encontraba levantado por medio de una varilla flexible, a cuyo extremo aparecía una especie de casco plagado de electrodos e hilos bobinados y recogidos sobre un tablero de distribución adosado al muro.

—Instálese usted en el rectificador —siguió diciendo el sargento—. A la señal dada por una lámpara roja del tablero, empezará usted a recitar de memoria el párrafo-test. Todas las palabras, todas las frases y todas las acentuaciones deben grabarse en su memoria. Al más mínimo error, a la más mínima duda, el registrador automático producirá en la butaca una descarga eléctrica. Según me han asegurado, corre usted peligro de morir electrocutado si la descarga se repite más de cuatro veces. ¿Preparado?

—Preparado —respondió Perkins.

Las correas fueron ajustadas y el casco bajado hasta la altura de la frente de Perkins.

La señal luminosa...

—«Artículo primero: Es por instigación del Centro de Búsqueda Geológica de la Zona 4, dirigido por el comandante Rupert por lo que se ha creado la primera...»

Las palabras siguieron a las palabras, las frases siguieron a las frases en medio de un silencio sepulcral...

En aquel momento, la primera descarga, violenta, sacudió el cuerpo entero de Perkins.

El vacío de memoria fue llenado al precio de un violento y doloroso esfuerzo.

A la cuarta descarga, Perkins, lívido y bañado en frío sudor reanudó el hilo de sus pensamientos y empezó, casi extenuado, la última frase del test.

TEST número 5.

Siempre la voz del sargento Instructor:

—Perkins —dijo—, acaba usted de pasar ocho días encerrado en una cabina, sin agua y sin alimentos; ha resistido usted perfectamente estas

privaciones. Le felicito. El test que va a realizar hoy es uno de los más delicados y comprometidos. ¿Está todavía decidido a proseguir la experiencia?

—Lo estoy.

—Acérquese a esta mesa.

Los ojos de Perkins se posaron sobre una pequeña hacha de brillante hoja y sobre un pequeño botiquín, únicos objetos que, sobre la mesa, se ofrecían a su mirada.

Perkins se volvió hacia Li-Chang, esperando órdenes.

—El menos indispensable de sus dedos —dice éste— es el auricular de su mano izquierda. Le doy un minuto justo para decidir su amputación. Además, debe cuidar y curar seguidamente la herida que se produzca.

Estas palabras resonaban aún pesadamente en la cabeza excitada de Perkins, cuando, lentamente, asió la pequeña hacha con mano algo temblorosa.

—Sólo faltan veinte segundos —oyó decir a Li-Chang.

Perkins puso su dedo auricular izquierdo sobre el borde de la mesa de acero, plegando los otros dedos en la palma de la mano. La brillante hoja describió un círculo luminoso por encima de su cabeza, relampagueó durante una fracción de segundo, y se abatió con un ruido seco.

¡Flacc!

TEST número 11.

Más adelante... Mucho más adelante...

—Mike —dijo el sargento— estamos abordando ya los últimos tests de la prueba. No hay, pues, ninguna razón para que abandone usted ahora. Se batió usted ayer como un diablo, con aquel desgraciado robot. Lo hemos tirado ya al montón de los escombros. Su último golpe de barra le acertó en el momento crítico, pues en la posición en que él estaba tampoco habría fallado sobre usted.

Se volvió, gravemente, y le señaló la misma cabina en la que había estado aislado, para probar su resistencia a las privaciones, durante el cuarto test.

—Esta vez —dijo— tendrá usted todo el alimento que pida y, además, hemos previsto algo para que no se aburra durante los seis días que permanecerá encerrado aquí. Espero que su espíritu sea lo suficientemente fuerte para poder resistir el choque psíquico.

Una vaga sospecha se apoderó de Perkins en el momento de" penetrar en el estrecho habitáculo. De momento solamente percibió el pequeño lecho, la mesa y la silla que constituía todo el mobiliario de la cabina.

Y sus ojos se fijaron en una de las paredes, donde acababa de iluminarse un panel rectangular, protegido por un cristal translúcido y grueso.

Tras unos leves parpadeos luminosos iniciales, una imagen fue cobrando intensidad y nitidez en aquella pantalla. Y aquella imagen, que lo miraba con una sonrisa muerta y lejana ¡era la de Mary!

TEST número 15.

Li-Chang ordenó que fuera introducida la criatura, en la gran sala de entrenamientos.

Era un ser extraño, moldeado entre una combinación ligera y huraña que se adaptaba perfectamente a su cuerpo, magníficamente modelado. La cabeza, el pecho y el vientre se distinguían por unas curiosas protuberancias de reflejos metálicos.

Perkins no pudo reprimir un gesto de desprecio y de sorpresa.

La voz de Li-Chang se hizo más dura y más explosiva, mientras que su brazo, extendido, señalaba al ser que esperaba, inmóvil, en medio de los guardianes.

—Mike —dijo —, es la última prueba. Y además la decisiva.

Le tendió una pistola térmica de doble cañón blindado. Los dedos de Perkins se cerraron fuertemente sobre la fría y lisa culata del arma.

—Debes matar a ese hombre —oyó decir a Li-Chang—. De todas formas ya está condenado. No podemos perdonar su negligencia y su pereza que ha sido la causa de la muerte de ocho personas de nuestra Organización. Dispare rápido.

Los guardianes se habían retirado. El hombre está solo frente a Perkins. .

— ¡Tire! —grita Li-Chang.

Los ojos de Perkins se quedan fijos sobre los del sargento.

—No. Es imposible. ¡Yo no puedo matar a un hombre a sangre fría! —murmura.

—¡Tire!

El arma que acababa de saltar a las manos de Li-Chang apunta sobre Perkins.

—¿Es que les tengo que matar yo a los dos?

Perkins vio los dedos del sargento instructor cómo se crispaban sobre el gatillo de la pistola.

Entonces, con un salto desesperado, giró sobre sí mismo, se apoderó del arma, apuntó a la extraña criatura y le disparó dos ráfagas que le acertaron en mitad del pecho.

Una sonora carcajada llenó la sala, cuando los guardias se llevaron al ametrallado ser.

—¡Bravo, Mike!... Buena sangre. Creí que iba usted a fallar en el último segundo. Los proyectiles térmicos no han hecho ningún efecto sobre la combinación especial orgánica de que está formada esta... en fin, esta .criatura. ¿Quién es? ¡Oh!, simplemente lo que tú serás muy pronto.

Y atenuando su sonrisa añadió: —Un Cyborg.

Un minuto más tarde...

Li-Chang suspiró largamente, recogió el arma que Perkins tenía todavía en su mano, la arrojó sobre la gran mesa y se dejó caer pesadamente sobre una butaca.

—¡Un Cyborg! ¡En el fondo te envidio, Mike!

Los ojos de Perkins se posaron en la cara del sargento, pues la insolencia y la crueldad de su tono le horrorizaban.

—Gracias a mí te has convertido en lo que ahora eres —siguió diciendo—. Seguramente me lo agradecerás algún día.

Estiró sus largas piernas delante de él y, con un gesto le señaló sus botas.

—Además, las podrías limpiar muy bien. Siempre he soñado con esto. Un tipo que me limpiara las botas. ¡Vamos! Arrodíllate y ¡deprisa!:

Unos reflejos de odio brillaban en los ojos de Perkins, que sentía cómo se estremecía todo su cuerpo. Esta vez la prueba estaba por encima de sus fuerzas.

—Mike, no te lo pediré dos veces —dijo el sargento.

—No hará falta que te esfuerces Li-Chang —replicó Perkins—, Me niego a hacerlo, pues esto no está en el manual. La humillación no está autorizada por la teoría.

Un ruido de pasos sonó detrás de Perkins, que se volvió precipitadamente.

El comandante Rupert se encontraba en medio de la sala.

—Le felicito, doctor Perkins —dijo—. Nos habría desilusionado mucho que se hubiera arrodillado cumpliendo las órdenes del sargento en este último test. Efectivamente, la humillación no es una regla en nuestros servicios. Es posible que algún día no apruebe las órdenes que le. serán dadas, pero sepa una cosa: no hay ninguna posibilidad de salir vencedor de esta empresa, si no se amolda estrictamente a la exigencias de su papel honorífico.

Movió la cabeza y avanzó algunos pasos en dirección a Perkins, que le contemplaba tranquilo.

—Ha respondido usted muy bien —dijo— y estoy muy contento. Doctor Perkins, es usted un hombre muy inteligente y de mente muy cultivada. Es usted muy joven, fuerte, y de una resistencia moral a toda prueba. Reúne todas las condiciones exigidas por nuestra Organización para tomar parte en la « Legión Alpha». Es usted el más completo y eficiente de los voluntarios seleccionados, y en virtud de todas estas características y especiales condiciones, tengo el honor de confiarle el mando de la Legión Alpha

CAPITULO IV

Cuando Perkins recobró el conocimiento, se encontró en una pequeña sala muy confortable, estirado sobre una cama blanda y cómoda.

Una languidez opresiva invadía todo su ser, y, durante varios minutos se sintió incapacitado para reunir sus pensamientos y fijar sus recuerdos.

Tenía la impresión de que todo su cuerpo estaba amoratado, abotargado, pero sufría muy poco o nada. Y, más tarde, lentamente, las brumas de su cerebro, las nieblas de su espíritu, se fueron disipando, y las ideas recobraron paulatinamente vida en su mente. Y recordó...

Mary... Roberto... Rupert... Li-Chang... Los tests... La teoría... y... la Cibergización.

Este último recuerdo le hizo el efecto de una ducha de agua fría, pero resistió el golpe sin tropiezo pensando en su terrible recuerdo.

Fue, sin duda, más fuerte que él, y Michael, en un violento esfuerzo, se levantó de la cama y se dirigió hacia el cuarto de baño.

El espejo mural le reflejó entonces la imagen de la criatura cibernetizada en que se había convertido. Su cara era la misma, aparte de la pérdida de sus cabellos, lo que hacía aparecer la osamenta de su cráneo. Sus arcos superciliares, despojados de cejas, formaban dos abultados huesos muy vistosos, pero ello le dejaba completamente indiferente y frío.

El espíritu científico dominó en él cuando examinó detenidamente los resultados de las numerosas garras que le habían aplicado sobre su cuerpo en el transcurso de su transformación.

Le habían dotado de un sistema endocrino artificial, de un estimulador electrónico que controlaba el funcionamiento, del hígado, y de cápsulas suprarrenales que regulaban los efectos de la adrenalina y de las glucosas que contenía su organismo.

Un convertidor químico, introducido en su abdomen, regeneraba el oxígeno de la sangre, y estaba directamente conectado en el sistema circulatorio.

Un regulador cardíaco emergía de su pecho, unido por una fina canalización de plástico adherente a su piel y una cápsula de control electrónico que tenía su salida por el lado derecho de su cráneo.

Era horrible, espantoso y extraordinario a la vez.

Cuando algunos instantes más tarde Li-Chang hizo su entrada en la pequeña habitación, constató con satisfacción el perfecto equilibrio físico y moral de que daba pruebas Perkins.

Se había vuelto frío y distante. Su cargo de sargento instructor le obligó a revelarle la facultad que poseía de regular por sí mismo, automáticamente, las condiciones de temperatura sin peligro de alterar las células; podía asegurar su alimentación por medio de comprimidos y de pastillas energéticas contenidas en las ampollas que serían fijadas más tarde a su espalda, al lado de un

depósito de fuel-cell destinado a la alimentación energética de todos aquellos extraños órganos artificiales.

Era materialmente imposible para los Cyborgs continuar utilizando la alimentación ordinaria, y aún menos todavía la que la superficie de la Tierra les podía ofrecer, y a la cual su sistema digestivo ya no estaba adaptado.

Por ello, las necesidades orgánicas serían reducidas al mínimo, y los progresos conseguidos en la fabricación de comprimidos nutritivos, permitirían evitar la degeneración y la atrofia de los principales órganos naturales, así como la metamorfosis gástrica podían disminuir al límite mínimo, las funciones de excreción naturales en cualquier cuerpo humano normal.

Li-Chang añadió:

—Puede usted soportar ahora, calores de noventa grados y fríos de sesenta bajo cero. Pero la combinación especial que le será instalada, le protegerá de choques y temperaturas aún más considerables y resguardará eficazmente sus órganos artificiales. Poderosos bactericidas le permitirán la total inmunización ante la presencia de gérmenes nocivos, y una válvula neutralizante le aislará totalmente de las radiaciones consideradas como mortales, que todavía invaden algunos lugares de la superficie. Su eficacia está calculada poco más o menos para unos quince días, al término de los cuales tendrá usted que cambiar su combinación. De ahora en adelante tendrá usted que ejercer un intenso y severo entrenamiento a fin de familiarizarse con el funcionamiento y utilización de todos estos aparatos electrónicos.

Y concluyó antes de retirarse:

—No crea usted que hemos querido crear con los Cyborgs una raza de superhombres; no. Las transformaciones de que han sido objeto en sus estructuras fisiológicas, sólo tienen una misión: asegurar el pleno éxito de la incursión a la superficie, así como protegerles, tanto física como moralmente contra las perturbaciones todas, que amenazan aniquilar sus esfuerzos, y evitarles con todos estos complicados sistemas electrónicos, el tener que utilizar una escafandra, demasiado embarazosa y peligrosa ante cualquier deterioro o accidente. Hasta mañana doctor Perkins.

Al cabo de quince días de un entrenamiento intensivo e ininterrumpido, Perkins llegó a familiarizarse totalmente con su nuevo estado, y su comportamiento le permitía hacerse dueño de todos sus nuevos órganos artificiales, controlando automáticamente, por el hábito adquirido, hasta sus más insignificantes reacciones.

El entrenamiento general era exhaustivo y a menudo se convertía en extenuante; todas las fases de la operación eran sometidas a la fiscalización de un enorme cerebro electrónico que comentaba y archivaba todos los resultados que se iban obteniendo.

Perkins no había sido aún presentado a los restantes miembros de la Legión, los cuales, independientemente, habían sido sometidos al mismo entrenamiento, duro y eficaz, intensísimo, que él mismo había sufrido durante

aquellos días inacabables.

Fue solamente cuando la serie de «tests» fueron terminados, cuando Li-Chang vino por fin a buscarlo para conducirlo a un enorme salón, en cuyo centro se levantaba un aparato macizo, parecido a una enorme peonza, que descansaba sobre tres amortiguadores telescópicos.

Perkins tuvo la impresión de haber visto grabados de aparatos parecidos en viejas revistas conservadas en las Bibliotecas de la Comunidad.

Vio al comandante Rupert en medio de cinco Cyborgs, y comprendió que ellos debían componer el equipo cuyo mando le habían conferido, y que a simple vista podía observarse que formaban un buen conglomerado etnológico.

Le presentaron, en efecto, al Jefe del misterioso ingenio que se alzaba imponente en el centro de la sala, Harold Smith; al geólogo y paleontólogo de la expedición, Severiano Díaz; al físico-químico, Roland Marchal; al mecánico, Werner Krupp y al radiólogo-delegado, Dimitri Wrascoff.

Eran cinco muchachos sólidamente constituidos y los mejores especialistas en sus respectivas materias, y en los que se podía confiar plena y absolutamente.

Perkins sintió los cinco pares de ojos clavarse sobre él, y comprendió, desde aquel mismo instante, la inmensa responsabilidad que asumía, al ponerse al frente de aquellos hombres a los que no conocía en absoluto,,y que desde aquel momento deberían obedecerle ciegamente, sin discusión alguna, en la fantástica prueba para la cual habían sido escogidos y concienzudamente entrenados.

Reconoció entonces a Werner Krupp, que no era otro que aquel Cyborg que se había prestado a la atroz prueba, puesta en escena, cuando él iba por el «test» número 15, y decidió olvidarse del gesto que había marcado aquel primer encuentro, pensando que sus nuevos camaradas, habrían pasado, sin duda, por las mismas dificultades que él, para llegar, por fin, a esta metamorfosis.

Rupert señaló entonces el enorme aparato que se erguía en el centro del hall, y explicó que se trataba de un ingenio concebido y realizado según los planos que utilizaban antaño los hombres de la superficie para desplazarse de un continente a otro.

Muy manejable, poseía un radio de acción casi ilimitado, ya que al ir equipado con motores de propulsión atómica, su autonomía era prácticamente inagotable. Podía viajar en la atmósfera, y hasta en las más altas y enrarecidas capas de la misma. Su revestimiento de bario le protegía eficazmente de toda clase de radiaciones nocivas.

El pilotaje de tan magnífico aparato había sido confiado a Harold Smith, pero en el curso de los días siguientes, Rupert exigió que cada miembro del equipo estuviera familiarizado con todos los órganos del vehículo, a fin de estar en condiciones de poder repararlo o de conducirlo, si llegaba el caso.

Por lo que se ve, ningún detalle había sido pasado por alto, y, al parecer,

todas las posibilidades de éxito estaban en las manos de los componentes del grupo.

Este último período de entrenamiento, permitió a los miembros de la expedición confraternizar y conocerse .mejor, y a Perkins, darse perfecta cuenta de la franca camaradería que reinaba entre sus hombres.

Por su parte, él, era algo diferente a los demás. Su grado levantaba una especie de barrera entre él y sus acompañantes. Se dio cuenta de ello desde el principio, pues por. su parte fue prudentemente reservado, consciente de su puesto de Jefe de la Expedición.

La víspera del día de la salida, Mike se aisló en su habitación, y todos sus pensamientos, que anteriormente había tratado de anular de su espíritu, reaparecieron.

Y fue especialmente sobre el recuerdo de Mary donde cristalizaron. Mary... ¿Por qué tuvo que ocurrir todo aquello?

¡Pobre joven y encantadora Mary! No, jamás podría olvidar su trágico error.

No podía olvidar que siempre le había demostrado una confianza ciega, que había luchado a su lado, codo a codo, con todas sus fuerzas, para ayudarle a descubrir aquella vacuna que la .miserable humanidad necesitaba sobre todas las cosas de este mundo.

No podía olvidar que había compartido todas sus alegrías y sus penas, en aquella lucha desesperante, en cuyo transcurso su sacrificio había sido ejemplar.

Hasta el último segundo. ¡El último!

Mike volvía a ver la expresión de su mirada en aquel instante:

«Mike —parecía decirle —, por mí no tiene importancia... no hay que desesperar, no, nunca... aunque la muerte nos separe. siempre estaré a tu lado.»

Es lo que le había dicho el día en que habían obtenido del Centro Matrimonial sus licencias pre-nupciales.

Las reglas y costumbres de la nueva Era no habían modificado para nada los sentimientos de dos seres que se amaban sinceramente.

Pero Mary ya no estaba y se encontraba solo... Jamás se había sentido tan solo.

CAPITULO V

El formidable ingenio mecánico se deslizaba por el largo túnel, en dirección a la chimenea de acceso, la única que era aún practicable, pero que no había sido utilizada desde el fatídico día de la hecatombe.

Fue a situarse en una pequeña plataforma, que un poderoso sistema neumático elevaba hasta los niveles superiores, y que había servido antaño para el aprovisionamiento de material de guerra a todo el sector número 4.

En el interior del aparato todo el mundo se encontraba en su puesto, ocupando la parte media de la cabina, en la cual se encontraban reunidos todos los aparatos de control y de pilotaje de aquella especie de aeronave.

Perkins dejó errar su mirada un instante a través de las portillas blindadas, por las cuales se podía distinguir perfectamente la línea continuada de túneles bañados en la claridad malva y difusa de los tubos de neón. Recordó que, en su infancia, había vagabundeado por aquellos laberintos desiertos e impresionantes, aventurándose en aquellas curiosas instalaciones, reinado de los metales, de la fibra de vidrio y del plástico. Pero nunca había ido más allá del séptimo nivel.

Más allá todo era desconocido; un mundo ignorado que iba a afrontar ahora, y del que todo lo tenía que temer. Era hacia un mundo rodeado de misterios y de extrañas leyendas al que se dirigía, pero que sólo se separaba del suyo por un espesor de rocas de unos pocos centenares de metros.

Pero él estaba confiado; tan confiado coma a quien no le importa nada de lo que pueda ocurrir a su alrededor.

Próximos al séptimo nivel, Harold Smith conectó los circuitos antimagnéticos exteriores, reteniendo la aeronave en la plataforma, y, entonces, cuando llegaron a la altura del primer nivel, vieron encima de ellos la gran techumbre de acero que obturaba la chimenea de acceso al exterior.

Aquel fue un minuto de suspense en el curso del cual nadie pudo dominar la emoción que sentían,

La cúpula de acero se deslizó lentamente, y ante los ojos de los viajeros apareció una amplia zona de cielo, de un azul violento, brillante, de una luminosidad radiante, que inundó de golpe el interior del aparato.

Con un gesto instintivo, los Cyborgs habían bajado sobre sus ojos los lentes polarizadores, que eran parte de su equipo, mientras que Smith, con movimientos precisos se aferraba a los mandos.

La aeronave, liberada ya de la plataforma, emergió del orificio de salida y se deslizó en la superficie lo justo para permitir a la techumbre de acero volver a cerrarse tras ellos.

A su alrededor todo era desolación, en un paisaje árido y rocoso. A lo lejos se divisaban unos abultamientos en el terreno, que no eran otra cosa que montañas, aureoladas en el horizonte por una coloración violácea.

Algunas manchas blanquecinas y grisáceas flotaban en el cielo, como

grandes y flotantes masas de algodón, blandas e insustanciales.

Nubes...

Esas cosas extrañas que golpeaban invariablemente la imaginación de aquellos seres de la Nueva Era, cuando tenían la ocasión de descubrirlo en grabados de los libros antiguos.

Pero lo que más sorprendió a los miembros de la expedición, fue, sin duda, la claridad deslumbrante y cegadora del Sol que, como un enorme disco de fuego, llameaba sobre sus cabezas, y a sus ojos, sólo habituados a las luces difusas y suaves del interior de la corteza terrestre, les fue muy duro soportar la intensa luminosidad del astro.

De acuerdo con las indicaciones que habían recibido, sabían que acababan de emerger sobre el continente americano, más exactamente; en lo que antes fue una provincia de los Estados Unidos: Utah.

Severino Díaz se dispuso a efectuar una inspección rápida y precisa del lugar, mientras que Roland, por su parte, calculaba la radiactividad ambiente, la cual llegaba efectivamente como lo habían previsto, a la cota de «alerta».

Aquello no les impidió salir del aparato y tomar contacto con aquel suelo estéril y agreste, con aquella superficie inhóspita que ningún ser humano había pisado desde hacía dos siglos.

Todos experimentaron una extraña y agradable sensación al pisar aquel mundo exterior y las miradas que intercambiaron estaban llenas de pensamientos exultantes.

Pero, ante una tajante orden de Perkins, el grupo volvió al interior de la aeronave, y algunos segundos más tarde, el aparato se elevaba con toda la potencia de sus reactores para alcanzar rápidamente las capas superiores de la atmósfera emitiendo un agudo silbido.

El hemisferio que en aquellos momentos sobrevolaban estaba iluminado por el sol, y Perkins y Werner Krupp vigilaban los aparatos de medición cuyas agujas oscilaban suavemente, así como las grandes pantallas opalescentes de radar-visión, en las que desfilaban, ampliadas a voluntad, las imágenes que iban desfilando raudamente bajo la mole del aparato volador.

El uniforme color grisáceo del lugar de donde acababan de despegar desapareció de la vista, observando ahora los expedicionarios una coloración verdosa que formaba como grandes manchas esparcidas sobre las pantallas de relieve-color.

La vida no había desertado completamente de aquel mundo muerto y destrozado. Se mantenía aún en sus formas elementales, como en un mudo desafío a la Naturaleza y a la locura de los hombres.

Dejando atrás el continente americano, sobrevolaron el océano Atlántico, y pronto penetraron en la zona sombría del hemisferio oscuro, y allí pudieron disfrutar del maravilloso espectáculo de las estrellas lejanas, que centelleaban como brillantes en la oscuridad de la noche, y cuya fantástica visión les impresionó profundamente.

Mas no tuvieron mucho tiempo para gozar de tales maravillas, ya que la

rápida aeronave reapareció muy pronto en la parte iluminada del planeta, en aquella veloz carrera contra el Sol. Y Perkins decidió posarse sobre el continente asiático, a fin de efectuar los primeros estudios.

La vegetación estaba más dispersada en aquella región de la costa de Manchuria, pero los niveles de radiación eran inferiores a los que habían podido observar cuando salieron a la superficie en tierra americana.

Como salieron de la aeronave con sus aparatos de medida portátiles, Michael Perkins se dirigió a Wrascoff, que se alejaba ya con Smith:

—Wrascoff, sus lentes; he recomendado a todos que no se separen de ellos. ¿Quiere usted recogerlos, por favor?

El sociólogo hizo un leve gesto humorístico, y con una fugaz sonrisa aunque con alguna confusión, murmuró:

—Mis ojos empiezan a habituarse, y he pensado que...

La voz, cortante, de Perkins, le interrumpió, dirigiéndose a Smith:

—En cada etapa quiero una verificación completa y minuciosa de los principales órganos de nuestra nave. Establezca un turno con Krupp. Uno de los dos deberá permanecer siempre dentro del aparato mientras los demás estemos fuera del mismo.

Smith bajó la cabeza, dio media vuelta y volvió hacia la aeronave.

Perkins sintió en aquel momento que las miradas de sus cinco hombres convergían en él y, repentinamente, experimentó una extraña e indefinible sensación de peligro.

Ahora estaba seguro: aquellos hombres le detestaban, y si le obedecían era porque estaban obligados a ello.

Una penosa decepción se apoderó de él, mas no dejó que se reflejara en su expresión, y durante aquella primera jornada tuvo repetidas ocasiones de darse cuenta de la mala cara que le hacían todos sus compañeros.

Clasificó cuidadosamente los diversos hallazgos, interesándose especialmente por algunas especies de insectos que habían sido capturados en los alrededores. En efecto: ciertas clases de animales parecían haber sobrevivido. El grupo microbiano, en particular, se manifestaba en todos sus dominios, y, cosa más curiosa aún, diversos tipos de pájaros y algunos mamíferos inferiores fueron vistos a la caída de la noche en las cercanías de la aeronave.

Perkins había avanzado hasta el borde de la playa. En el cielo nocturno, el disco luminoso de la Luna lucía como un ojo redondo y gigantesco.

Sintió como una sensación de vértigo ante la inmensidad de la bóveda celeste, y le pareció que el más leve gesto, que el más ligero movimiento por su parte, le precipitarían en aquel espacio infinito y glacial.

Su corazón latía violentamente y de su espíritu fluían atropelladamente los más extraño» pensamientos.

Comprendió entonces por qué los mundos exteriores, que brillaban centelleantes en el vacío infinito, tomaban parte integrante en la antigua cultura terrestre. ¿Corno podíamos, haber reprochado a aquellos hombres el

haber querido conquistar y dominar el Universo?

Agradeció, desde el fondo de su alma, la caricia dulce y tibia de la brisa marina y los perfumes húmedos y salinos que la espuma del mar destilaba, al romper las olas contra las salientes puntas de las rocas levantando nubecillas de algodonosa blancura.

La voz áspera de Krupp dominó el murmullo del Viento y el ruido de las olas:

—Magnífico, ¿verdad?

Al oír la voz, Michael se volvió, aun bajo el efecto de la intensa emoción que le dominaba:

—Sí... magnífico e inquietante a la vez.

Krupp avanzó lentamente. Sus espesas suelas aislantes hacían rechinar la fina arena.

—¿Por qué dice usted eso? —preguntó.

Michael le observó largo rato antes de responder:

—Todo lo que se nos ha ofrecido, hasta ahora, tiene algo de inquietante, ¿no le parece a usted? Krupp, tengo como una impresión de que este mundo ya no nos pertenece. La potencia del hombre es una cosa antigua y ya pasada. En el futuro y para siempre no seremos más que unos intrusos y Unos indeseables.

—La roca Tarpeniana está próxima al Capitolino, ¿no es verdad?

—Sí; es la ley de la Naturaleza. La civilización ha dado vida a la Humanidad, pero también la ha asesinado.

—Nosotros estamos aquí para intentar resucitarla.

—No creo en resurrecciones.

—¿Habla usted como médico o como promotor de la Era Futura?

—Digamos simplemente como un hombre que tiene conciencia de las cosas. Tengo un deber que cumplir, y lo cumpliré hasta el final, no se inquiete. Si tenemos un poco de suerte no la dejaré escapar.

—Es usted un altruista y no defiende más que el ser. Diga más bien que el progreso de una cultura corresponde a la decadencia de otra, pero no torture su espíritu tratando de convencerse de que no tiene suerte alguna.

Perkins miró más atentamente a Krupp y le preguntó súbitamente:

—¿Es que usted me detesta tanto como los otros?

Un tanto trastornado por dicha pregunta, el mecánico quedó pensativo, visiblemente molesto, antes de responder:

—Nadie le detesta. No le quieren; eso es todo.

La insistencia sobre aquella palabra no escapó a la percepción de Perkins.

—Debe usted conocer las razones. Tengo necesidad de saberlas, Krupp, y le pido que me las diga.

—¿Como quiere que las sepa?... yo...

—¡Responda!

—¿Es una orden, mi comandante?

La cara de Perkins se había endurecido de repente y su gesto se tornó

altivo, consciente de su cargo y de sus responsabilidades.

—Artículo doscientos cuarenta y ocho del quinto párrafo del manual. Tiene usted que responderme.

Krupp agitó la cabeza y exhaló un profundo suspiro. Conocía el Reglamento y se decidió a hablar.

—Oh...dicen que no es usted digno de asegurar el gobierno de esta Legión y que se ha enrolado en el Centro para escapar de la persecución de la Justicia.

Krupp había dicho aquello de carrerilla, sin levantar la mirada, evitando mirar a Perkins.

—Entonces es eso... Sí, lo podría haber sospechado. y usted Krupp, piensa igual, ¿verdad?

—Sinceramente, no. Su vida privada no me interesa. Al contrario tengo puesta en usted toda mi confianza, pues yo estimo que está usted a la altura necesaria para desempeñar este cargo de tanta responsabilidad.

Perkins se preguntó un instante si estas palabras habían sido dictadas por la franqueza, o bien por un exceso de hipocresía. Y esto, ningún artículo del manual le permitía saberlo, desgraciadamente.

Notó la mano de Krupp que se cerraba espontáneamente sobre la suya.

Sin añadir una palabra más volvieron hacia la aeronave y encontraron a sus acompañantes ultimando la instalación de los aparatos de investigación y medida.

La clasificación de los documentos y la recopilación de todos los datos suministrados por aquella compleja serie de precisos instrumentos en el curso del día, prosiguió durante la mayor parte de la noche:

En los primeros momentos del amanecer, Perkins sintió que la fatiga le rendía y tomó una nueva cápsula energética.

Marchal había hecho lo mismo y se recreaba desde hacía unos instantes, contemplando el exterior desde uno de los amplios ventanales de acer-plex, cuando gritó:

—¡Vaya, no estoy soñando...! ¡Mire, mi comandante!

Perkins se acercó y miró por el ventanal en la dirección indicada.

El físico le señalaba una planta majestuosa que se balanceaba suavemente bajo la caricia del viento. Largas hojas lanceoladas pendían de un largo tallo, blando y flexible que terminaba en una flor de corola purpúrea y esponjosa y que formaba una especie de cáliz maravilloso. Un pistilo filiforme emergía del cáliz, y se balanceaba airosamente a impulsos de la ligera brisa.

—Esta flor no estaba aquí ayer por la noche, estoy seguro —prosiguió Marchal.

—Tiene razón —terció Díaz avanzando a su vez—, ayer no estaba aquí.

Perkins crispó ligeramente las mandíbulas:

—Generación espontánea, proliferación anárquica, cruzamientos excesivos. No conocemos aún todos los secretos del mundo vegetal. En todo caso, no es diferente a las demás. Hay un bosque entero un poco más allá...

—Excelente oportunidad para estudiar el espécimen —dijo Díaz que se

apprestaba ya a abrir la compuerta de salida.
El puño firme de Perkins le contuvo.
—No. Sobre todo nada de imprudencias.
—¡Pero si es una planta ordinaria! Con hojas, un tallo y una flor como otra cualquiera. Acaba de decirlo usted mismo.
Perkins no contestó y se limitó a decir a Smith:
—Despegue dentro de dos minutos. ¡Todos a sus puestos!

CAPITULO VI

A medida que iban avanzando comprobaban las regiones más o menos expuestas a las peligrosas radiaciones, y anotaban escrupulosamente todas las temperaturas siguiendo las latitudes, la velocidad del viento y los grados higrométricos, así como cuantos datos atmosféricos que pudieran contribuir a un más perfecto conocimiento, tanto de la superficie del planeta como de la atmósfera de que se rodeaba.

Durante el transcurso de aquel periplo aéreo tuvieron ocasión de contemplar grandes tempestades de arena o de nieve, terribles ciclones, lluvias torrenciales, la formación de enormes núcleos tormentosos cargados de electricidad y, en una palabra, a un desencadenamiento de los elementos en los que ellos eran meros espectadores y en cierto modo extraños, y los cuales parecían perpetuarse en la superficie inhóspita del globo.

Por todas partes reinaba la inmensa soledad y el mismo monótono espectáculo de zonas desérticas, alternados con núcleos de extensa y espesa vegetación, en la que entre los intensos tonos verdes destacaban los coloridos brillantes de flores gigantescas de fuertes y enervantes perfumes.

En algún momento pudieron vislumbrar las ruinas de alguna antigua ciudad, invadida por la vegetación, cuando sobrevolaban a poca altura sobre el continente europeo.

Con sus edificios rotos, sus torrecillas con las cúpulas destrozadas y sus rascacielos medio derruidos, las viejas ciudades ofrecían a sus atónitas miradas la imagen de una civilización muerta, que había quedado en el olvido,

Al cabo de dos siglos la Naturaleza lo había arrasado ya casi todo, borrando ñoco a poco todo lo que aquella civilización milenaria había creado a través de los siglos;

Severiano Díaz hizo ver a sus compañeros la singular atención de esta Naturaleza vengadora que absorbía y florecía con lujuriante profusión en lo que él llamaba «la tumba de las ilusiones perdidas».

Armella monotonía en los paisajes, aquellas destrucciones sistemáticas y generalizadas en todo cuanto abarcaba la vista, a medida que iban desplazándose de Este a Oeste, no fue del completo agrado de Perkins, el cual no tardó en decidir un nuevo vuelo sobre el continente americano, si bien a distinta latitud.

Tuvieron ocasión de efectuar varias escalas, descubriendo nuevas especies de animales que habían escapado a la destrucción masiva. Especies degeneradas, que habían sufrido extrañas mutaciones ya que a los viajeros les recordaban vagamente a otros animales que habían visto fotografiados y dibujados en los viejos libros. Aunque no podían asegurar que se tratara de mutaciones o degeneraciones, por ser la zoología una ciencia de la cual apenas conocían nada, pero las formas curiosas y extravagantes de los pequeños animales les repugnaba e intrigaba al mismo tiempo.

Nuevamente y después de efectuar una de estas escalas de descanso y estudio, la aeronave se había elevado hacia el cielo, y fue entonces, cuando se dirigía hacia el hemisferio oscuro, cuando la voz de Marchal resonó en el pequeño altavoz del intercomunicador, instalado en la cabina personal del doctor Perkins:

—Mi comandante, venga en seguida: está ocurriendo algo anormal.

Perkins se lanzó fuera de la cabina y se unió con los demás tripulantes en la gran sala central. Smith había conectado el piloto automático y el aparato describía un amplio círculo por encima de un punto fijado, que Krupp intentaba buscar sobre una de las pantallas de tele-radar.

—¿Qué es lo que ocurre? —dijo.

Marchal frunció el entrecejo antes de contestar:

—No lo sé. Sobrevolamos una ciudad brillantemente iluminada. La hemos localizado con los radarescopios.

—Es imposible; debe tratarse de una equivocación.

—¡Ya está! ¡Ya la tenemos!

Krupp regló los captadores sincronizados y las imágenes localizadas aparecieron limpias sobre las pantallas de conjunto y de detalle.

Los filtros infrarrojos hacían aparecer perfectamente dibujado el conjunto arquitectónico de una vasta metrópoli, en la que las arterias, limpiamente recortadas, brillaban intensamente. Se podían distinguir perfectamente diversos bloques enormes, punteados por pequeños puntos luminosos.

Todos los viajeros se miraron atónitos, sin atreverse a emitir ninguna clase de hipótesis, pero se sentía que la inquietud acababa de apoderarse de ellos, y quedaron un largo rato en un asombrado silencio.

No podían decidirse a tomar una determinación, antes de asegurarse de lo que aquello podía significar, y la primera pregunta que se hacían era la de si seres vivos poblaban aún aquel mundo abandonado.

¿Debían, pues, en este caso, establecer contacto con ellos?

Evidentemente era preciso saberlo, pero se imponían ciertas precauciones, y se volvieron todos hacia su jefe.

Perkins no dudó más de un segundo:

—Smith —ordenó— hará usted aterrizar el aparato al norte de la ciudad en un lugar desierto. No podemos averiguar nada antes del nuevo día. Sería correr riesgos inútiles.

Smith asintió disponiéndose a cumplimentar la orden, mientras que Díaz exclamaba:

—¿Qué es lo que hay que temer de nuestra raza hermana?

—Ya no tenemos nada en común con ellos —replicó Michael—. Pueden tener razones para oponerse a nuestro regreso.

—¿Y por qué deberían oponerse? —refunfuñó Wrascoff con un tono amenazador.

Perkins exhaló un ligero suspiro.

—Probemos primero los dos aspectos del problema. Y, además, ¿quién nos

asegura que los ocupantes de esta ciudad son como nosotros, terráqueos?

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Bah... quien puede saber lo que ha pasado después de doscientos años. Tened en cuenta que es bastante extraño ver que seres inteligentes pueblan solamente este lugar estando el resto del Globo totalmente desierto y abandonado.

—Sí, mi comandante, creo que tiene usted razón. Tenemos que actuar con mucha prudencia.

Después de haber descrito un amplio círculo por encima de la ciudad misteriosa, la aeronave, diestramente pilotada por Smith, describió una larga parábola que la llevó al norte de aquella metrópoli.

La oscuridad era completa cuando se posaron sobre una pequeña plataforma rocosa circundada por una espesa vegetación que formaba como una masa compacta y oscura y que se recortaba contra un cielo pálidamente iluminado por una luna llena.

Muy a lo lejos las temblorosas luces de la ciudad seguían parpadeando ante sus miradas.

Quedaban más o menos, cinco horas de espera antes de que el alba llegara, y los computadores electrónicos puestos en funcionamiento, con sus sensibles antenas dirigidas hacia la ciudad, no registraban ningún sonido procedente de la misma. El silencio era total, pesado y hasta agobiante.

Pero la calma más absoluta seguía reinando en la aeronave. Los miembros del grupo habían aprendido muy bien a amaestrar sus nervios y a dominar su impaciencia.

Perkins, preocupado ante su responsabilidad, parecía pensar intensamente. No tardó en llamar a sus hombres y reunirlos en una especie de consejo de guerra.

—Smith —ordenó —, se quedará usted en la aeronave, y todos los demás vendrán conmigo. Cuando aclare el día iremos hasta las cercanías de la ciudad.

Fue convenido que quedarían en permanente contacto por radio con Smith, que debía estar a punto de intervenir a la primera llamada de socorro.

Con las armas en la cintura, los cinco hombres salieron de la nave, después de haber puesto sus reguladores térmicos de acuerdo con la temperatura casi glacial que reinaba en el exterior.

Los termómetros marcaban solamente dos grados centígrados por encima del cero, pero sus organismos no estaban adaptados a tal frío que jamás habían tenido que soportar -en las profundidades de su mundo subterráneo.

El pequeño grupo tomó seguidamente la dirección de la ciudad iluminada, descendiendo la ligera pendiente rocosa, con todos sus sentidos alerta.

No tardaron en llegar al límite de la ciudad donde encontraron numerosos edificios en completa ruina, alumbrados difusamente por la luz combinada de la luna y los reflejos eléctricos del interior de la ciudad, que cubrían de un halo fosforescente un amplio sector de cielo.

Inmuebles destruidos que estaban invadidos por la hierba y la vegetación silvestre y frondosa, y entonces pudieron darse cuenta de que era solamente en el centro de la ciudad misteriosa en donde se alzaban las construcciones todavía intactas.

Ningún sonido alteraba el profundo silencio de la noche... sólo el murmullo y el contacto de los tallos y las hojas de las plantas enredadas y entrelazadas que parecían levantar entre ellos y la ciudad una especie de barrera casi infranqueable.

—Parece que esta ciudad está desierta —murmuró Díaz—..Mi parecer es que no hay nadie.

—Es imposible —respondió Marchal— creo más bien que está ocurriendo algo anormal.

—Tiene usted razón —intervino Perkins—, todo esto no me gusta nada. Vamos; creo que es mejor dar media vuelta y volvernos a nuestra nave.

Cuando estuvieron de nuevo a bordo del aparato, Perkins decidió volar por los alrededores de la ciudad, a baja altura, consciente de los peligros que les podrían acechar al realizar el proyecto.

La aeronave despegó casi inmediatamente, y, bajo el experto mando de Smith, el aparato planeó por encima de las ruinas, aventurándose poco a poco, gracias a los círculos concéntricos que iban efectuando lentamente, encima de las construcciones que se veían aún intactas.

No se observaba movimiento alguno en calles y plazas y ello intrigaba cada vez más a los pioneros.

Algo más tarde y a medida que en su vuelo iban bajando a menor altura, pudieron ver, distintamente, vehículos estacionados, y otros paradlos en medio de las calzadas, pareciendo todo abandonado y en un desorden indescriptible.

Perkins pudo reconocer las formas de vehículos empleados antaño por los hombres de la superficie. Y volviéndose hacia Díaz:

—Creo que tiene usted razón —dijo—, esta ciudad está abandonada, pero...

Dudó antes de añadir:

—Tiene que haber una razón... Ha de existir algún motivo... Todas esas ventanas con luz, esas avenidas iluminadas... Es tan raro... tan anacrónico. ..

Bruscamente se dirigió a Smith:

—Aterrice en esa plaza desierta. No podemos permanecer por más tiempo en esta incertidumbre.

Algunos segundos más tarde el aparato se posaba suavemente en el centro de una plaza de gran amplitud, vacía y escasamente iluminada, hacia el lado norte de la ciudad, casi al borde de la periferia ruinosa de la misma.

Abriendo la compuerta de la aeronave, Perkins y sus cuatro acompañantes se lanzaron fuera de la misma, empuñando sus armas, dejando a Smith al cuidado de los mandos del aparato y a la espera de cualquier llamada de emergencia que aquéllos pudieran hacerle.

Detritus de todas clases llenaban las aceras y la calzada. En el centro de la plaza se levantaba una gran estatua ecuestre de bronce cuyo origen no se preocuparon de conocer.

—Por aquí —indicó Perkins.

Atravesando la plaza, siguió por una amplia explanada que se prolongaba hasta el centro de la ciudad. Apenas habían dado unos cuantos pasos cuando Perkins se detuvo bruscamente aguzando el oído y reclamando, con un enérgico gesto, silencio a sus compañeros.

—Escuchen —susurró —, escuchen. ¿No les parece oír una música?

Krupp volvió la cabeza en dirección hacia una inmensa construcción que se veía a la derecha, al otro lado de la explanada.

—Los sonidos vienen de allí —dijo.

—Parece un piano —terció Marchal.

En efecto, no cabía dudar; alguien tocaba el piano en el interior del edificio indicado por el mecánico.

Avanzaron lentamente, evitando hacer el más insignificante ruido, y a medida que se iban acercando, los sonidos les llegaban más claros, más precisos, más inteligibles en el pesado y absoluto silencio que les envolvía.

En aquella música reconocieron todos el célebre «Concierto de Varsovia», de Richard Addinsell, interpretado con singular maestría y rara sensibilidad por el misterioso e invisible pianista.

Cerca ya del edificio se detuvieron un momento para estudiar lo que debían hacer, y, ante un signo de Perkins se lanzaron velozmente hacia una larga galería encristalada, que ocupaba una gran parte de la entrada del edificio.

Precavidamente echaron una ojeada a través de los cristales, sucios y llenos de polvo, que impedían una visibilidad perfecta, pero a pesar de ello pudieron ver la silueta de un hombre que tocaba un inmenso piano de cola que ocupaba el centro de un escenario en forma de media luna.

La sala era inmensa, y estaba circundada por varios pisos de graderíos.

Krupp cogió el brazo de Perkins:

—Una sala de conciertos... —dijo— y está llena de gente. Mire las gradas.

Efectivamente, numeroso público ocupaba las butacas, tanto del hemiciclo, como en la platea, y se les podía distinguir bastante bien, a pesar de la defectuosa visibilidad de los sucios cristales.

Las últimas notas del «Concierto de Varsovia» murieron bajo los dedos del virtuoso concertista y, entonces, éste se levantó dando frente al público y saludó con una profunda reverencia. Mas un profundo silencio correspondió al gesto del pianista. Nadie aplaudía en aquella sala repleta de gente.

Ni un murmullo, ni un sonido, ni un aplauso; nada que rindiera homenaje al virtuosismo de aquel artista.

Sólo el silencio denso e impenetrable...

Perkins y sus hombres habían asistido silenciosos e inmóviles a aquella extraña escena, intrigados e inquietos al mismo tiempo. ¿Qué es lo que pasaba?... ¿A qué obedecía aquel sepulcral silencio? ¿Qué es lo que todo

aquello podía significar?...

El hombre volvió a sentarse ante el piano, y las primeras notas del «Preludio», de Rachmaninov llegaron a los oídos de los viajeros.

Aquellas notas tenían un no sé qué de lúgubre y agobiante que ellos notaron en seguida.

CAPITULO VII

—Mi comandante, ¿qué debemos hacer? —preguntó Krupp.

Perkins sintió que un extraño desfallecimiento le invadía, pero supo adueñarse de sus nervios para que sus compañeros no se diesen cuenta de ello.

Era la primera vez en su vida que se encontraba ante una situación tan absurda y tan inconcebible. Comprendió que si demostraba ante sus hombres su debilidad ninguno de ellos se lo perdonaría nunca.

Y era muy posible que fuera esto lo que todos ellos estaban esperando, apostados a su lado y espiando su mirada, atentos a sus más mínimos reflejos.

Perkins se separó de su puesto de observación y se acercó a la puerta principal de la sala, vigilando atentamente para asegurarse de que no había nadie por los alrededores, y volvió al lado de sus hombres en el momento en que terminaba la música de Rachmaninov.

Entrevió entonces la borrosa silueta del pianista que dejaba el escenario para llegar, siempre rodeado del mismo silencio, a la salida de la sala.

Era el momento de actuar, y Perkins no dudó ni un segundo. Hizo una señal a sus compañeros y siguieron todos al pianista, que los llevó rápidamente frente a la fachada posterior del edificio, donde aparecía el vasto hall de entrada muy bien iluminado.

Cuando entraron en él, un hombre apareció ante ellos; un hombre delgado e hirsuto con profundas arrugas y signos de dureza en su rostro. Casi un viejo.

Se detuvo, perplejo, ante los intrusos, embargado de una intensa emoción, que no intentó ni siquiera disimular. Pero también había miedo en su mirada. Un miedo terrible que le paralizaba y le dejaba sin reflejos.

Perkins se dio cuenta de ello y se apresuró a disipar sus temores. O por lo menos, lo intentó.

—No tenga usted miedo —le dijo con voz tranquilizadora—. No intentamos hacerle ningún daño.

Avanzó sólo en dirección de aquel hombre viejo que parecía haber perdido parte de sus recelos y recuperado algo de su tranquilidad, sintiéndose más seguro.

—No tiene usted nada que temer de nosotros —siguió Perkins—. Se lo aseguro.

Perkins pensó un instante que aquel hombre, bien podía no entender el idioma en que él se expresaba, y temió también la llegada de otros hombres, comprendiendo las complicaciones extremas a que su iniciativa le podían haber llevado, cuando el desconocido balbuceó débilmente:, —Hombres... ¿Son ustedes humanos?... ¿De qué región vienen ustedes?...

—¿Hay alguien aquí, en esta ciudad, que pueda acogernos y tratarnos como amigos?

Una curiosa expresión cruzó por la cara del anciano que, lentamente, avanzó dos pasos en dirección a Perkins:

—Yo mismo en este caso. Soy el profesor Stanislas Kovak, y nadie mejor que yo puede reunir estas condiciones.

Como la mirada de Perkins se dirigía hacia la sala de conciertos, Kovak añadió:

—Para ellos, no tiene importancia. Estos problemas dejaron de preocuparles hace mucho tiempo. Vengan, síganme, hay una sala de recepción precisamente aquí al lado.

Les tocó esta vez, a los Cyborgs, el tener un momento de incertidumbre y vacilación, pero, obedeciendo un gesto de Perkins, siguieron al viejo profesor hasta la sala vecina, la cual estaba amueblada en un vetusto estilo, pero que había conservado al paso del tiempo, la originalidad antigua y difícil de apreciar por los seres de la Nueva Era.

Stanislas Kovak los miró largo rato, como si dudase todavía de lo que sus cansados ojos estaban viendo.

—Hace tanto tiempo —murmuró —, tanto tiempo... que había acabado por desesperarme... ¿De dónde vienen?... Díganmelo, por favor.

—Su extrañeza es tan grande como la nuestra —contestó Perkins—. Nosotros también estábamos persuadidos de que ya no vivía ningún ser humano en la superficie de la Tierra.

—¿La superficie?

—Pues sí, nosotros pertenecemos a la comunidad subterránea, y este es nuestro primer contacto con el exterior desde la gran catástrofe.

El anciano se dejó caer sobre una, butaca llena de polvo, que gimió bajo el peso de su cuerpo.

—Sí... sí... ya comprendo... continúe, por favor.

Sin entretenerse en frases inútiles, Perkins expuso rápidamente el régimen de vida de aquella civilización de la cual habían salido él y sus compañeros, exponiendo de paso los motivos que les habían obligado a cybernatizar sus organismos. Vio nacer un vivo interés en los ojos del profesor Kovak a medida que él hablaba, pero al mismo tiempo, también una gran inquietud.

—¿Doscientos dos años dice usted?... Pues entonces, estaríamos ahora en el año dos mil doscientos ochenta y siete... ¡Vamos, es imposible!

—Sí, efectivamente; el año doscientos dos de nuestra Era corresponde al dos mil doscientos ochenta y siete de la suya.

—¿Qué calendario utilizan ustedes?

—Siempre hemos usado el Gregoriano, con la diferencia de que en vez de dar sus antiguos nombres a los meses, los numeramos, puesto que dichos nombres ya no tienen ningún interés para nosotros.

Kovak suspiró profundamente y se pasó una mano nerviosamente ante los ojos:

—Doscientos dos años... —repitió como para sí mismo—. Es horroroso y completamente incomprensible...

Krupp que se había acercado, preguntó:

—¿Qué quiere usted decir?

El viejo sabio quedó un instante perdido en sus reflexiones y al fin se decidió a contestar: —Soy oriundo de un país de la Europa Central que se llamaba Polonia.

Gesticuló antes de proseguir:

—Por razones políticas, había huido de mi país, refugiándome aquí, en el continente americano, en el año dos mil sesenta, a fin de proseguir mis trabajos sobre- la hibernización prolongada de los organismos humanos. Este proyecto había sido adoptado en aquella época para la exploración de los sistemas estelares lejanos. El primer objetivo era Alpha de Centauro.

Queríamos evitar a los futuros astronautas, aquellos diez años inútiles del viaje de ida y vuelta, ya que teníamos la seguridad de asegurar a nuestros aparatos interestelares, un pilotaje automático perfectamente controlado durante todo su largo recorrido.

Mis trabajos me habían permitido encontrar el medio de refrigerar un cuerpo humano hasta una temperatura vecina al cero absoluto, es decir, cerca de doscientos setenta y tres grados centígrados bajo cero, conservando al ser humano casi indefinidamente y sin que perdieran ninguna de sus propiedades vitales ni psíquicas.

Kovak dejó errar su mirada sobre los recién llegados y añadió en otro tono.

—Fue en abril del año dos mil ochenta y cinco cuando decidí intentar la experiencia sobre mí mismo. Debo confesar que aún dudaban algunos en confiar en mí.

—-¿No tenía usted, pues, el derecho de intentar su experimento sobre una cobaya o sobre un voluntario? —preguntó Díaz, en un tono que quería parecer normal, pero cuyo doble significado e intención no escapó a Perkins, que se sintió aludido por el sentido de aquella pregunta rebuscada.

—Creo que sí —respondió Kovak —, pero yo había aceptado personalmente los riesgos.

Hubo un silencio profundo entre los Cyborgs que Perkins rompió bruscamente:

—¿Y cuánto tiempo ha durado su hibernización?

—Hasta la llegada de ustedes estaba convencido de que había durado los doce meses previstos. Pero ahora, con sus noticias, todo ha cambiado. Mi vuelta a la vida, que data ya de dieciocho años, da el resultado fantástico de ciento ochenta y cuatro años.

Se levantó y volvió a caer en una profunda meditación, como si dudara aun en aceptar la trastornadora verdad.

La voz de Marchal le volvió a la realidad:

—¿Cómo es que usted no ha podido apreciar esta enorme diferencia de tiempo?

—Hubiera necesitado poseer los medios.

—¿Sus semejantes viven en la misma ignorancia?

Kovak esbozó una pálida sonrisa, y se dirigió lentamente hacia una puerta delicadamente tallada.

—¿Se refieren ustedes, posiblemente, a las gentes que ocupan esa sala?

Empujó de un golpe seco la puerta, poniendo ante las miradas estupefactas de los Cyborgs, el terrorífico espectáculo que ofrecía la sala de concierto.

Ahora podían ver la monstruosa muchedumbre amontonada sobre los graderíos del hemiciclo, muda, rígida. Seres humanos, hombres y mujeres estaban como congelados en posturas diversas, los ojos fijos en el escenario donde descansaba aun el enorme piano de cola.

Nada se movía. Las personas estaban inertes, inmóviles, petrificadas.

Insensibles al resto del mundo.

Vacías, sin sentido alguno... vacías de todo...

Indiferentes a su suerte.

Impasibles frente a la de los demás.

Lejanas, que no pertenecían más que al pasado. ..

¡MUERTAS!

Los pasos del profesor Kovak resonaron lúgubremente sobre las tallas del escenario, en el que se había adelantado.

Tendió su brazo, largo y descamado, en dirección a los graderíos, y su voz cansada y grave rompió el conmovedor silencio que nadie se atrevía a turbar.

—¡Vean aquí una muestra del mundo en que yo vivo! En el .reinado de los muertos, el moribundo que yo soy, es aun el soberano y maestro... Pobre reinado, ¿verdad?

—¿Es usted, pues, el único superviviente? —-murmuró Perkins.

—Desgraciadamente eso es lo que creo. Cuando volví a la vida normal, aquí mismo, en esta ciudad, ese fue el espectáculo que me encontré. Desde entonces nada ha cambiado.

—¿Qué es lo que pasó concretamente?

—Al principio no lo podía comprender. Luego... he tenido mucho tiempo para pensar y lo vi todo claro. ¡Marte!... La ruptura de relaciones con aquella humanidad tan diferente de la nuestra... los rumores... las habladurías que circulaban por todas partes sobre la guerra, y que nadie creía. Preparaban en secreto la destrucción de la Tierra sin que nosotros sospechásemos nada. Un sabio amigo mío, que había pasado una temporada en Marte y que había regresado a la Tierra poco antes de mi «hipodermia», me había confiado ciertos rumores que habían llegado hasta él. Era cuestión, al parecer, de armas secretas y prohibidas... de armas supremas, absolutas... pero todo ello era sólo basado en rumores, todo era dudoso... impreciso.

Movió sus pequeños ojos y prosiguió, volviéndose hacia el hemiciclo:

—Aquello debió ser terrible... ¡y brevísimo! Quedaron todos petrificados en la misma actitud que tenían en el momento en que se produjo aquello.

Kovak, calló unos segundos, y en una transición brusca, de su garganta brotó una histérica y prolongada carcajada que resonó tétricamente en toda la sala. Apoyando sus manos en la tapa del piano, siguió:

—Y vean el mundo que han venido a conquistar, señores. Un mundo que está lejos de haberles revelado todas sus sorpresas, créanme. Pero si llegan a

comprenderlo, se lo ofrezco. Para mí es diferente. Con el tiempo se acostumbra uno a todo, hasta vivir en un cementerio y tocar el piano para un público de difuntos. Extrañas ideas para un sabio, ¿verdad? no, no el hecho de tocar el piano —Einstein era al parecer un gran violinista en sus horas de ocio—, sino exhibirse ante el peligro del ridículo. Mi público lo acepta todo y no se queja nunca.

Su faz tornose seria bruscamente, y se limitó a añadir:

—Vivo no muy lejos de aquí. ¿Quieren ustedes acompañarme? Estaremos mucho mejor para seguir esta conversación. Y... tengo tantas cosas que enseñarles...

Fuera, el día iba naciendo, y los primeros albores de la mañana aparecían tras los empolvados cristales de la sala.

Kovak salió el primero, seguido de los Cyborgs. Una vez fuera, Perkins, se tomó unos instantes para enviar un corto mensaje a Smith:

—Todo va bien, no se inquiete por nuestra tardanza. Le tendremos al corriente de los acontecimientos. Le volveré a llamar más tarde. Quédese en su puesto y espere las próximas instrucciones. Proseguimos nuestras investigaciones.

Siguieron los pasos del extraño profesor Kovak, que parecía haberse sumergido de nuevo en sus misteriosos pensamientos, y Krupp, que caminaba a su lado, no pudo retener su curiosidad y le preguntó:

—¿Qué manantial de energía utiliza usted para suministrar luz a la ciudad?

—El sistema es automático. La ciudad está provista de una central atómica. Las reservas son prácticamente inagotables. Tuve muchísimo trabajo para poner de nuevo en funcionamiento el conjunto motriz, pero lo conseguí.

Habían atravesado la explanada y se encaminaban en grupo por una larga arteria en dirección al centro de la ciudad.

Un horripilante espectáculo les esperaba en aquella urbe espantosa, en donde las escenas más escalofriantes, alternaban con visiones de verdadera pesadilla.

Acababan de penetrar en un mundo extraño, alucinante... dantesco.

No obstante, habría bastado que la vida recobrase sus derechos, por arte de encantamiento, o bajo el efecto de una varita mágica, para que desapareciese el abominable espectáculo que ofrecían los macabros habitantes de aquel mundo momificado.

Algunos habían sido sorprendidos en el interior de sus vehículos, embarazando la calzada, parados frente a un semáforo, que, extraño al drama secular, continuaba invariablemente pasando de rojo a verde...

Verde... anaranjado... rojo... verde...

El ritmo continuaba, ininterrumpidamente:

Verde... anaranjado... rojo... verde...

Tuvieron que pasar por en medio de los vehículos y los peatones, petrificados, cuyas ropas, rotas a tiras se deshilachaban y ondeaban en la ligera brisa. Algunas personas, perdidas todas sus ropas mostraban sus

cuerpos completamente desnudos.

Vieron mujeres que parecían darse prisa para entrar en un comercio. Un grupo de personas curioseaba ante la vitrina de un almacén que antaño debió ser importante. Un muchacho jugaba en el borde de la acera con un perrito; o sería un gato. Ni Perkins ni ninguno de sus compañeros lo podían afirmar. Jamás habían visto ni uno ni otro de dichos animales.

Traspasaron la calle y penetraron en otra más estrecha.

Kovak se detuvo un momento para ofrecer una sonrisa a una joven que, en pantalones, estaba sentada bajo un porche, con una bolsa de plástico sobre sus rodillas.

—Es Peggy —dijo—. Una valiente muchacha de la que estoy enamorado...

Kovak no se percataba de lo grotesco y ridículo de sus palabras.

Inconscientemente seguía viviendo en un mundo aparte: el suyo.

Se encaminó hacia una tienda destartalada, y, como los Cyborgs dudaran en seguirlo, les dijo:

—Me paso siempre por aquí para llevarme los víveres que me hacen falta. Ya he hecho el paquete.

Se encontraron en el interior de una sala raramente decorada, y que escapaba totalmente a la comprensión de cada uno de ellos. Había en el fondo una especie de mostrador bastante largo, repleto de oxidados aparatos, tras el cual y, en largos anaqueles, aparecían muchísimas botellas con etiquetas multicolores. Un hombre estaba acodado detrás de la caja, y parecía discutir con otros dos que le daban frente sentados en elevados taburetes.

La sala estaba ocupada por mesas y sillas. Una joven pareja se mantenían abrazados en un rincón; un viejo dormitaba eternamente en otro, y cuatro muchachos sonrientes parecían charlar alrededor de una mesa recubierta de un tapete verde.

Perkins comprobó que, a cubierto del aire exterior y de la intemperie, la ropa que llevaban aquellos desgraciados se mantenía casi intacta.

Pensó que aquellos misteriosos rayos, sólo habían hecho su efecto sobre las células vivas, dejando en cambio intactas las inertes.

Kovak abrió una especie de cajón detrás del mostrador y sacó dos botellas, que puso encima del mostrador.

Les explicó que aquel establecimiento había sido antaño un bar-restaurante, lo que correspondía en el sentir de los Cyborgs, a una especie de refectorio, como los que existían en los servicios administrativos de la Comunidad.

—He apartado algunas reservas —dijo Kovak destapando una botella—. Oh, nada me falta en esta ciudad. Existen medios para alimentar a un regimiento durante siglos.

—¿Qué clase de alimentos?

—Los que han podido ser conservados y tratados con rayos gamma, o refrigerados después de deshidratarlos. Nada de alimentos sintéticos como los vuestros. Hasta he encontrado semillas que han conservado su poder

germinativo.

Bebió un largo trago de la botella, ante los ojos llenos de extrañeza de los Cyborgs, y prosiguió:

—También he encontrado comprimidos nutritivos, pero no los utilizo. Los pueden coger, si les interesa.

—¿Dónde está su paquete? —interrumpió Perkins, que difícilmente contenía su impaciencia.

—Está en la parte trasera de la sala, la tercera puerta a la izquierda en el corredor.

Perkins hizo un signo a Krupp, que salió rápidamente de la sala.

El mecánico penetró en el pasillo, vio una puerta, la abrió y diose cuenta de que no era la buena. El espectáculo de una pareja entrelazada le asqueó, y limitose a dar un portazo; llegó a la puerta indicada, recogió el paquete y volvió junto a sus compañeros.

Perkins arrancó de las manos de Kovak la botella medio vacía. Comprendió que el brebaje que bebía el profesor, le ponía en un estado de euforia, vecino a la inconsciencia y a la neurosis. Entonces sintió nacer en su interior un odio violento hacia aquella miserable humanidad de la que Kovak era el único superviviente, lleno de taras, de vicios y de defectos.

Todo lo que había precipitado al género humano a la decadencia y a su pérdida total.

Y pensó que ello era también la causa de la desgraciada condición en que se debatía la existencia de su pueblo.

—Basta, Kovak. Creí por un instante que era usted un hombre sensato y capaz de ayudarnos, pero me he equivocado. Adiós, tenemos una misión que cumplir y ya hemos perdido demasiado tiempo.

La cara del anciano se crispó violentamente y pareció que recobraba toda su vivacidad de espíritu.

—No, se equivoca comandante Perkins. NO TIENE USTED LA MENOR POSIBILIDAD DE SALIR CON BIEN DE ESTA EMPRESA.

CAPITULO VIII

Enterado de la suerte de sus compañeros, Smith, tan pronto como hubo recibido el mensaje de Perkins, cumplió la orden de vigilar y verificar cuidadosamente los órganos esenciales del aparato.

Luces azules y malva y tonalidades rosa pálido, se dejaban ver en el horizonte.

Nacía el nuevo día.

Smith contempló, a contraluz, el alucinante contorno de la ciudad, y dio algunos pasos en aquel suelo plagado de detritus, volviendo la espalda a las ruinas, que se amontonaban no lejos de allí.

Reaccionó impulsivamente al oír un agudo silbido y dio un salto hacia adelante.

No reflexionó. No pensó en nada; trató solamente de conservar vacío su espíritu, a fin de no falsear los reflejos naturales casi infalible, a causa del severo entrenamiento del que había sido objeto.

Dejándose rodar por el suelo, se puso bruscamente en pie, girando sobre sí mismo y con la pistola empuñada.

Una flor gigantesca le plantaba cara, las raíces al descubierto. Dueño ya de sí mismo, Smith dudó un instante antes de disparar, no creyendo todavía en la realidad de la escena de la cual era testigo.

El grueso tallo, erecto, balanceaba en su extremo superior un cáliz amarillento manchado de rojo, de cuyo centro emergía un pistilo nervioso y largo como una lengua de serpiente.

Unas espiras, que tenían la consistencia del cuero, salían del tallo, junto al nacimiento de las hojas lanceoladas y dentadas, que crujían como mandíbulas de caimán.

Veloz como un rayo, una de aquellas espiras pasó sobre la cabeza de Smith.

Este disparó. Una ráfaga térmica bien apuntada, tocó a la planta al nivel de la corola.

Un penetrante y picante perfume llegó hasta él, mientras el vegetal, seccionado en su parte vital, caía al suelo pesadamente. Smith iba a lanzarse hacia el aparato, cuando comprobó., con inquietud, que otras plantas le cortaban el paso, salidas bruscamente de detrás de las ruinas, dando Tina especie de saltos algo ridículos con ayuda de sus grisáceas raíces que se movían flexionándose como si fueran muelles.

Las había de todos los tamaños, de todos los colores; con corolas aterciopeladas, casi negras o amarillo brillante, o cubiertas de manchas fosforescentes, púrpuras, violetas, con pétalos carmesí rayados con nervios ocres o nacarados. Todas ellas desprendían un perfume violento, embriagador, y al moverse producían un ruido extraño y alucinante, siendo todo aquel cuadro como una sinfonía de olores y sonidos delirante y casi sobrenatural.

El jefe piloto, que había conservado su sangre fría, retrocedió algunos pasos, observando aquella avalancha floral andante, que estaba a punto de asaltarle, y crispó sus dedos sobre la culata de su arma.

«Aquello» debía poseer, ahora estaba seguro, sentidos o percepciones extrasensoriales, pues aquella masa vegetal retrocedió también en dirección al aparato con movimiento uniforme.

Smith sintió como si una mirada inmóvil estuviera espiando sus más ligeros movimientos.

Se decidió a llamar a Perkins, y conectó nerviosamente su radio ondiónica portátil. Algunas flores se acercaban amenazadoramente y no podía perder ni un segundo.

Perkins fue puesto al corriente de lo que le ocurría a Smith, y su voz resonó rápidamente en los auriculares:

—Repliéguese hacia el centro de la ciudad... No se desanime... en seguida llegamos en su ayuda.

Smith cortó la comunicación y contorneó la aeronave en dirección a la explanada. Veía cómo las extrañas plantas se reunían alrededor del aparato, y no pudo resistir la tentación de disparar tres veces más en su dirección. Varios de los vegetales cayeron fulminados, al tiempo que los restantes se retiraban hacia las ruinas.

Otro numeroso grupo de plantas apareció entonces en dirección del aparato como para efectuar el relevo de las que se habían refugiado en las ruinas.

Smith sintió las vibraciones de aquellas espiras correosas, tendidas hacia él como espadas amenazadoras. Entonces comprendió la intensa gravedad de la situación.

Mientras que Krupp y Marchal se lanzaban en socorro de Smith, Perkins gruñó a Kovak que se había puesto pálido de terror:

—¡Ninguna posibilidad de salir vencedores...!

Entonces... ¿Estaba usted al corriente? ¿Qué es lo que está ocurriendo?

—Las khorelias cercan la ciudad. Son las dueñas del mundo.

Perkins y Wrascoff se acordaron entonces de la impresionante aparición de una de esas plantas frente a la aeronave, en el curso de una escala en la costa de Manchuria.

—¿Plantas terrestres?

—No, son de origen marciano. Esporas o semillas han sido enviadas a la Tierra, probablemente en cohetes teledirigidos, para dispersarlas sobre los cinco continentes. Han pensado en todo.

Perkins y Wrascoff corrieron a su vez y se unieron a Krupp y Marchal en la explanada.

Percibieron a Smith que continuaba haciendo uso de su pistola térmica sobre la masa vegetal, la cual hacía explosión transformándose en tiras calcinadas que se llevaba el viento.

Cercando a las plantas que rodeaban el aparato, desencadenaron una verdadera cortina de fuego sobre las khorelias, que, sorprendidas por aquel

ataque imprevisto hubieron de retirarse precipitadamente, mediante grotescos saltos sobre sus raíces, y abandonando en su huida a sus compañeras, convertidas ahora en restos calcinados.

Corrieron todos hacia la nave, intentando quitar aquella ganga vegetal que la cubría hasta casi su mitad.

Sobreponiéndose al horror que experimentaban consiguieron barrer las últimas escorias, abrieron la compuerta y penetraron en el interior del aparato.

Algunos segundos después, la aeronave, haciendo uso de los sustentadores anti-gravedad, se elevaba lentamente y fue planeando sobre la ciudad de la muerte.

Viendo a Kovak, se posaron cerca de él con una cierta rudeza. Uno de los reactores estaba seriamente averiado; pronto se dieron cuenta. Algunas espiras se habían alojado en una de las Loberas y habían sido absorbidas por los generadores auxiliares del sistema de sustentación, causando así una avería de bastante gravedad.

Kovak avanzó hacia el reducido grupo.

—Aquí no peligran —les dijo—. Vengan a mi casa que está muy cerca de aquí.

Efectivamente la casa de Kovak se levantaba al borde de una cercana plaza.

Consistía en una magnífica construcción de dos pisos, rodeada de un gran jardín bien cuidado y adornado con grandes cristales de plexiglás polarizante. .

Pero apenas habían entrado en el jardín tan bien cultivado, retrocedieron alarmados, al ver que, en un seto cercano al edificio, algunas khorelias se agitaban al viento.

Kovak habló rápidamente para tranquilizarles:

—Estas están prisioneras —explicó —, no tengan miedo. Además, las rejas que las rodean están electrificadas. No hay peligro alguno.

Como le pidieran algunas aclaraciones suplementarias, declaró que había conseguido reunir algunas semillas de khorelias a fin de estudiar a su comodidad las plantas marcianas en estado de madurez.

Se habían acostumbrado a su presencia y no le hacían daño alguno, hasta tal punto, que podía acercarse a ellas sin el menor riesgo y estudiarlas a conciencia.

—No estoy seguro de que la khorelia sea verdaderamente una planta —dijo—. El resultado de mis experiencias trastorna completamente los principios de la botánica clásica. Por ejemplo; pude comprobar que poseían un sistema nervioso, que eran sensibles al dolor, y que tenían además una especie de corazón vegetal. Están dotadas de un órgano visual con retina, pero mucho más perfeccionado que el de las antiguas relagineias tropicales, muy conocidas por esa particularidad. Captan las radiaciones que nosotros no llegamos a percibir y poseen la facultad de salirse con sus raíces, fuera de la tierra. Afortunadamente, en estas condiciones no pueden vivir más de tres

minutos, como máximo, y es eso lo que les impide llegar hasta el centro de la ciudad. Por esta razón les dije que aquí no peligraban...

—¿Qué es lo que ha descubierto más sobre ellas? —preguntó Díaz súbitamente interesado.

—Producen frutos explosivos, que proyectan granos duros y compactos a centenares de metros con una fuerza tal, que es muy aconsejable no encontrarse en aquel momento en el radio de acción de esta proyección.

—Tienen una forma de inteligencia evidente—comentó Smith—. Las vi obrar conscientemente cuando me atacaron.

—Indiscutiblemente. No poseen ningún organismo central comparable al cerebro humano, pero como revancha, tienen una multitud de centros cerebrales distintos diseminados a lo largo del tallo, lo cual les confiere, si no superioridad, por lo menos una limpia ventaja sobre el hombre, de hecho una consciencia que perdura íntegramente, aunque se destruyan uno o varios centros cerebrales.

—¿Cómo llegan a desplazarse?

—Por cambios de presión que operan en las fibras nerviosas, provocando diversas tensiones que permiten a las raíces crear el movimiento deseado.

Perkins reflexionó un momento, y preguntó:

—¿Qué papel desempeñaban en Marte? ¿Por qué razón no se hicieron dueñas de aquel planeta?

—Es una raza que no tiene nada que ver con la creación de la naturaleza. Híbridos de alguna especie, o mejor, unas mutaciones obtenidas por los botánicos marcianos después de varios siglos de esfuerzos y de estudios, cuando decidieron acrecentar el porcentaje de oxígeno que les hacía falta. Como cualquier vegetal, las khorelias utilizaban también la luz solar como manantial principal de energía, y sus movimientos les obligaban a una consumición excesiva de gas carbónico, en cuya operación liberaban una cantidad muy apreciable de oxígeno... Pero les tengo que decir que estos vegetales estaban cultivados en Marte en zonas apropiadas, y bien delimitadas, y que no tenían en aquel planeta las dimensiones que aquí poseen. Pensé que las condiciones terrestres debían haber influido considerablemente en su morfología.

Volvió la cabeza hacia las khorelias que se elevaban en medio del coto o parterre y añadió con una sonrisa indefinible.

—¿Creen ustedes que les dejarán volver a tomar posesión de la superficie fácilmente?

—Ya encontraremos el medio de atemorizarlas.

—Personalmente todavía no he encontrado ninguno, aparte del lanzallamas que poseo, y que me permite llegar sin miedo hasta los alrededores de la ciudad.

—Me pregunto —dijo Wrascoff— por qué razón no nos atacaron en el curso de nuestras escalas precedentes. Esta noche, cuando nos acercamos hasta los límites de la ciudad no se presentaron.

Kovak, pareció reflexionar algunos segundos y murmuró:

—¿Por qué lo tenían que hacer? No han tenido contacto humano desde hace dos siglos. Estaban persuadidas de que este mundo les pertenecía para siempre. Han necesitado tiempo para reaccionar y comprender las intenciones que ustedes llevaban. Para mí era diferente, pues habían comprendido desde hace mucho tiempo que yo no representaba ningún peligro para ellas. Pero ahora lo saben todo. Y esto es lo que m« inquieta.

La finca ocupada por Kovak era confortable y estaba magníficamente decorada y amueblada.

El profesor les confesó que, para obtenerla, sólo tuvo que preocuparse en elegir la que más le gustó entre las muchas que tenía a su total disposición en la ciudad. Su tiempo lo ocupaba alimentándose, leyendo, estudiando y tocando el piano cuando quería.

Había organizado perfectamente su existencia, y Perkins se preguntó si no lamentaría la intrusión que parecía haber trastornado el ritmo tan bien organizado de su vida.

Kovak se encerraba a menudo en un mutismo de los más completos y entonces aparecía como ausente, como inmerso en una nube de ensueño, en la que la realidad del momento no contaba para nada, y como si nadie existiera a su alrededor.

Aquellos dieciocho años de soledad habían marcado su profunda impronta en el espíritu del profesor, y la soledad y la convivencia con aquel mundo en el que sólo reinaba la muerte parecía haber tomado carta de naturaleza en su manera de ser.

Pero los Cyborgs todavía podían necesitarlo, sobre todo ahora que se encontraban en una difícil situación, con el aparato averiado y cuya reparación parecía ser bastante complicada.

Krupp y Smith decidieron empezar la tarea lo antes posible. y comenzaron a desmontar el reactor obstruido.

Efectuar a píe y por sus propios medios el trayecto que les podía conducir al túnel de acceso por el que habían emergido a la superficie, era una empresa en la que no se debía pensar por ser prácticamente irrealizable.

En efecto; un rápido cálculo efectuado por Perkins, demostró que casi dos mil kilómetros les separaban de aquel lugar.

Se encontraban ahora en el antiguo estado de Missouri, exactamente en Rock-City, una pequeña ciudad de unos seis millares de habitantes aproximadamente.

Era pues, necesario, reparar a toda costa la aeronave, puesto que si no lo conseguían, también ellos podían verse condenados, como Kovak, a terminar sus días prisioneros de las khorelias.

Por otra parte, tenían que considerar muy seriamente el hecho de que sus reservas energéticas no eran eternas, y que en un tiempo limitado todos los órganos artificiales de que iban provistos, dejarían de funcionar, fatalmente.

Sus combinaciones protectoras no serían tampoco eternas y sólo poseían

algunas de recambio, justas las que necesitaban y que habían sido calculadas aproximadamente para el tiempo que previsiblemente tenía que durar la incursión por la superficie.

Y había aún algo mucho más grave: no disponían de medio alguno para poder comunicar con sus semejantes.

Perkins se hizo cargo de la situación con mucha calma y reunió a sus hombres en la habitación principal del edificio.

Ante todo recomendó a éstos que economizasen por todos los medios los recursos energéticos, y les subrayó que debían reducir al mínimo la actividad de los órganos artificiales, especialmente en los períodos nocturnos.

Tenían que adoptar, pues, como recurso, el sueño natural, antes de utilizar las pastillas regeneradoras, que debían conservar para ocasiones verdaderamente necesarias y de emergencia.

La desconexión de los diversos aparatos bioelectrónicos se podría ir efectuando gradualmente, a fin de readaptar el organismo a sus posibilidades naturales, en un plan progresivo.

Por lo que concernía a las cuestiones de nutrición, el problema era menos grave. Gracias a las reservas de comprimidos nutritivos que conservaba el profesor Kovak, la alimentación estaba asegurada para largo tiempo.

Hacia el atardecer, Perkins se unió a Kovak en la terraza junto al living-room. Lo encontró lavando algunas lechugas recién cogidas del huerto, en un cubo lleno de agua limpia y fresca. El viejo se volvió hacia él cuando llegó a su lado.

Dejó de lado sus reflexiones en las que casi siempre estaba sumido y abandonando por un momento su quehacer dijo:

—Todo el mundo tiene sus problemas, grandes o pequeños, ¿verdad? —una leve sonrisa distendió su arrugado rostro—. Los míos se limitan a la alimentación indispensable de mi pobre estómago. Pronto será la hora de mi comida.

Con la barbilla señaló hacia las khorelias que se encontraban dentro del cerrado parterre:

—Me he preguntado muchas veces lo qué debían pensar viendo como me alimentaba con esos vegetales terrestres. Para ellas un vegetariano debe ser lo mismo que para nosotros un antropófago. Todo es relativo.

Siguió la mirada de Perkins, que se había fijado en la más alta de las khorelias; una planta magnífica, de unos dos metros y medio de altura, cuyos pétalos de color púrpura tenían una serie de manchas negras y amarillas. Se balanceaba majestuosamente por encima de sus compañeras, rozando, casi, el muro de la villa.

—Es la más bonita de todas —dijo Kovak en otro tono— y la más inteligente también. .

—La belleza y la inteligencia unidas —dijo Perkins— siempre han sido peligrosas.

—Esta es inofensiva. Espere a que se acostumbre a la presencia de ustedes

y tengo la seguridad de que podrán penetrar en su recinto sin ningún peligro.

A Perkins le costó un considerable esfuerzo de voluntad dejar de mirar aquella maravillosa planta que parecía fascinarle.

Kovak tenía razón:

Era la más bonita de todas.

CAPITULO IX

Se hizo de noche en aquella primera jornada transcurrida en la ciudad muerta.

El sol descendió en el horizonte acompañado de una niebla que condensaba sus fuegos anaranjados, mientras que, sobre ellos, el cielo y las grandes nubes, que el viento había ido acumulando, iban tomando progresiva y lentamente tonalidades plomizas.

En el ambiente se notaba una extraña sensación de pesadez. La tormenta amenazaba, y los Cyborgs temían el desencadenamiento de los elementos, a los cuales no estaban acostumbrados, haciendo nacer en ellos un nerviosismo y un malestar difíciles de explicar.

La naturaleza toda reposaba en un silencio amenazador. Poco a poco, un murmullo indefinible fue invadiendo el ambiente. Era como el preludio de una terrible sinfonía que despertaba en ellos un temor desconocido, un terror atávico, prodigiosamente antiguo, que habían heredado de sus lejanos antepasados.

La sorda explosión de un trueno precedida de una brillante exhalación, retumbó violentamente sobre sus cabezas, pareciendo conmover hasta los cimientos de la ciudad, y luces violáceas y azules aparecieron casi sin interrupción hacia el Norte.

Vivísimos relámpagos rasgaron la negrura del cielo, y entre una baraúnda aterradora de truenos y violentos estampidos ensordecedores, verdaderas trombas de agua empezaron a caer sobre la ciudad, y una espesa cortina líquida unió el cielo y la tierra.

Kovak había cerrado las puertas y ventanas de la villa y se disponía tranquilamente a hacer los preparativos de su cena.

Sonó una campana lúgubremente no muy lejos de allí, dominando los ruidos de la tempestad, pero Kovak pareció no prestar demasiada atención.

Fue Marchal el que dijo;

—Parece come si repicara una campana... ¿no oyen ustedes?

—Sí, en efecto, está llamando a los feligreses para que acudan a rezar el rosario. Ya les dije que aquí todo era automático.

Kovak volvió a sus pequeños quehaceres con su habitual tranquilidad.

Fuera, era el infierno, la locura desencadenada, el agua caía como una verdadera catarata sobre la ciudad. El viento aullaba ahogando ahora el tañido de la campana, como si las voces del infierno quisieran imponerse a la llamada de Dios.

A la luz de los fulgurantes relámpagos, la silueta de la ciudad muerta se perfilaba con sus cúpulas, sus torres, sus pistas de aterrizaje, sus monumentos, sus casas y sus ruinas. Todo ello con una armonía impresionante. Como una alucinante pesadilla.

La tempestad duró casi una hora y acabó bruscamente. Ya no se escuchaba

más que el silbido del viento que poco a poco iba cesando, las últimas gotas de agua que tintineaban sobre los charcos.

Perkins se había retirado a una pequeña habitación cercana al *living-room*. El solo hecho de poder tenderse sobre aquel lecho suave y mullido, le había dado, por un instante, la sensación de haber vuelto a su estado normal.

Se había dedicado durante aquel rato a ir regulando gradualmente sus conexiones, probando poco a poco a tomar posesión de sus reflejos normales y propiamente humanos.

Durante toda una hora aun, se mantuvo en la misma posición, sintiendo que un dulce sueño le invadía lentamente.

Tenía la mirada fija sobre los cristales de la ventana, por donde le llegaban todavía, los lejanos e intermitentes resplandores de los relámpagos que se iban debilitando más y más sobre el fondo negro del cielo.

Se encontraba sumido en una semi-inconsciencia, cuando una voz dulce y acariciadora se insinuó en su espíritu medio adormecido.

La voz le hablaba con una ternura infinita, y las primeras palabras hicieron dar un vuelco a su alma:

—Mike... Mike... amigo mío... no tengas miedo..., no tengas miedo, pues yo estoy siempre a .tu lado... siempre, tú lo sabes... más allá de la vida... más allá de la muerte... te acuerdas, ¿verdad?

¡Mary!

¡Era la voz de Mary!

Perkins no se atrevió a mover ni un párpado. Esperó ansioso y lleno de alegría. La voz volvió a hablar, con aquella dulzura que él tan bien conocía, despertando en su conciencia los más tiernos recuerdos. Las más íntimas sensaciones.

Entonces abrió los ojos, como la voz le pedía, y en el centro del encuadre de la ventana, y a través del cristal de la misma, vio una silueta fosforescente. Era ella, que se movía al compás de sus largos cabellos que caían como una brillante cascada sobre su espalda y su pecho desnudos.

¡Mary...!

¡Era la imagen de Mary...!

Vio su cara casi infantil que le sonreía, como prueba de la más tierna pasión.

—Más allá de la vida... más allá de la muerte... Mike, yo también te necesito...

En su interior, la conciencia de Perkins aún luchaba ferozmente contra aquella especie de autosugestión:

—No... no es posible... no escuches... no escuches... todo esto no existe... no puede existir...

Con un supremo esfuerzo, se levantó y corrió hasta la ventana, jadeando horrorizado.

Se dio cuenta entonces que la aparición se había esfumado, ahogada en la semi-oscuridad del exterior, y observó con gran sorpresa, que una fina red de

cobre protegía por la parte de afuera la gran ventana que se abría precisamente sobre el parterre reservado a las khorelias.

El fantasma de Mary había desaparecido.

Sólo quedaba la majestuosa flor que as balanceaba dulcemente al viento.

La reconoció a pesar de la oscuridad:

Un tiempo gris, pesado y amenazador-, persistió durante el día siguiente, en la ciudad de los muertos, que era barrida por un viento frío y tempestuoso.

Cuando Perkins se reunió con sus compañeros se guardó mucho de hablarles de su extraña alucinación de la noche anterior.

Hablarles de Mary estaba por encima de sus fuerzas y además era una cuestión tan íntima que prefería no hacer partícipe a nadie de sus pensamientos sobre el tema.

Todo aquello no concordaba con nada. Había sido presa de una pesadilla, de una reacción normal de su subconsciente, que conservaba en sus profundidades las intimidades de su amor por su querida Mary.

Tenía que convencerse a sí mismo de que había sido víctima de su imaginación hipersensibilizada, y que aquel caso de sugestión no merecía darle tanta importancia como él le había concedido.

No podría olvidarse nunca de su. adorada Mary, es cierto, y su recuerdo subsistiría en él hasta el fin de sus días.

Con un violento esfuerzo de voluntad, olvidó todos sus pensamientos, para abordar los problemas inmediatos que preocupaban a todos...

La avería del reactor de la aeronave era mucho más grave de lo que en un principio se había creído; faltaban materiales y herramientas para hacer las piezas que habían resultado afectadas por la avería y consideradas como irreparables.

Perkins se informó entonces, por mediación de Kovak, de los posibles centros mecánicos radicados en Rock-City, en donde pudieran encontrarse, aunque fuese de desecho, los materiales que les faltaban para tratar de reparar la aeronave.

Kovak se brindó voluntariamente para hacer de Cicerone y conducirles al sector industrial de la ciudad.

Perkins dejó a Smith y a Krupp en el aparato para que procedieran a desmontar las piezas defectuosas y, acompañado de Wrascoff, de Marchal y de Díaz, salió de la villa, siguiendo al experimentado guía.

No pudo resistir la tentación de echar una ojeada a la imponente khorelia que emergía altiva por encima de la valla protectora del parterre en el que se erguía orgullosamente. Su fascinante belleza le producía un singular estado de inquietud, al que le era muy difícil poderse sustraer. Kovak diose cuenta de ello.

El anciano se cubrió con una áspera chaqueta de piel y le dijo reposadamente:

—Acabará usted por acostumbrarse. Vamos, venga...

El pequeño grupo se adentró en las calles de Rock-City, y los Cyborgs,

acabaron también por habituarse a las macabras escenas de que seguían siendo testigos.

Para poder llegar al sector industrial, tuvieron que contornear un inmenso jardín, ocupado casi totalmente por grandes cantidades de khorelias que, al sentirles cerca, se agitaron vigorosamente.

Cualquier trozo de terreno que reuniera favorables condiciones para su normal desarrollo, estaba plagado de las extrañas plantas.

Los Cyborgs doblaron, al cabo de un buen rato, por una pequeña calle en la que apercibieron el silbido de aquellos granos o semillas, duros como balas, que las khorelias proyectaban en su dirección pero que, afortunadamente no llegaron a alcanzarles.

Tuvieron que redoblar las precauciones para acercarse a otro grupo adosado a varios cuerpos de edificios gigantescos e imponentes rematados por altas chimeneas.

Otro jardín invadido por las khorelias se presentó frente a ellos y, para evitar posibles percances, lo salvaron dando un enorme rodeo a las órdenes de Kovak.

Este demostró ser un estupendo guía, pues conocía perfectamente la topografía de la ciudad, y llevó sin más peligros a sus compañeros hacia otro gran grupo de edificios que les faltaban atravesar para alcanzar la parte sur de la población que, desde luego, también estaba cercada y vigilada por las plantas.

Siguiendo a Kovak, penetraron segundos más tarde en una construcción de imponente aspecto y cuyos vestíbulos y pasillos estaban llenos de vigilantes momificados y uniformados de azul oscuro.

Atravesaron en silencio varias salas y largos pasillos, y Kovak, no pudo por menos que murmurar:

—Esto era el Palacio de Justicia. ¡Cuántas sentencias han quedado en suspenso desde hace dos siglos...!

En sus labios apareció una amarga sonrisa, y como desembocaban en un patio interior del palacio, añadió:

—Ésta en particular.

En el centro del patio se levantaba un curioso andamiaje alrededor del cual se mantenían en diversas posturas, como de museo de figuras de cera, un grupo de personas inmóviles y sombríamente vestidas.

Pero la atención de los Cyborgs fue especialmente atraída por el cuerpo de un hombre arrodillado en la base de aquel andamiaje, y cuya cabeza se hallaba aprisionada por una especie de gruesa argolla de madera.

Avanzaron lentamente, alucinados por aquella escena inesperada que, por su intensidad dramática, se distinguía de todas las que escapaba a la comprensión de los Cyborgs. Pensaron que la catástrofe había hecho cesar todo movimiento, una fracción de segundo antes de la ejecución.

—Una guillotina —murmuró Kovak—. El Estado de Missouri las había adoptado desde el año dos mil. Era un procedimiento simple y muy

expeditivo.

Se acercó a la «logízate» y tuvo una mirada de piedad para el desgraciado, que tenía la cara contraída, conservando desde hacía dos siglos aquella expresión donde se leía el terror y la resignación a un mismo tiempo.

Pulsó deliberadamente un botón introducido en el montante vertical del aparato. La cuchilla se deslizó con un siniestro chirrido y cayó con un ruido seco, espeluznante sobre la cabeza del hombre, separándosela de golpe del tronco.

La cabeza cayó en un cesto previsto para este efecto, pero se resquebrajó al golpe y se convirtió en una pequeña nube de polvillo que el viento dispersó en un instante.

Asqueado, Perkins, había vuelto la mirada... ¿cómo podía ser que cosas como aquella pudieran haber ocurrido?

En aquel preciso instante, una campana replicó en la iglesia vecina, y tuvo la impresión en el fondo de su alma, que celebraba el cumplí miento de aquella ejecución llevada a su término.

Dos horas más tarde, Kovak y los Cyborgs salían del depósito industrial, después de haber recuperado algunas piezas y diversas herramientas en buen estado, y que podrían serles de gran utilidad para la reparación de la aeronave. Momentos después, Díaz, que marchaba en cabeza se detuvo bruscamente.

Media docena de khorelias acababan de surgir ante ellos, impidiéndoles el paso en dirección al Palacio de Justicia.

Aquellas temibles plantas les habían cortado el paso y adivinado sus intenciones.

Simultáneamente, Díaz y Marchal dispararon varias ráfagas con sus armas, acabando por destruirlas, pero cuando se disponían de nuevo el camino, un nuevo grupo apareció, saltando grotescamente y dirigiéndose hacia ellos.

—Retrocedan, de prisa —gritó Perkins.

Cubriendo la retirada de sus compañeros, utilizó a su vez su pistola térmica, cortando limpiamente el asalto de las monstruosas criaturas.

Oyó la voz de Kovak que gritaba:

—Por aquí. Trataremos de llegar a la gran plaza.

Desgraciadamente tuvieron que abandonar el demasiado embarazoso cargamento seleccionado en el depósito industrial.

Presos de una sorda rabia, corrieron en pos de Kovak, muy ágil a pesar de sus años, confiando plenamente en su perfecto conocimiento del lugar.

Pero cuando llegaron a la gran plaza, se vieron desagradablemente sorprendidos por varios grupos de khorelias que les hacían frente. Esta vez el ataque parecía serio, y tuvieron que enfrentarse a ellas.

Las ráfagas térmicas crepitaron nuevamente, carbonizando a una decena de plantas salvajes más, pero un momento más tarde tuvieron que lanzarse al suelo, para evitar una rociada de aquellas semillas que, como proyectiles, fueron a estrellarse con ruido seco en la fachada de un edificio próximo.

Perkins señaló un montón de ruinas y escombros, situado no muy lejos de

donde se encontraban en aquel momento, y todos, como un solo hombre, se precipitaron hacia aquel parapeto natural para guarecerse del furioso ataque de las plantas marcianas.

Las semillas zumbaban en sus oídos como balines, y, súbitamente, Perkins vio a Marchal que caía pesadamente en tierra, con una violenta interjección.

Comprendió que él físico estaba perdido si no le prestaba un rápido auxilio. Retrocedió lo andado y se acercó al herido, disparando al mismo tiempo sobre dos enormes khorelias que se arrojaban sobre el desgraciado.

Las plantas cayeron fulminadas a dos metros escasos de Marchal. Perkins le ayudó a ponerse en pie con un vigoroso tirón y le obligó a correr animándole con la voz:

—¡Vamos, de prisa...!

Unos segundos después se unieron a Díaz y a Kovak, que ya se habían refugiado tras aquella especie de parapeto.

—¿Dónde está Wrascoff? —preguntó Perkins con angustiada voz.

Díaz, sorprendido, se volvió, y descubrió el cuerpo del radiólogo, que, inerte, totalmente inmóvil y en una extraña postura, yacía tendido en medio de la plaza.

Perkins no dudó ni un segundo:

—¡Cúbranme! —ordenó, antes de lanzarse en su socorro.

Era una locura, una empresa suicida, pero Wrascoff podía necesitar auxilio.

En loca y zigzagueante carrera se acercó al caído, pero cuando llegó a su lado pudo comprobar que, desgraciadamente, había muerto. Alcanzado de pleno en la cabeza por aquellas mortíferas semillas, su muerte había sido fulminante, con el cerebro atravesado de parte a parte.

Michael Perkins volvió rápidamente junto a sus compañeros.

—Nada se puede hacer por él —murmuró apenado.

Hubo un momento de honda emoción, que rompió la voz de Marchal:

—Gracias, mi comandante; gracias por lo que ha hecho usted por mí.

Perkins respondió sencillamente:

—Lo habría hecho igual por cualquiera de vosotros. Y ahora tratemos de salir de esta situación. Kovak, ¿dónde estamos exactamente?

—Cerca del sector Sur —extendió el brazo frente a sí—. Si conseguimos atravesar el río, estamos salvados. Hay un puente muy cerca de aquí.

Las khorelias parecían haber abandonado el combate, pero un reducido, aunque compacto grupo, se mantenía cerca del jardincillo que bordeaba el depósito industrial.

Parecía como si aquellas plantas les estuvieran espiando, y Perkins se preguntó si la extraña consciencia de aquellas criaturas, no les permitiría adivinar sus intenciones y propósitos.

—Está ocurriendo algo raro que no llego a comprender —dijo Kovak—. Jamás habían procedido en la forma que ahora lo hacen. ¿Se han dado ustedes cuenta de que sus ataques están organizados más allá del tiempo de que

disponen para poder estar con sus raíces fuera de la tierra?

—Usted había hablado de dos o tres minutos como máximo.

—En efecto; y la mayor parte de las que han invadido la plaza venían desde bastante lejos y no han tratado siquiera de regresar a su tierra de origen.

—¿Quiere usted decir que se han sacrificado voluntariamente?

—Exactamente. Se trata de plantas suicidas de alguna especie... ¡Mire!

—¡Cuidado! —gritó Perkins.

Cerca de veinte de aquellas plantas suicidas, corrían por la gran plaza. Se podía oír perfectamente el castañeteo brusco de sus hojas, mezclado con el zumbido de sus largas espiras, que azotaban el aire con desesperada furia.

Era verdaderamente alucinante y apenas creíble.

—Marchal, apunte por el lado izquierdo; Díaz, usted por el derecho. Yo lo haré por el centro... ¿Preparados...? ¡Fuego!

Las armas crepitaron furiosamente, pero las khorelias, pareciendo adivinar sus ángulos de tiro, se esparcieron bruscamente, como si hubiesen sabido su táctica de antemano.

Entonces comprendieron que sólo un verdadero milagro les sacaría de aquel aprieto.

—Fuego... a discreción —gritó Perkins, refugiado tras un gran bloque de cemento.

Entregó un arma a Kovak, el cual rápidamente disparó y abatió a dos de las khorelias de un tiro muy bien dirigido.

Las semillas zumbaban como moscardones a su alrededor, rebotando violentamente contra las piedras y las paredes.

En el infierno de llamas y fuego desarrollado por las armas térmicas, las asaltantes explotaban y se consumían en un holocausto dantesco. Como antorchas incandescentes, rodeaban a los Cyborgs, llenando la atmósfera de un humo denso y pestilente que la hacía casi irrespirable y sofocante.

Las armas se habían recalentado peligrosamente, debido al continuo y prolongado uso de que las estaban haciendo objeto, y sus culatas abrasaban las manos de los Cyborgs.

¿Cuánto tiempo podrían sostenerse aquel infernal asedio?

Por fin, las últimas plantas suicidas cayeron. O así lo creyeron al menos, ya que debido al humo denso y acre que rodeaba el parapeto, los Cyborgs apenas podían distinguir nada de lo que les rodeaba.

Perkins reunía a sus hombres, cuando un grito agudo llegó a sus oídos.

Un enorme bloque de piedra acababa de caer sobre el parapeto aprisionando a Díaz inmovilizándole contra el suelo.

Cuando Marchal y Kovak se precipitaron en su ayuda, Perkins apenas tuvo tiempo de ver a una enorme khorelia que se encontraba en lo alto del montículo, pero en una fracción de segundo pudo darse cuenta de la estratagema imaginada por ella al efectuar aquel ataque por sorpresa. Dio un salto de costado y apretó el gatillo de su pistola.

Pero la ráfaga de fuego no salió del arma.......

Tuvo el tiempo justo de desenvainar el cuchillo que llevaba sujeto a la cintura, cuando una de las espiras ya se arrollaba alrededor de su talle. Vio el pistilo en forma de dardo tendido hacia su cara, y lo cogió salvajemente, olvidando su repugnancia, al mismo tiempo que hundía su cuchillo en el rugoso y grueso tallo de la planta.

Llevados por la fuerza del choque, hombre y planta rodaron por el suelo enlazados en un cuerpo a cuerpo inimaginable, ante las miradas horrorizadas de Kovak y de Marchal, impotentes ante la terrible lucha que estaban presenciando.

Pero Perkins luchaba ferozmente, con una sangre fría extraordinaria, convencido que la menor distracción sería suficiente para ocasionarle la muerte. La afilada hoja de su cuchillo continuaba cortando a la altura del cáliz, haciendo brotar de las profundas heridas un repugnante jugo verde y gelatinoso que mojaba sus manos y salpicaba su cara.

Por fin, la espira se aflojó y el pistilo cayó inerte. Perkins se deshizo de la planta y de un salto se puso en pie.

La khorelia suicida había muerto.

Y, momentos después, Perkins se dio cuenta de que el infortunado Díaz tenía el brazo derecho terriblemente aplastado por el bloque de piedra que se había abatido sobre él.

Apenas podía respirar, y su sufrimiento debía ser atroz. Intentaron en vano retirar el brazo del Geólogo. Y les era totalmente imposible levantar el enorme bloque. Era aquella una tarea superior a las fuerzas de los tres hombres reunidos.

Pero, desde luego, era preciso intentar alguna cosa para auxiliarle.

Recobrando el aliento, Perkins echó una ojeada en dirección al jardín. De momento todo parecía en calma por aquel lado. El humo se había disipado, y, por lo menos, podían ver con claridad los posibles intentos de nuevos ataques.

Pero, afortunadamente, la tranquilidad era absoluta. Los bordes del jardín estaban desiertos. Las khorelias habían desaparecido y el silencio en todo el ámbito de la plaza era total.

Perkins se arrodilló junto a Díaz, que había perdido el conocimiento.

—Va a morir —murmuró Marchal en un susurro.

Perkins se levantó, dudó un segundo y dijo:

—Sería necesario que le amputásemos el brazo aquí mismo. Es la única posibilidad de salvar su vida. Pero no disponemos de ningún botiquín de emergencia. Llamar a Smith y Krupp no serviría de nada. No conocen la ciudad y estamos a más de una hora de camino del lugar donde se encuentra el aparato. Sería demasiado tarde.

Se dirigió al profesor Kovak:

—Kovak, ¿podría usted encontrar por estos alrededores un depósito farmacéutico, en fin, algo... podemos procurarnos medicamentos y vendas...?

El sabio entornó sus pequeños ojos, reflexionando durante unos instantes, y movió la cabeza afirmativamente:

—Yo creo que sí. Hay un depósito no muy lejos de aquí.

—Entonces dese prisa. Es una cuestión de minutos. Procure encontrar vendajes, un potente anestésico y cualquier producto antiséptico. Yo me encargo del resto.

Kovak se alejó sin esperar más, con un paso insospechadamente rápido para su edad, prometiendo que estaría de regreso en breves minutos. Desapareció rápidamente en una calle lateral, en dirección al río, del cual ya había hablado anteriormente.

Mientras esperaban la vuelta del profesor, Perkins y Marchal se dedicaron a desnudar con todo cuidado el brazo de Díaz, que estaba aprisionado a la altura del codo.

Con nerviosa impaciencia esperaron con la vista clavada en la dirección por donde había desaparecido el Profesor, hasta que, unos cinco minutos más tarde, éste regresó apresuradamente con un pequeño paquete debajo del brazo.

—He encontrado todo lo que usted me pidió —dijo jadeando— menos el anestésico. Es .una suerte que ese depósito refrigerado no haya sido destruido.

Perkins se hizo cargo de una lata hermética de gasas antisépticas, haciendo saltar la tapa. Cogió el cuchillo de Marchal y lo tendió a Kovak.

—¡Rápido...! Desinféctelo.

Se arrodilló junto a Díaz y empezó a desconectar lentamente el acondicionador de temperatura y el convertidor químico acoplado al sistema circulatorio.

La temperatura cayó progresivamente hasta cerca de veinticinco grados centígrados.

Después reguló el sistema regulador cardíaco, y con ello ya estuvo dispuesto a intervenir. Esta hibernación artificial detendría provisionalmente la hemorragia, pero a pesar de ello, tomó la precaución de aplicar un torniquete en la parte más alta del brazo con su cinturón.

Se levantó, elevó un poco el inerte cuerpo de Díaz, y colocó una piedra larga y casi triangular, de aguzadas aristas, bajo el desnudo brazo, creando con ello un apreciable desnivel.

Mientras Marchal sujetaba fuertemente a Díaz por la espalda, la pierna derecha de Perkins se replegó, y luego se distendió violentamente. La dura suela de su bota se abatió con precisión sobre el húmero de Díaz, que, con un ruido seco, se quebró limpiamente, de un solo golpe, casi a nivel del codo.

Con movimientos rápidos y precisos cogió el ya desinfectado cuchillo y empezó a recortar el miembro herido, a la altura de la rotura.

CAPITULO XI

Los tres días que siguieron, obligaron a Perkins a dedicarse por entero al infortunado Díaz, el cual había sido terminado de operar convenientemente en la villa, gracias al material quirúrgico que llevaban en la aeronave.

Pero, a pesar de ello, y de las dosis masivas de potentes antibióticos y estimulantes que se le aplicaban continuamente, el estado de Geólogo seguía siendo gravísimo, casi sin esperanza de que pudiera seguir viviendo.

Una verdadera ola de pánico se había apoderado de los supervivientes desde aquel dramático día en el que también perdió la vida el bravo Radiólogo.

Smith y Krupp, por su parte, proseguían con todas sus fuerzas y con escasos medios de que disponían las reparaciones imprescindibles del aparato.

Kovak, continuaba abstraído, efectuando sus pequeños quehaceres habituales, ayudando corno mejor podía a los Cyborgs, pero, desgraciadamente, sin mucha efectividad.

Un nervioso malestar reinaba en el ya reducido grupo, nerviosismo que se manifestaba a la menor contrariedad y que se traslucía en sus semblantes. Subconscientemente, todos ellos sentían la impresión indefinida, pero no por ello menos firme, de que un gran peligro se cernía sobre ellos inexorablemente.

Todos ellos se preguntaban interiormente qué era lo que podrían estar tramando aquellas malditas khorelias. ¿De qué podrían ser capaces? Nadie lo sabía, ni eran capaces de preverlo.

Y, no obstante, todo parecía maravillosamente en calma. El sol había reaparecido en un cielo claro, puro, sin una sola nube que empañara su purísimo azul.

.Pero... ¿no sería aquella tranquilidad la clásica calma que precede a las grandes tempestades?

Perkins se revolvía interiormente contra aquella mala suerte que no cesaba de atormentarles, desde el momento en que pusieron pie j en aquella maldita ciudad de muerte y pesadilla

A menudo acababa maldiciendo su impotencia, puesto que impotentes estaban ahora, frente a la extraordinaria organización de las khorelias, que se habían convertido en las verdaderas dueñas de aquel mundo abandonado.

Su rabia se manifestaba con más violencia cada vez que miraba los ejemplares conservado por Kovak en el parterre electrificado.

Reuniéndose con el viejo sabio en el jardín no pudo evitar el decirle:

—No comprendo cómo puede usted soporta la presencia de esas plantas noche y día. A personalmente, me ponen nervioso.

Kovak sacudió imperceptiblemente la cabeza:

—Ellas representan el barómetro psíquico más seguro que podemos poseer.

—Explíquese.
—Pues sí. Inconscientemente o no, ellas reaccionan a las intenciones de sus compañeras en libertad. Posiblemente usted no se habrá fijado, pero yo ya las conozco. Desde hace algunos días manifiestan una nerviosidad extrema, una especie de excitación que jamás había observado en ellas.
—¿Y si acabaran por atacarnos?
—Se abrasarían al ponerse en contacto con la red electrificada que rodea el parterre. Ellas lo saben, y no lo intentarán.
Perkins posó su mirada sobre la red de cobre que cubría la ventana de su habitación. Kovak no había olvidado ningún detalle.
—Y no soy tan loco como para dejarles su aglomerado de semillas. Mire, no lo poseen. De esta forma son completamente inofensivas.
—No comprendo cómo es que la que me atacó en las ruinas tampoco las tenía.
—Es muy sencillo. Era macho.
—Pero... yo las creía androgenéticas.
La mano de Kovak se posó sobre su brazo:
—Quisiera saber qué es lo que pasa ahora... Mire como se agitan...
En efecto, las khorelias balanceaban frenéticamente sus cálices multicolores de izquierda a derecha, y la más alta, agitaba sus largas hojas mientras sus correosas espiras golpeaban el aire como latigazos.
En aquel instante Marchal salió de la villa y avanzó por la terraza:
—Mi Comandante...
Perkins sintió un escalofrío que recorrió su espina dorsal aún antes de que el otro terminara de hablar:
—Mi comandante... Díaz acaba de morir.
Perkins se volvió hacia Kovak:
—Tenía usted razón. El barómetro funciona maravillosamente.
El cuerpo de Díaz fue enterrado en un rincón del jardín. Fueron unos momentos triste emocionantes y terribles para todos ellos. Todo ellos acusaban visiblemente en sus rostros crispados por el sentimiento que en aquellos momentos les embargaba, pero aun otro sentimiento parecía también reflejarse en ellos. El de la impotencia; una especie de convencimiento que iba apoderándose de sus mentes de que no podían zafarse del acoso de aquellas bestias malditas.
Perkins fue el primero en romper el silencio
—Amigos míos: tengo la plena seguridad que todos deploramos lo mismo la pérdida nuestros desgraciados compañeros, pero no debemos ni podemos mirar hacia atrás. Una~ e presa ardua y peligrosa nos espera. No podemos perder más tiempo.
Era necesario continuar las reparaciones toda costa, y Perkins decidió hacer, en compañía de Kovak, una nueva tentativa para procurar encontrar en los almacenes del centro de la ciudad, algunos materiales que les pudieran ser útiles.

Cuando volvían los dos hacia la villa, Kovak se detuvo al borde del río, visiblemente turbado. Indicó a su acompañante algunas khorelias que flotaban en la superficie del agua, clara y limpia, dejándose arrastrar por la corriente, que por aquel lugar era bastante rápida.

—¿Qué significa esto? —preguntó Perkins con la mirada fija en aquel espectáculo— ¿Ocurre esto con mucha frecuencia?

—No; y además es la primera vez que...

Kovak interrumpió su respuesta, .perdido en sus profundos pensamientos, y de repente, su cara perdió el color:

—¡Santo Dios! Han encontrado el medio de desplazarse al centro de la ciudad. Es fácil de comprender, vea usted. Estas plantas, está demostrado, no pueden vivir fuera de la tierra más de tres minutos; pero en el agua sus raíces al encontrar cierta clase de alimento, pueden, por lo visto, prolongar su vida.

—¿Cuánto tiempo le parece a usted?

—No se lo puedo decir exactamente... Puede que dos horas o puede que hasta días...

—Y cuando lleguen al centro de la ciudad, ¿qué alimento encontrarán para satisfacer sus necesidades?

—Teniendo en cuenta la extraña psicología de estas plantas, no es posible predecir, ni tan siquiera prever, cuáles serán sus proyectos ni que es lo que pueden estar planeando.

Dieron media vuelta y se adentraron por las calles, redoblando las precauciones. No habían andado todavía cien metros, cuando Perkins señaló un grupo de villas parecidas a la que ellos ocupaban, todas ellas rodeadas de un pequeño jardín, repleto de malezas. Sobresaliendo por encima de un zarzal, y por entre el tupido follaje, el cáliz purpúreo de una khorelia emergía amenazador.

Kovak frunció súbitamente el entrecejo:

—En este sector no habían khorelias; estoy seguro. Mire allá a lo lejos todavía se ven más. Van a invadir todos los terrenos en donde puedan estar seguras de encontrar alimento.

—Una maniobra de acorralamiento, sin duda.

—Posiblemente. Pero yo tuve la precaución de escoger la única villa con jardín que existía en nuestro sector. Nunca me he fiado. No creo que lleguen hasta allí, pero si usted quiere que le diga lo que pienso sinceramente, creo que lo mejor sería extremar la prudencia al límite, máximo y no descuidarse ni un segundo.

Reanudaron la marcha hacia la villa, a la que llegaron sin ningún tropiezo, relatando acto seguido a Márchala, Crup y Smith todo cuanto les había ocurrido y habían visto en su rápido recorrido por las calles de la ciudad.

Se decidió que, en adelante, se turnarían para hacer guardia en el tejado de la casa, con el fin de proteger desde la altura a los que continuaban trabajando en la reparación del aparato, y evitar, a toda costa los peligrosos ataques por sorpresa que pudieran producirse.

Las órdenes de Perkins eran ahora aceptadas espontáneamente y, éste se daba perfectamente cuenta de que los reparos que al principio experimentaban sus compañeros hacia él, se habían extinguido prácticamente, para dar paso a una franca camaradería y a un verdadero deseo de compañerismo y colaboración.

Marchal, especialmente, estaba muy agradecido, y, a veces, sentía en su interior una especie de remordimiento por su actitud despectiva del día de la salida.

Perkins simulaba ignorar aquel malestar, y continuaba conservando la confianza en sí mismo, desempeñando el cargo de Jefe, con todos sus deberes y consciente de todas sus responsabilidades.

Al llegar la noche, después de haber estado un largo rato vigilando cerca del aparato, volvió hacia la casa y pudo sorprender una conversación, a pesar suyo, entre sus compañeros, mientras Kovak preparaba su comida en la cocina.

—Les repito que es un hombre sensacional —afirmaba Marchal—; me hubiera gustado que le viesen el otro día. Se batió como un verdadero diablo. Sin él, nadie hubiera vuelto vivo.

—Sí, sin duda debe ser un buen tipo —respondió Smith—. Las faltas que haya podido cometer con anterioridad no nos incumben a nosotros lo más mínimo, y creo que nos podemos fiar plenamente de él. Con toda seguridad.

—Era un criminal —dijo Krupp hoscamente.

La voz de Smith se endureció:

—Fuiste tú quien nos lo dijo. Nosotros ignorábamos toda la historia.

—Sí... Sí, lo dije. Dije lo que todo el mundo pensaba en el Centro. Después de todo nada tenéis que reprocharme, simplemente quise poneros en guardia.

—Y llamar la atención de Perkins jugando a los matamoros... ¿Tú crees que no lo hemos comprendido?

—¿Por qué razón tenía yo que hacer una cosa así?

—Porque jamás le perdonaste el haber sido elegido él en vez de tu para tomar el mando de esta Legión.

—Esto es insensato... todo aquello está olvidado... Son ustedes ridículos.

Perkins oyó una puerta que se cerraba, y escogió aquel momento para entrar en el *living-room*, mostrando ignorancia sobre la escena que acababa de desarrollarse.

Una profunda decepción se había apoderado de él. Krupp le había parecido sincero desde el principio, y ahora tenía que reconocer que se había equivocado. En el fondo era un buen compañero, y sentía mucho tener que pensar eso de él.

En el presente les había ganado la amistad. Eran sinceros con él, y esto era lo único que le podía importar.

Ayudado por Kovak se aseguró de que todas las salidas de la villa estaban herméticamente cerradas y, más tarde, se dispuso a poner en orden todos sus

documentos, con la esperanza de poder entregarlos algún día al comandante Rupert.

¿Quién sabe...? Con un poco de suerte... ¡A lo mejor...!

—Mike, que hermoso es hablarte y sentir tu presencia... Tengo tanta necesidad de ti... de ti... de ti..., sería tan fácil, si tú quisieras... puedes reunirte conmigo... puedes... y seríamos felices... felices... felices...

La voz dulce y etérea flotaba como un perfume enervante en el espíritu de Perkins, insinuándose en lo más profundo de su ser, y él no se sentía con fuerza de voluntad suficiente para ahuyentar aquellos extraños pensamientos.

—Mike... sea lo que seo lo que tu hagas, no nos impedirá que nos unamos... más allá de la vida... más allá de la muerte... acuérdate...

La imagen de Mary aparecía tras el cristal de su ventana como una sirena entre dos aguas, fosforescente entre la opaca niebla del exterior, iluminando la noche con su luz irreal. Le tendía los brazos en una implorante llamada, casi desesperada.

—Es falso... es absurdo... no puede existir,...

—Mike... ¡te esperaré...!

—No existe... no existe...

—Y tú has de volver a mí...

En un estado como de hipnotismo se dirigió hacía la ventana y quedó rígido, inmóvil, incapaz de mover ni un solo músculo. Estaba asustado pero se sentía inmensamente feliz.

Mary seguía siempre allí, sonriente, suplicante, apasionada como ella sólo podía estar.

Aquella situación de éxtasis aún duró unos instantes, hasta que Perkins en un violento esfuerzo anímico, reaccionó violentamente y pudo dominar su perdida voluntad. Comprendió la trampa y estuvo a punto de gritar. En aquel instante, la imagen de Mary desapareció bruscamente.

Perkins recordó que Kovak ocupaba la habitación contigua a la suya. También daba al parterre. Podía ser que...

—Kovak, —preguntó todavía con un resto de excitación en la voz— ¿ha visto usted algo detrás de la ventana? Era... era algo luminoso... con... forma... humana... por lo menos lo parecía.

Repentinamente se sintió ridículo y avergonzado, y se arrepintió de haber dicho nada. Todo ello era impropio de una personalidad fuerte como la suya. Comprendía que era absurdo que un hombre de su carácter y de sus vastos conocimientos científicos se dejara dominar por aquellos estados de sugestión y de histerismo.

Kovak se levantó del sillón que ocupaba, y cerrando el libro que estaba ojeando cuando había entrado en su habitación Perkins, se mostró completamente aturdido:

—¿En el parterre? —preguntó.

Quedó de pie frente a la ventana, dirigiendo la vista hacia el jardín, en donde las khorelias vivían tras la malla metálica, movió la cabeza en un gesto

negativo y sonrió ligeramente:

—No; me apena decepcionarle, pero no he visto nada. Perkins, está usted agotado y sería muy conveniente que descansara.

Acentuó su sonrisa para añadir:

—Sólo hay las khorelias... no recuerdo ya cual fue el poeta que dijo que las flores y las mujeres tienen algo en común. Sin duda tenía razón, ¿no es cierto, comandante?

CAPITULO XII

Se reunieron todos por la mañana, y Perkins no tardó en darse cuenta de que el nerviosismo y la sobreexcitación habían hecho presa también en sus camaradas.

Se trataba ahora de tomar serias precauciones, en vista de las graves circunstancias por las que se atravesaban. A tal efecto se establecieron los correspondientes tumos, y cada uno de los Cyborgs, fue encargado de la vigilancia completa de los alrededores de la villa desde el tejado de la casa, que serviría perfectamente de atalaya para dicha labor.

Perkins y sus hombres, dejando a Kovak en sus ocupaciones, decidieron efectuar un detenido reconocimiento del lugar, a fin de llegar hasta el tejado de la casa y una vez en lo alto, ver la forma de instalar allí una alta plataforma que habían construido para albergar al vigilante de turno.

Orientándose rápidamente, siguieron un pasillo con suelo de madera. Abrieron una puerta y se detuvieron, paralizados por el horror y la sorpresa.

En aquella pequeña habitación, donde acababan de irrumpir, y sobre una cama reposaba el cuerpo de una mujer joven. Parecía, dormir. Solamente una fina sábana cubría su cuerpo, cuyas perfectas y armoniosas formas se adivinaban bajo el delgado tejido.

Su cara estaba vuelta hacia ellos, y sus ojos estaban cerrados. Una cara magnífica y de una belleza realmente impresionante.

Perkins se sintió desfallecer. Qué extraño era aquello, ¡Cuanto se parecía aquella cara a la de Mary!

Los mismos cabellos, claros y sedosos, el mismo dibujo de los labios, carnosos y tan bien recortados... la misma forma y la misma expresión.

Sintió ganas de gritar y de correr para escapar de aquella presencia que le obsesionaba, pero ni su garganta ni sus piernas le obedecían. Se sentía como paralizado por el horror. Durante unos segundos su mente se debatió en un caos de encontradas sensaciones, pero poco a poco su razón volvió a lograr el natural equilibrio. Aquello era sólo una casual coincidencia, un vago parecido incrementado por su imaginación y su obsesionado pensamiento. Sí, sólo era eso, únicamente eso.

La imagen de Mary le atormentaba y le perseguiría hasta el fin de sus días. Jamás podría olvidarla por muchos esfuerzos que hiciera para conseguirlo.

Despertó de su ensimismamiento ante la llegada de Kovak, que llegó respirando ruidosamente, y se apresuró a explicarles, excusándose, su omisión de prevenirles por lo que habían encontrado. No había considerado necesario limpiar aquella habitación, puesto que él sólo ocupaba la parte baja de la casa, y había dejado a aquella bella criatura momificada proseguir sus sueños seculares, en la misma posición en que la muerte la había sorprendido. A él, particularmente, no le impresionaba la presencia de la muerte, después de tantos años conviviendo con ella en todos los ámbitos de la ciudad.

Kovak dio algunos pasos por la habitación y se acercó al lecho;

—Qué bonita es ¿verdad? Nada conozco d« ella; probablemente sería una amiga o pariente de las gentes que habitaban esta casa.

Se dirigió hacia la lumbrera, la abrió y puso una varilla metálica para sostenerla, mientras Perkins, nerviosamente, se volvió hacia Krupp ordenándole con voz en la que aún se notaba un cierto temblor:

—Hágase cargo del primer tumo. Marchal le relevará exactamente dentro de dos horas.

El resto de la mañana transcurrió sin que ocurriera ningún otro incidente. Perkins había ido a reunirse con sus compañeros para ayudarles a construir las piezas necesarias, en el pequeño taller que los Cyborgs habían montado cerca de la aeronave.

No lejos de allí, en aquel espacio acotado y rodeado de alambre electrificado, las formidables khorelias habían vuelto de nuevo a su inquietante agitación, intrigando con ello al reducido grupo, especialmente al viejo Kovak, que ante la rara actitud de aquellas plantas no pudo evitar un estremecimiento de inquietud-

Afanosamente se aplicaban todos a su trabajo, pero no podían evitar sentirse presos de un temor sin límites que les helaba la sangre y del que no podían desprenderse.

La alterada voz de Smith, que en aquel momento montaba la guardia en el tejado, les llegó bruscamente. Acababa de notar alguna cosa anormal.

Abandonaron todos los trabajos y se dirigieron rápidamente hacia donde estaba Smith, reuniéndose con él en la elevada plataforma del tejado.

Provistos todos de potentes gemelos prismáticos, observaron en la dirección indicada por el Jefe - Piloto, y pudieron comprobar, a algunos centenares de metros hacia el interior de la ciudad, la presencia de varios grupos de khorelias emergiendo de un frondoso jardín, y adentrándose a grandes saltos en las calles adyacentes a una plaza en la que se podían distinguir otros grupos de plantas, a través de las vecinas construcciones.

Stanislas Kovak, que también se había agenciado unos prismáticos, con los que seguía atentamente los movimientos de las khorelias observando sus extraños manejos dijo lentamente:

—Parece que intentan rodear la central energética de Ciudad. Es aquella construcción que ustedes pueden ver allá. La de la alta cúpula que domina la plaza. Eso era lo que las malditas plantas tramaban desde esta mañana.

—Es absolutamente necesario impedir que lleguen hasta allí, —replicó Perkins enérgicamente— Si destruyen la central y nos privan de energía, estamos perdidos.

—Se aprovecharán de la oscuridad de la noche para atacarnos y vencernos —- murmuró Krupp.

—No hay ni un segundo que perder —prosiguió Perkins— Smith quédese en su puesto y abra bien los ojos. Todos los demás, síganme.

Con las armas a punto en la mano, salieron de la villa y caminaron

rápidamente en dirección a la Central.

Siguiendo a Kovak, que como siempre hacía de guía, se adentraron por las calles que rodeaban la Central, y que de momento parecían despejadas de enemigos. A medida que se iban acercando a la plaza redoblaban las precauciones, que nunca eran pocas tratándose de aquel tipo de enemigo, tan incomprensible en sus reacciones y en sus extrañas maneras de conducirse.

Efectivamente, vieron a varios grupos de plantas apelotonadas no muy lejos de allí, y que con gran agitación estaban rodeando en enorme edificio que constituía la Central Energética.

Habiendo descubierto las khorelias la proximidad de los humanos, parecieron reaccionar cambiando de táctica, pero las armas térmicas de los Cyborgs entraron rápidamente en acción, destruyendo las primeras filas de khorelias, que fueron sorprendidas por aquel asalto imprevisto y fulminante imposible de prevenir por la rapidez de su ejecución.

Perkins había señalado a cada uno de sus hombres la cobertura de un sector bien delimitado, y, avanzando velozmente hasta el centro de la plaza, precedidos por continuas ráfagas de sus poderosas armas, obligaron a las khorelias a replegarse hacia el jardín-base de donde habían salido, dejando esparcidos por el suelo los restos calcinados y humeantes de sus compañeras caídas en el duro ataque de los Cyborgs, que avanzaron hacia la Central entre el acre hedor de aquellas pavesas, llenas de vida y maldad unos momentos antes.

Marchal lanzó un grito de aviso: Acababa de sorprender a tres de aquellas plantas que, subiendo por los resaltes de la fachada intentaban penetrar en el edificio por una pequeña abertura.

Con una potente ráfaga de su arma las abatió a las tres, mientras sus compañeras se apresuraban a reunirse a su alrededor.

Era preciso, ante todo, asegurarse de que ninguna otra se había infiltrado en el interior de la Central. Dejando a Marchal y a Krupp vigilando las inmediaciones, Perkins y Kovak se adentraron en el edificio para efectuar una rápida pero eficaz exploración.

Afortunadamente, todo parecía en orden. En las inmensas salas de máquinas, las grandes turbinas movidas por los invisibles reactores atómicos, funcionaban con un zumbido suave y persistente, llevando por los grandes nervios de cobre la poderosa fuerza eléctrica a través de toda la ciudad. Salieron, tras su ronda, y se reunieron a los dos Cyborgs ante la puerta principal.

—No podemos montar guardia día y noche —gruñó Marchal—. Tarde o temprano conseguirán lo que se proponen. Ellas son innumerables y nosotros muy pocos.

Quedaban todavía cuatro o cinco horas hasta la caída de la noche. Perkins se volvió hacia Kovak:

—Sólo nos queda una solución: Levantar una red electrificada alrededor de la Central; exactamente lo que usted hizo en el parterre de la villa en donde

tiene encerradas a «sus» khorelias. ¿Podemos encontrar el material necesario para ello?

Kovak hizo gestos afirmativos con la cabeza y respondió:

—Sí, tiene usted razón, es la única solución que nos queda, pero para llevar a efecto lo que usted dice se necesita mucho tiempo, y...

—No importa... tenemos que aventurarnos.

—¡De acuerdo! En los almacenes de la central encontraremos todo, el material que precisemos. Venga conmigo Perkins.

Media hora más tarde, frente a la entrada de la Central se amontonaban grandes carretes de hilo de cobre, largos postes de acero de más de dos metros de longitud de aguzadas puntas, cables para conexiones, y cuanto material se necesitaba para intentar aquella postrera tentativa de defensa del edificio. Nuevamente tuvieron que hacer fuego contra las khorelias suicidas, que parecían haber comprendido el proyecto de los Cyborgs, y con sus esporádicos, pero feroces ataques trataban por todos los medios de obstaculizar su trabajo.

Realmente éste era agotador, pues a cada momento tenían que abandonarlo para hacer frente a las enloquecidas plantas, disparando contra ellas hasta que retrocedían. Pero las pausas eran cada vez más cortas y la construcción de la valla progresaba muy lentamente.

En vista de que la situación se agravaba por momentos, Perkins se vio precisado a llamar por su audio-radio a Smith para que acudiera a la Central a prestarles ayuda.

Protegidos ya por Smith y Kovak, Perkins ayudado por Krupp y Marchal, empezaron por levantar los postes metálicos destinados a soportar el peso de la red de hilos de cobre, que se proponían tender a una altura de dos metros aproximadamente por todo el perímetro que rodeaba el edificio.

El trabajo era lento y arduo, y, al atardecer, pudieron comprobar que aquella instalación preventiva estaba lejos de poder ser terminada en el plazo que ellos hubieran querido.

Afortunadamente el alumbrado artificial, que continuaba funcionado automáticamente, desde la caída de la noche, les permitió continuar sin interrupción la fatigosa tarea que, poco a poco iba avanzando según lo proyectado. A pesar de ello, la situación se hizo más peligrosa, ya que en algunos sectores reinaba la penumbra, y era allí donde las malditas plantas procuraban esconderse y agruparse ya que en la semi-oscuridad de aquellos sectores en sombra, apenas podían ser vistas por los Cyborgs.

Las horas iban pasando en un silencio casi completo, solamente interrumpido por los secos chasquidos de las tenazas cortando alambre y los vibrantes golpes de los martillos sobre los postes de acero, que anunciaban la enérgica concentración de los Cyborgs en aquel trabajo.

En aquellos momentos estaban desenrollando cuidadosamente un gran carrete de hilo de cobre, tendiendo y soldando los hilos bajo la dirección de Krupp que, evidentemente, no dejaba ningún detalle al azar, ya que era un

gran especialista en cuestiones de electricidad.

Un nuevo ataque de las khorelias abortó como el anterior, pero esta vez las plantas se habían armado de sus defensas, y los Cyborgs tu vieron que protegerse para evitar ser blanco de las semillas lanzadas con gran violencia por algunas plantas suicidas que corrían por la plaza desesperadamente, exponiéndose al fuego abierto de las armas de Kovak o de cualquier otro terrestre.

Se levantó un viento helado que soplaba desagradablemente, dificultando el trabajo de las manos de los Cyborgs, al enfriarles las manos, ya que la temperatura había descendido mucho. Mientras el cielo se iba cubriendo progresivamente de densos nubarrones que amenazaban soltar su carga de lluvia o nieve en un corto plazo.

Frente a esa amenaza de mal tiempo, Perkins animó a sus hombres para que activasen el trabajo, y la noche fue dando a su fin sin que ocurrieran nuevos incidentes desagradables.

Empezaban a aparecer por oriente las primeras luces del alba, cuando los Cyborgs, dieron remate a su penosa tarea, y pudieron considerar terminada la gran barrera electrificada. Solamente faltaba conectar el paso de la corriente eléctrica, y antes de media hora todo el sistema funcionaba perfectamente, estableciendo alrededor del gran edificio una mortal barrera dificilísima de salvar a no ser por seres provistos de herramientas totalmente aislantes y manejadas por elementos técnicos en cuestiones eléctricas.

Los Cyborgs podían ahora volver sin temor alguno a la villa, en la seguridad de que la Central Energética estaba lo suficientemente protegida, y se disponían a abandonar la plaza cuando un grito lanzado por Smith les hizo estremecer.

Cercando totalmente la plaza, las khorelias, temblorosas, con las espiras extendidas, bloqueando todas las calles conducentes a la plaza, estaban preparadas para lanzarse sobre ellos y destruirlos. Una enorme cantidad de aquellas plantas-bestias estaban allí esperando la señal de ataque. A cada momento iban llegando más y más.

Nunca habían visto tantas reunidas. Era de suponer que durante la noche habían ido acudiendo lentamente desde todos los sectores de las afueras de la ciudad.

A simple vista pudieron calcular su número en más de un millar y, cuando se volvieron, vieron sobresaltados, como una masa ingente de plantas, en grupo compacto, se deslizaban velozmente hacia las redes electrificadas, impidiéndoles así todo intento de retirada.

Marchal, con un suspiro, no pudo evitar el murmurar:

—Oh, qué le vamos a hacer... ¡Es mejor que acabemos de una vez para siempre!

Perkins, hasta el último segundo, continuaba reflexionando intensamente para encontrar una salida a aquella situación que cada vez se mostraba más y más angustiosa. Todavía no quería darse por vencido, ni quería que sus

hombres adivinaran su temor.

¿Pero no sería todo ello una treta para que sus compañeros no se dejaran ganar por el terror ni se desmoralizaran? En verdad, en su interior tenía el pleno convencimiento de que aquello era el fin.

Pero tenía que dar el ejemplo de un valor que distaba mucho de poseer, a pesar de su arrojo y valentía muchas veces puestas en evidencia, y se aprestó a la lucha final, dispuesto a morir matando.

Smith y Krupp también estaban preparados para el combate que se avecinaba. El único que parecía indiferente y resignado era Kovak. Para él, todo aquello no era nuevo; hacía ya dieciocho años que vivía con aquel temor...

Y el miedo es muy parecido a la felicidad, que se degusta gota a gota.

Y su vaso hacía ya tiempo que se había desbordado...

—Qué ordena, mi Comandante..., ¿atacamos ya de una vez? —preguntó Smith, con los dedos crispados sobre la culata de su arma.

Perkins inclinó la cabeza con gesto afirmativo:

—Sí, y buena suerte a todos; si puedo permitirme...

El resto de la frase quedó ahogado por un ruido ensordecedor que se oyó en aquel mismo instante.

En lo alto del campanario de una iglesia vecina a la plaza, las grandes campanas se lanzaron automáticamente a un repique ensordecedor. Los batanes chocaban con violencia sobre el sonoro bronce, formando una especie de «suite» cromática de sonidos que formaban una corta frase musical, repetida sin cesar, y acompañada por el juego armónico de otras campanas graves o agudos con tintineos más suaves.

Las khorelias, que estaban ya cerca de las alambradas al dar comienzo aquella baraúnda sonora, cesaron en su avance y se inmovilizaron temblorosas.

Las otras, las que estaban situadas en la plaza, esperando atacar de frente se habían quedado rígidas, apagándose de golpe todo su bélico entusiasmo.

Dominando la batahola de sonidos, la voz irónica de Krupp se elevo bruscamente:

—¡Bonita canción! *Ave César, morituri te salutant*.

—Está usted blasfemando y no es éste el momento más apropiado para ello —replicó Kovak en el mismo tono elevado de voz.

—¡Tranquilidad! —gritó Perkins para hacerse oír— Miren, es casi increíble, pero todas las khorelias están como paralizadas ¿Qué será lo que les debe ocurrir?

Perkins no se equivocaba. Las vibraciones de las campanas parecían haber causado un efecto hipnótico sobre las plantas, que habían cesado de agitarse, manteniéndose en una inmovilidad absoluta y como estática.

Kovak, después de haber constatado el fenómeno, confirmó la tesis de Perkins.

—Palabra, tiene usted razón... es incomprensible, no se mueven...

—¿Cuánto tiempo cree usted que seguirán tocando las campanas?
—Pues yo creo que algunos minutos todavía.

Si no me equivoco hoy es Navidad y están repicando por el nacimiento de Cristo.
Perkins se lanzó frente a sus compañeros y les gritó:
—Probemos de pasar antes de que se paren.
Arrogantemente tomó, a la cabeza de sus hombres, la dirección de la larga avenida por la que antes habían pasado para llegar a la Central.
Apresurando el paso, llegaron hasta las primeras plantas suicidas, que no se movieron a su paso. Entonces comprendieron que habían acertado en su teoría, y que, aunque milagrosamente, todavía tenían una posibilidad de salir con vida de aquella trágica situación por la que habían atravesado.
Abordaron la gran arteria, y se adentraron resueltamente por ella, pasando por entre, las khorelias paralizadas, mientras que las campanas de la iglesia seguían entonando los aires del Ave María.
Cuando ya habían salido de la zona peligrosa, los Cyborgs vieron a Kovak que se retrasaba un poco, mirando fijamente al cielo. Gruesas lágrimas le rodaban lentamente sobre sus hundidas y arrugadas mejillas. ¡Rezaba!
Le oyeron murmurar:
—¡Gracias Dios mío...!
El extraño fenómeno del que acaban de ser testigos, no cesaba de intrigarles desde su regreso a la villa, Perkins preguntó a Kovak:
—¿Se había dado usted cuenta anteriormente de esto?
—Ciertamente que no.
El sabio parecía perdido en una meditación profunda, de la que salió momentos más tarde para declarar:
—Es indiscutible que las vibraciones sonoras han llevado a las khorelias a un estado lindante con la hipnosis, lo que parece confirmar las experiencias efectuadas mucho antes de la gran catástrofe sobre las reacciones provocadas por la música en ciertas plantas terrestres. Y si mi memoria no me es infiel, las plantas acuáticas del tipo elodio y las mimosas, presentaban una extrema sensibilidad a las ondas musicales, puesto que parece ser que estas últimas, activaban de una manera muy notable, el crecimiento de sus diversas especies vegetales. Por lo que respecta a las khorelias, es muy posible que por tratarse de un tipo de plantas de una extrema sensibilidad, podríamos decir casi humana, o más bien sobre-humana, los sonidos musicales de cierto diapasón las lleve hasta la más completa parálisis. Es la única explicación que les puedo ofrecer.
Perkins quedó un rato pensativo y luego preguntó:
—¿Por qué no probamos a verificar esta teoría? Ello podría ser muy importante para nosotros, ¿no les parece a Vds.?
Nada podía ser más sencillo. Kovak se acercó a una Sonoteca que estaba en la vecindad, y pudo encontrar algunas cintas magnéticas grabadas y en

perfecto estado de conservación.

Asimismo pudo encontrar un magnetofón, que aunque algo deteriorado en alguna de sus partes, pudo ser perfectamente puesto a punto, y de esta forma consiguieron observar, con entera comodidad, las reacciones de las khorelias encerradas en el parterre del jardín de la villa, a los efectos de la música.

Lo mismo que sus hermanas frente a la Central Energética, las que poblaban el jardín del Profesor, al escuchar los primeros sonidos musicales, ampliados a la máxima potencia del aparato, se habían quedado rígidas, estiradas, temblorosas, Con sus corolas multicolores inclinadas en la dirección del sonido procedente del altavoz, insensibles a la presencia de los Cyborgs, subyugadas, fascinadas como las serpientes a los sones de la flauta de los faquires hindúes.

Los cinco hombres contemplaban aquella situación absortos, con miradas atentas, en las que se reflejaban la alegría y la esperanza, ya que se daban perfecta cuenta de la" significación que para ellos tenía el conocimiento de aquella cualidad de la música sobre las terribles plantas. Aquel éxtasis, aquella especie de hipnosis musical, podía muy bien representar la salvación de .todos ellos.

Repitieron varias veces la operación, teniendo el cuidado de regular más o menos la intensidad de la audición. Estudiaron metódicamente los efectos de las ondas graves y Je las agudas, y comprobaron que eran estas últimas las que parecían causar un mayor efecto hipnótico en las plantas misteriosas.

—He aquí un arma eficaz e inocua, que podremos utilizar en caso de necesidad —murmuró Marchal.

—Montemos una charanga y podremos circular sin precauciones ni temores por toda la ciudad. Yo se tocar el tambor y Krupp la armónica... ¿qué les parece? —esto lo dijo Smith dibujándose en su rostro una amplia sonrisa, que demostraba que la tensión a que habían estado sometidos iba dando paso a un estado de franco optimismo.

La broma del Jefe-Piloto quedó sin contestación. Solamente Perkins dijo tranquilamente:

—Desgraciadamente no tengo espíritu de director de orquesta, pero de todas formas creo que hemos hecho un importante descubrimiento... muy importante...

Y cambiando de tono prosiguió:

—¡Volvamos al trabajo! Es absolutamente necesario que consigamos reparar cuanto antes esta maldita aeronave.

Smith ya había logrado, con esfuerzo y mucha paciencia, construir algunas piezas de la tobera, asegurando el control de dirección. Pero quedaba por hacer todavía la operación más delicada y comprometida, es decir, cambiar las canalizaciones de peróxido de hidrógeno, asegurando así la alimentación de las toberas, que habían sido completamente destruidas.

La esperanza había renacido en sus corazones, ahuyentando un tanto las hondas preocupaciones que hasta aquel momento habían presidido todos sus

actos y llenando la totalidad de sus horas.

Empezó a llover; una lluvia fina y persistente, a ratos intensa pero siempre fría como agujas de hielo, que ciertamente no les ayudaba en nada en su penoso trabajo. Pero aparte de esta incomodidad y molestia, el día acabó sin ningún incidente notable.

En el recinto acotado del jardín, las khorelias habían reanudado su balanceo monótono y regular, mostrando una casi total indiferencia hacia los terrestres y a todo lo que pudiera ocurrir en sus proximidades, pero a pesar de aquella tranquilidad, Perkins, inconscientemente había dirigido su mirada en varias ocasiones hacia aquella hermosa flor que dominaba por su altura y esbeltez, a todas las demás: la más bella de todas.

Era una especie de llamada irrazonable, algo así como una fuerza magnética que a pesar suyo le obligara a dirigir su pensamiento y su vista hacia un punto determinado, y él sabía de antemano. que en aquel punto preciso estaba, «ella», aquella flor fantástica que le tenía obsesionado desde el momento en que la contempló por vez primera. Era una fuerza que superaba a su voluntad y que aniquilaba en él todo espíritu de resistencia y toda consciencia volitiva.

En realidad ellos desconocían casi completamente los secretos de aquella raza seudo-vegetal, extraña y terrorífica. No tenían ni la menor idea hasta dónde podían llegar sus poderes psíquicos y sus radiaciones anímicas. Ignoran si sus múltiples cerebros eran capaces de transmitir ondas capaces de ser captadas por otros cerebros de similar contextura, y si éstas podían llegar a influenciar los cerebros terrestres. ¿De qué fuerza psíquica desconocida disponían para hacerle ver tan claramente la imagen de Mary como cuando estaba viva? ¿Cómo y por qué era todo ello posible para aquellas criaturas?

Cuanto más pensaba en todas estas cosas, más y más se sentía deslizar por la pendiente de una especie de terrores ancestrales, un terror atávico a lo desconocido, repartido entre la duda y la realidad. Era como si repentinamente entrara en un mundo irreal, fabuloso y místico, donde se enfrentaban las potencias del mal, desafiando todas las leyes divinas y morales, y en el que podían ocurrir las más disparatadas y monstruosas aberraciones.

Un mundo de pesadilla y de locura que le ha invadiendo poco a poco... poco a poco... y contra el cual se sentía cada vez con menos fuerzas para luchar.

Y, no obstante, su razón le decía que era suficiente con mirar a la khorelia con ojos normales, para darse perfecta cuenta de que aquella planta nada tenía de particular; que era una khorelia similar a todas las otras del jardín, quizá algo más bella por su colorido o por cualquier otra circunstancia, pero en realidad igual que todas. Idéntica a todas las otras...

Pero Perkins sabía que no era tan fácil convencer a su espíritu de eso. El sabía que había «algo más», y aquí estaba su drama.

Aquella noche decidió quedarse en el living-room, renunciando a entrar en su habitación ni tan sólo por un segundo. Quería sustraerse al campo propicio

donde venía sufriendo aquellas alucinaciones, y que, de permanecer en él, era indudable que se repetiría también aquella noche, como en otras anteriores. Quería probarse a sí mismo que aquello era solo una obsesión de sus sentidos hipersensibles, y que fuera del cotidiano ambiente no se producirían más, ni le volverían a atormentar aquellas apariciones.

Tomó una doble ración de comprimidos energéticos, reguló los estimuladores electrónicos y se enfrascó en el trabajo de recopilar datos y poner en orden sus informes y documentos.

Fue una nueva victoria sobre sí mismo.

CAPITULO XIII

Los tres días que siguieron permitieron a los Cyborgs continuar sus trabajos sin la menor inquietud.

Las khorelias parecían haber abandonado su espíritu belicoso, y ninguna de ellas se había aventurado por las inmediaciones de la villa.

Pero el mal tiempo continuaba manifestándose y empeorando, a la fina llovizna de días pasados, había sucedido una nieve blanda y suave que recubría la ciudad muerta como una inmensa sábana inmaculada.

Los albos y ligeros copos no tardaron en aumentar de tamaño y espesor, convirtiéndose en una densa nevada que caía compacta y silenciosa, como un blanco sudario, que impedía totalmente la visibilidad, obligando a los Cyborgs a desembarazar de nieve los alrededores del aparato, para poder seguir trabajando, maldiciendo una y mil veces aquel fenómeno del mundo exterior, al cual ellos no estaban acostumbrados.

Marchal acababa de empezar su turno de guardia sobre el tejado, cuando Kovak se reunió con los restantes Cyborgs.

Arropado en un viejo y recosido abrigo, esbozó una ligera sonrisa de compasión, al dirigirse a sus nuevos compañeros:

—Tendrán que irse acostumbrando —murmuró—. Esta clase de vida, con sus inclemencias, sus fríos y sus calores, la llevaron sus antepasados antes que Vds. desde el origen de los tiempos.

—Nuestros biólogos todo lo han previsto —replicó Perkins sonriendo débilmente— Los adelantos del hombre sobre el hombre, y en la Naturaleza hasta los componentes del Universo.

—Sí, eso era lo que decía Lucrecio, pero esta doctrina epicúrea me hace soñar... El hombre perfecto de que Vd. habla ya no será un hombre, será otra cosa.

—Un Cyborg...

—Un Cyborg, puede ser, pero estará Vd. nunca en contacto con esta Naturaleza que es el manantial verdadero de la vida.

Paseó largamente la mirada por su alrededor, mirando las cosas y todo aquello que limitaba su campo visual; parecía adormecido, abstraído, soñando y recordando aquellos hermosos paisajes de antaño, que ahora habían desaparecido, y, continuó, como para sí mismo:

—No puede Vd. comprender... Si hubiera conocido este paisaje hace años... Era de tal modo maravilloso... En primavera sobre todo... Habían flores y frutos en los árboles, hierba fresca y verde con gotas de rocío por la mañana, que brillaban como diamantes al besarlas los primeros rayos del sol. Y todo ello olía bien. No hay perfume más agradable al olfato como aquel conjunto de olores que embalsamaba el ambiente. Al inefable aroma de las flores se unía el seco y picante olor del heno seco, y la tierra húmeda exhalaba su característico y agradable dulzor. No puede Vd. imaginar hasta qué punto era

hermoso todo ello.

En verano, por las tarde, se bailaba en la orilla del río al son de una pequeña orquesta. Los franceses llamaban a esto «guinguette». Una «guinguette» con olores de patatas fritas, con discusiones acaloradas, con vivas controversias sobre el último partido de fútbol o de baseball, con parejas de enamorados que se arrullaban y se besaban en los rincones apartados... y el patrón que gritaba «Apresúrense, conozco un buen lugar para el «guateque» de las cinco»...

Kovak soltó una explosiva carcajada y se agachó cogiendo un puñado de nieve con su mano huesuda y delgada.

—Ve Vd.:—dijo— no... no ha cambiado.

Se encogió de hombros, y tiró el puñado do nieve frente a él.

—Ahora somos nosotros los que hemos cambiado... los que nos hemos vuelto extraños...

Ante aquella explosión de oratoria del viejo Kovak, de ordinario callado y ensimismado, ante aquel despertar de su apatía y de su silencio, Perkins comprendió el inmenso dolor que debió experimentar el viejo lleno de nobleza y de dignidad, que era el único superviviente de un mundo destrozado y convulsionado que tanto difería de su mundo subterráneo y superdirigido.

¡Un mundo que jamás comprendería!

Smith salió del aparato dando un grito de victoria:

—Mi Comandante, creo que ya está. Ya he terminado de reparar las canalizaciones. Sólo nos falta comprobar algunos instrumentos y...

No pudo acabar su frase, pues en aquel preciso instante, un grito escalofriante les llegó desde el tejado de la villa.

Se volvieron, todos a una, y quedaron horrorizados por el terrible espectáculo, alucinante, que se les ofrecía.

En lo alto de la plataforma instalada en el tejado, vieron el cuerpo de Marchal estrechamente enlazado por las espiras nerviosas de una gigantesca khorelia que acababa de lanzarse sobre él.

Rodando por la pronunciada pendiente del tejado, hombre y planta luchaban con ferocidad inaudita, en un combate monstruoso, casi sobrenatural, pegados estrechamente el uno contra el otro. Marchal hacía inauditos esfuerzos por desembarazarse de aquellos acerados tentáculos que le aprisionaban- ferozmente, haciendo crujir sus costillas y privándole casi de la respiración, sin lograr ningún resultado positivo. La fuerza que desarrollaba aquella enorme planta debía ser terrible, ya no cedía ni un milímetro en su apretado abrazo.

Perkins y sus hombres, instintivamente, habían sacado sus armas, pero comprendieron al momento que les era de todo punto imposible hacer uso de ellas sin peligro de herir al desgraciado Físico, que continuaba debatiéndose como una fiera entre los, llamémosle, brazos de su enemigo.

Iban a lanzarse a prestarle auxilio, cuando Marchal, con la planta aferrada a su cuerpo, cayó en el vacío, yendo a estrellarse contra el suelo en un choque

siniestro y estremecedor.

Corrieron los Cyborgs hacia él, pero era demasiado tarde. Las espiras arrolladas alrededor del cuerpo de Marchal habían roto sus huesos, apareciendo ante sus compañeros como un muñeco desarticulado. Estaba cogido con desesperación a la corola, lacerada y rota de la planta suicida.

El hombre y la khorelia habían dejado de existir cuando Perkins se inclinó sobre ellos.

Se levantó de un salto y ordenó:

—De prisa, rodeen la villa.

Se dirigió él mismo hacia el jardín con el arma empuñada, escudriñando cuidadosamente en torno suyo. Pero todo estaba en calma. No s® advertía movimiento alguno que indicara la inminencia de un ataque. Aquello daba la impresión de ser un acto de iniciativa personal o bien el resultado de un deliberado plan de ataque en solitario, para sorprender de uno en uno a luí Cyborgs, cuando menos lo esperaran.

En el parterre del jardín, las prisioneras khorelias seguían en su sitio, pero se agitaban frenéticamente, castañeando sus hojas con un ruido seco, como si fueran mandíbulas monstruosas de un animal herido y desesperado. Sus espiras, como látigos, azotaban el aire, con chasquidos que sonaban como pistoletazos.

Perkins se reunió con Krupp, Smith y Kovak en la parte de atrás de la villa.

Ellos tampoco habían notado nada de particular en su ronda de reconocimiento, y no habían podido ver ninguna planta en libertad en todo el perímetro que rodeaba la villa.

Un silencio absoluto y profundo les envolvía. Un silencio tan total que dejaba oír distintamente el siseo, como el rasgar de fina seda, que hacían los grandes copos de nieve al caer sobre el suelo.

Krupp señaló una profunda huella que se veía claramente marcada en la nieve, y que poco a poco iba siendo cubierta por los blancos copos que caían pausadamente.

Eran, sin duda alguna, los trazos dejados por la planta atacante, que debía haber trepado polla pared de la casa, izándose tasta el tejado para sorprender a Marchal que no podía esperar nunca un ataque de aquella naturaleza, estando tan cerca sus compañeros.

Sí, así debían haber ocurrido los hechos.

Y todo ello había sido tan breve... tan extremadamente rápido.

Volvieron todos hasta el lugar en donde yacía el cuerpo inerte de Marchal, angustiados, sin ánimo de hablar ni de hacer comentarios sobre lo sucedido, ni aun para lamentarse de la trágica y súbita muerte del desgraciado Cyborg.

El tiempo apremiaba, y el peligro amenazaba. Un peligro siempre latente y que podría presentarse de improviso, y por el lugar más insospechado. Ya no podían fiarse de la aparente tranquilidad ni de nada. La diabólica estrategia do las khorelias les desconcertaba, y más ahora, cuando creían haber encontrado el medio do burlar la peligrosidad de las astutas plantas.

Era necesario actuar lo más rápidamente posible y, ante todo, decidieron dar sepultura inmediatamente al pobre muchacho.

Se vieron obligados a aserrar las duras espirales fibrosas y el tallo de la planta, estrechamente apretados contra su cuerpo, para poder separarlo completamente de la khorelia.

Mientras tanto, Smith y Krupp cavaron con enérgica rapidez una tumba, al lado de la de Díaz, mientras Perkins y Kovak vigilaban atentamente el jardín, en prevención de nuevas y funestas sorpresas.

—Se ha sacrificado voluntariamente para poder aniquilar a uno de los nuestros —dijo Perkins con voz sorda y llena de ira.

El Profesor, con una infinita tristeza reflejada en su rostro, levantó los ojos al cielo y, labios, exangües y temblorosos, musitaron una muda plegaria a Dios, un ruego a su bondad, para el eterno descanso del alma de aquel desgraciado.

Era ya el tercero que sucumbía ante los ataques de las plantas suicidas. Todos se preguntaban aterrados, cuál sería el siguiente en caer, y aquella incertidumbre, aquel estado de inquietud y nerviosismo, iba minando lentamente la moral de los Cyborgs, que, aunque preparados y entrenados científicamente para soportar las más duras fatigas y toda clase de calamidades de orden físico, no estaban tan sólidamente preparados para asimilar sin quebranto, todos aquellos continuados golpes morales, y aquellas tragedias íntimas que no estaban previstas en el Manual.

Y ninguno dé ellos quería pensar en la respuesta a tan desesperante pregunta. Tan sólo el Destino, y los acontecimientos venideros les darían la contestación.

Perkins continuó dirigiéndose a Kovak, y dijo:

—Pero, óigame, ¿cómo es posible que esta khorelia haya podido llegar hasta aquí?

v—La nieve —contestó simplemente el Profesor.

Perkins subrayó:

—Sí, es verdad, eso... eso... La nieve... Deberíamos haberlo pensado antes... Una buena alimentación para sus raíces, y que les permitirá llegar hasta donde quieran.

De repente dejose llevar por los nervios, y exclamó con rabia e impotencia:

—¡Maldito sea el tiempo! ¡Oh, qué asco... qué asco...!

Estaba en un estado rayano a la desesperación. Lentamente fue calmándose hasta volver a su estado normal.

—Si todavía pudiéramos resistir algunas horas más... sólo unas pocas horas...

Smith, que acababa de acercarse a ellos, se mostró confiado. Las reparaciones iban por buen camino, y confiaba en poder efectuar una prueba decisiva del aparato sobre el mediodía.

Sólo quedaban por soldar algunas conexiones, y en realidad, este trabajo no implicaba dificultades de ninguna clase. Pero no se podía perder ni un solo

segundo en divagaciones, por lo que Smith y Krupp se reintegraron al trabajo para ultimar los detalles, mientras que Perkins y Kovak, arma al brazo, mantenían una estrecha vigilancia alrededor de la aeronave.

Por fin, Smith anunció que todo estaba listo y terminado felizmente, y que sólo faltaba efectuar un ligero ensayo, para ver si todos los mandos respondían debidamente, cosa que era do esperar.

No obstante había que tomar algunas precauciones, aunque éstas no fueran del todo necesarias, y Smith propuso hacer las pruebas él solo, por si por desgracia ocurría alguna cosa imprevista en el aparato.

Perkins encontró acertada la propuesta del joven piloto, y éste tomó su sitio en la cabina de mandos, mientras los restantes Cyborgs y Kovak penetraban en la villa, cerrando las puertas herméticamente.

Smith permanecería en comunicación radiofónica mientras durase el vuelo de prueba, para poder comunicarles sus impresiones en todo momento.

El piloto, momentos después, puso en marcha los reactores para un previo calentamiento, y tras breves instantes, la aeronave se elevó lentamente, estabilizándose normalmente sobre el jardín; poco después fue tomando altura y desapareció en el gris plomizo del cielo, que empezaba a ensombrecerse por el Este.

Un profundo silencio reinaba en el interior de la villa. Todos esperaban con febril impaciencia el primer mensaje de Smith, pues no ignoraban que de sus palabras dependía posiblemente su salvación o por el contrario su condena.

Tras unos minutos de angustiosa espera, que a los habitantes de la villa les parecieron interminables horas, llegó el anhelado mensaje. Fue breve y lacónico:

—Todo va bien —decía el piloto—; doy media vuelta y regreso.

Un intenso suspiro de alivio escapó de la garganta de Perkins, mientras en los rostros de todos sus compañeros resplandecía una emoción imposible de ocultar. Fue dada la orden de activar los preparativos para una marcha inmediata.

Ayudado por Krupp y Kovak estaba reuniendo todo el material que formaba parte del equipo, cuando, súbitamente, sonó en los altavoces la voz alterada de Smith.

—Mi Comandante... La tobera de dirección acaba de desprenderse... es imposible continuar volando en estas condiciones...

Perkins preguntó nerviosamente:

—¿Puede usted llegar hasta aquí?

—No; el aparato no obedece a los mandos. No tengo más solución que procurar tomar tierra. Pero de todas maneras intentaré acortar distancias hacia Vds.

Siguió un breve silencio, durante el cual Perkins se abstuvo hasta de respirar. La voz volvió:

—Queden a la escucha. Espero poder llamarles dentro de unos instantes.

Atención, corto.

La mala suerte, que por un momento parecía haberse alejado, por fin, volvía a caer de nuevo sobre ellos, y esta vez, en forma de verdadera catástrofe. La peor que podía haberles ocurrido.

Perkins intentó establecer contacto con la nave, pero no obtuvo respuesta alguna.

Los tres hombres ignoraban totalmente el drama que, posiblemente se desarrollaba en aquellos instantes a bordo del aparato.

Perkins creyó conveniente ponerles al corriente de la gravedad de la situación por la que atravesaban, y, al saberlo, quedaron todos mudos de estupor, absortos y confundidos por aquel nuevo golpe que la mala suerte les acababa de jugar.

Pero aún, a pesar de todo, no podían desechar una débil esperanza, no podían creer que el Destino les abandonara tan fatalmente, cuando habían llegado, por un momento, al convencimiento de que ya estaban salvados, y confiaban que de un momento a otro verían emerger el casco de la aeronave del mar de niebla que en aquellos momentos cubría la tierra.

Pero aquellas esperanzas no se realizaban. Los minutos iban transcurriendo en una tensión desesperante, sumiendo a los supervivientes en un estado de postración y de enervamiento total y aniquilador. Y poco a poco fueron comprendiendo que todo había terminado para ellos.

Y en aquel momento la voz de Smith resonó de nuevo en los altavoces, devolviendo parte de la tranquilidad a sus compañeros. Por lo menos estaba vivo. Así lo comunicó. Estaba sano y salvo y había conseguido tomar tierra detrás del lago que, por la parte sur, bordeaba la ciudad.

Afortunadamente, los estabilizadores habían funcionado normalmente, y Smith había podido pararse sin ningún contratiempo en la blanca superficie de la tierra.

Nuevamente se oyó su voz:

—No se alarmen amigos, creo que no es nada grave. Es tan sólo una de las piezas que hemos cambiado, que se ha soltado.

Con los nervios en tensión Perkins indagó:

—¿Podrá Vd. arreglarlo solo?

—Desgraciadamente no me será posible. Si pudiera salir del aparato, todo estaría arreglado en poco rato, pero este lugar está infestado de khorelias... Las estoy viendo por el tragaluz. Tengo la seguridad de que no me dejarían dar ni tres pasos fuera del aparato... Y lo bueno del caso es que la reparación que hay que efectuar sólo es cosa de un cuarto de hora.

De nuevo el silencio.

—Quédese en la aeronave, y no intente salir para nada —ordenó Perkins por el micrófono—. Trataremos de hallar la solución. Ya le llamaré. Corto.

Pronto se dieron cuenta de lo difícil de la situación. Salir de la ciudad era prácticamente imposible, y no veían ninguna solución practicable para llegar hasta donde Smith se encontraba bloqueado por las khorelias, e imposibilitado

para efectuar la reparación, ligera pero insoslayable, del aparato, ya que no era prudente por su parte un intento de forzar la salida, por el manifiesto y seguro peligro que ello implicaba.

No obstante, tenían que intentar alguna cosa. No podían quedarse a la expectativa, puesto que el problema que tenían planteado era de los que no admiten espera. Tenían que llegar a la aeronave fuera como fuera, y tenían que llegar pronto. De lo contrario podían dar lugar a que las khorelias, que rondaban el aparato, encontraran algún medio de asaltarlo, o producirle nuevas averías, que ahora sí que ya no habría medio de solucionar.

Fue nuevamente Kovak, a quien se dirigió Perkins, ya que el sabio era, evidentemente, el único que conocía a la perfección toda aquella región, y lógicamente el único que podría llevarlos hasta la zona en donde reposaba la nave.

Localizaron en un mapa el punto exacto en donde había aterrizado el aparato, siguiendo las indicaciones dadas por Smith.

Si conseguían salir de la ciudad, —lo que estaba aún por demostrar— necesitarían igualmente contornear el lago y enfrentarse con los numerosos grupos de khorelias que pululaban por sus orillas.

Perkins miró a sus- compañeros y dijo:

—Sólo veo dos soluciones factibles: Intentar la travesía del lago a nado, o bien encontrar una embarcación cualquiera.

Recordó repentinamente que Kovak tenía demasiada edad para seguirles nadando, y añadió en seguida:

—Sí, es absolutamente necesario encontrar una barca... ¿Es esto posible amigo Kovak?

El viejo sabio movió la cabeza lentamente, murmurando:

—Se puede encontrar... pero,..

Perkins comprendió que era demasiado problemático, y prefirió no insistir:

—Tenemos toda la noche por delante para decidir, —dijo—. De todas maneras, nada podemos hacer hasta el amanecer.

La noche iba llegando a la ciudad siniestra, y la oscuridad invadía poco a poco las cercanías de la villa. Ya había cesado de nevar, y solamente caía algún copo esporádicamente, que bailoteaban en el aire como grandes insectos blancos errantes.

Se iluminaron las calles, y en la densa niebla, qué persistía en densas masas grises y compactas, las luces formaban grandes halos, al refractarse en las gotitas de agua que invadían la atmósfera.

Una terrible noche de espera iba a comenzar; posiblemente la última. Y ocurriera lo que ocurriera no podía haber ninguna más. Perkins lo presentía confusamente. Algo en su interior, le decía que la solución de todos sus problemas, en bien o en mal estaba terriblemente próxima, y que las horas venideras serían decisivas para ellos.

Pero habían de encontrar una solución para llegar hasta el aparato, porque, de lo contrario, estaban completamente perdidos.

Las khorelias no retrocedían ante nada para atemorizarlos ¿Qué era lo que estarían tramando calladamente, no lejos de allí?

Nadie lo podía adivinar.

Con Krupp y Kovak, Perkins estudió un itinerario a través de la ciudad. Aquel itinerario debería conducirles hasta el lago, evitando las zonas más peligrosas, que procuraron localizar lo más exactamente posible.

El tiempo necesario para atravesar la ciudad lo calcularon aproximadamente en una hora-Se abandonaría toda la impedimenta, y material que no fuera estrictamente necesario, y sólo se conservarían las armas.

Kovak había hablado de un embarcadero situado al borde del lago, donde, si tenían suerte, podían encontrar alguna embarcación de material plástico incorruptible, ya que las de madera estarían totalmente podridas, pero ello no era muy probable.

Mientras discutían los detalles de la salida, de repente se apagó la luz del *living-room*, dejándoles sumidos en la más completa oscuridad.

Todos a una se dirigieron hacia las ventanas, pero fuera, también las tinieblas eran totales. Ni una sola luz en todo lo que abarcaba la vista, rompía la negrura de la nublada noche.

Una espantosa certeza se apoderó de los tres hombres, que quedaron inmóviles, paralizados por el estupor, y presos de un terrorífico escalofrío.

—¡La Central...! —murmuró Krupp— ¡Han invadido la Central!

—Evidentemente, tiene Vd. razón. Eso es lo que ha debido ocurrir. Pero, ¿cómo diablos...?

—¿No encuentra Vd. que el momento ha sido muy bien escogido, mi comandante? —barbotó Krupp, rudamente—. Pero, en fin, Vd. es el Jefe y a Vd. le toca decidir, y resolver este problema...

Perkins encajó el golpe sin rechistar. Había adivinado el odio y el rencor que latía en el fondo de aquel individuo, y que de vez en vez no podía evitar soltar como una bomba. ¿Era la oscuridad la que le había prestado el necesario coraje para escupir aquellas palabras de envidia, muestra de un desdén y antagonismo que estaba latente en él desde el principio de la expedición, aunque tratara de disimularlo?

Kovak se había retirado poco después de apagarse la luz, y, momentos más tarde, le oyeron volver, manipulando algún objeto metálico. Se produjo una ligera chispa y una llama amarillenta apareció en el rincón, disipando débilmente las tinieblas en que estaban envueltos.

El profesor reguló convenientemente la intensidad de la llama, y la luz se hizo más viva.

—Es una vieja lámpara de petróleo —explicó el sabio—; me servía antaño, antes de la puesta en marcha de la central.

Perkins verificó por última vez los sistemas de cierre de todas las salidas de la casa. Asegurado ya por este lado, se reunió con Kovak, evitando la mirada del mecánico, que, pasado aquel momento de sinceridad, parecía haber


recobrado su estado de siempre.

CAPITULO XIV

Era casi la media noche cuando, Krupp, que se encontraba de pie cerca del mirador que daba al jardín, dio la alarma a sus compañeros.

Estos se apresuraron a reunirse a su alrededor y Krupp dijo:

—Acabo de oír un ruido extraño... alguna cosa que parecía moverse fuera...

Perkins y Kovak se acercaron a la gran cristalera y escudriñaron las tinieblas que envolvían la casa. Pero no pudieron observar ni oír nada anormal.

—He oído como una especie de deslizamiento, —prosiguió Krupp— y provenía de la entrada principal... ¡Chist... oigan...!

Perkins y Kovak aguzaron el oído, reteniendo la respiración.

Efectivamente, Krupp no se había equivocado, algo se movía en la parte exterior, algo que parecía arrastrarse por la blanda nieve. Un sonido confuso, ahogado, apenas audible, pero real y perceptible.

Perkins susurró al oído de Kovak.

—Apague la luz.

Se deslizó entonces a lo largo del mirador encristalado y esperó a que sus ojos se habituaran a la oscuridad.

Pronto comenzó a distinguir, aunque débilmente, los objetos exteriores, asociando su memoria a la vaguedad visual, intentando localizar todo cuanto ya conocía y retenía en el pensamiento. Y entonces distinguió una débil silueta, como una sombra más densa que la misma sombra que la envolvía. Una forma que se movía, delgada y sinuosa, a pocos metros de la cristalera.

Krupp también debía haberla visto, pues se le oyó murmurar:

—Allí... en medio del jardín... se está acercando. ..

Con los dedos crispados en el gatillo de su arma, Perkins esperó aún durante algunos segundos. Pero aquella silueta parecía haber cesado en sus movimientos de aproximación, quedando en absoluta inmovilidad, confundiéndose con la oscuridad de la noche, negra y profunda. Entonces trató de agudizar sus miradas, puesto que también podría tratarse de una alucinación, pero no, no se trataba de esto. Ahora estaba seguro de que aquello no era efecto de su vista, defectuosa a causa de la negrura de la noche.

Se acercó a Kovak y le dijo:

—Las khorelias del jardín, puede ser... ¿Qué piensa Vd.?

—Estas... o las otras... —respondió Kovak.

—Sí, claro, pero...

—Pero... ¿qué?

—Nada... nada de importancia.

Súbitamente, en el espíritu de Perkins, la imagen de la espléndida khorelia de largos y acorazonados pétalos, purpúreos, y manchados irregularmente de negro y amarillo, acababa de despertarse, al mismo tiempo que sentía

desencadenarse en su interior un ligero escalofrío de terror que avivó sus recuerdos. ¡Otra vez aquello que tanto le angustiaba y tanto le gustaba, al mismo tiempo! ¡No! No debía ser así. Tenía que alejar cuanto antes aquella obsesión que le esclavizaba cuando era víctima de ella. En aquellos momentos de insuperable peligro no podía dejarse influenciar por ninguna causa o motivo. Tenía que estar limpio de mente y dispuesto para actuar con rapidez y determinación ante cualquier contingencia. No podía bajo ningún concepto, distraer su cerebro en pensamientos, que por mucho que alagaran su subconsciente, podían ser funestos en los momentos por que estaban atravesando...

¡Mary...!

Siempre esta obsesión... siempre aquellas alucinaciones que le atormentaban y le privaban de todos sus reflejos...

—Mary... no... no importaba en otro momento, pero sobre todo ahora no, ahora no...

Pero no pudo hacer nada para evitarlo; aquello era más fuerte que su voluntad, y, la imagen de Mary se destacó, como una serpiente de plata que ondulaba su frente a la cristalera del mirador tomando forma, poco a poco en medio de una fosforescencia que la hacía destacar entre la espesa niebla que la envolvía. .

Una serpiente que, lentamente, fue transformándose en una mujer maravillosamente hermosa en su escultural y deslumbrante desnudez.

Un aullido de Krupp hizo dar un salto a Perkins, pero al oír la voz de Kovak sintió que la sangre se le helaba en las venas.

—¡Santo Dios del Cielo!... ¿Lo ven Vds...? Esto es algo incomprensible y totalmente inaudito.

Perkins comprendió entonces que, aquella vez, no era él solo el que presenciaba la estupefaciente alucinación. Que la presencia de aquella forma luminosa, fiel y exacta imagen de su adorada Mary, era también vista por sus compañeros, y que el fantasma maravilloso de ella se volvía real y se manifestaba a los ojos de todos, como si pretendiera crear en la conciencia de sus amigos la misma paralización y enervamiento que sentía él cuando la tenía presente.

Los tres tenían la vista fija en aquel alucinante ser. Kovak y Krupp, que ignoraban, los antecedentes del caso, se preguntaban atemorizados a qué podía obedecer y qué podría representar aquello que estaban presenciando, aunque todos sabían que no podía ser una cosa normal.

En aquel momento la imagen era completa, y, su cara, maravillosa pero atormentada se tendía hacia ellos, con su boca roja como una herida sangrante, y con sus cabellos luminosos, que flotaban sobre sus espaldas desnudas igual que doradas algas entre dos aguas.

—Nos llama... nos habla... ¡la oyen Vds...! ¿verdad?

Krupp se había pegado a los cristales del mirador, fascinado, inmóvil, completamente incapaz de hacer ningún gesto ni de reaccionar...

—¡Todo esto no existe...! —gritó Perkins—. ¡Es un monstruo sin alma ni pensamiento...! ¡No existe...! ¡Hagan un esfuerzo...! Intenten comprender. ..!

—¡Una mujer...! ¿Cómo es posible? —murmuró Kovak.

Y, en el espíritu de Perkins, en su subconsciencia, la voz dulce y acariciadora de la aparición le decía:

—Estoy... siempre he estado... tomo parte del Mundo y de la Creación... no me desprecies...

Y el subconsciente de Perkins traducía.

—¡Mike...! No me desprecies... tengo tanta necesidad de ti... de ti... más allá de la vida... más allá de la muerte... tu vendrás.

Perkins, a pesar de ser el que con mayor intensidad acusaba los efectos de aquella escena, realizó un terrible esfuerzo de voluntad para sacudirse aquel estado de alucinación:

—¡No! ¡Les repito que todo es una trampa! —chilló con voz desesperada — ¡No escuchen... no tiene sentido... por favor... escúcheme, si no estamos perdidos!

Krupp seguía aferrado a la cristalera absorto y como extasiado ante lo que veían sus ojos, y para volver a la realidad, Perkins hubo de golpearle violentamente abatiéndolo en el centro de la habitación, mientras ordenaba perentoriamente a Kovak:

—¡Corra las cortinas...! ¡De prisa!

El viejo tuvo un rayo de lucidez en la mente, pues cumplió con celeridad lo que le ordenaban.

—Encienda la lámpara —siguió diciendo Perkins.

Krupp se encontraba en medio de la habitación, resoplando y tratando de recobrar su lucidez. Michael esperó a que estuviera repuesto del golpe totalmente para decirle:

—Trate de comprender. Hemos sido objeto de una alucinación colectiva y no podemos permitir que nos venzan de esta forma. ¿Comprendido?

Kovak se había dejado caer sobre una silla. Estaba lívido y tembloroso como jamás lo había estado.

Por su parte, Perkins tenía la impresión de que el mundo se le había caído encima.

Tan sólo debían esperar dos horas para que empezara a amanecer el nuevo día tan esperado.

La imagen de Mary seguía allí, pegada a los cristales del mirador, paciente y atenta a cualquier movimiento interior.

Perkins había podido constatarlo, pues en varias ocasiones había entreabierto los cortinajes que cubrían la gran ventana-

Pero luchaba ferozmente consigo mismo y contra aquel fantasma espeluznante al que no podía quitarse de encima.

Mas el instinto de conservación era, en aquel momento, más fuerte que ningún otro sentimiento, y el que dominaba en él.

Nadie había pronunciado la menor palabra en la habitación. El silencio

más absoluto reinaba en ella. Todos esperaban la llegada del día sumidos en sus pensamientos.

Para distraer un tanto la atención de sus compañeros, Perkins transmitió algunos mensajes a Smith; mensajes sin importancia, pero que servirían para mantener atenta la atención de todos, y elevar la moral del infortunado Smith, encerrado en su prisión de acero desde hacía tantas horas.

En un momento determinado, Perkins vio a Kovak que estaba añadiendo petróleo en un pequeño depósito de la lámpara, y, con manifiesta curiosidad le preguntó:

—¿Dónde encuentra Vd. este producto?

Asombrado por aquella pregunta, al parecer, sin sentido el sabio levantó los hombros en un gesto vago:

—En algunas reservas o depósitos. Está conservado en tabletas solidificadas. Este aceite mineral servía, antaño, cómo carburante para cierto tipo de motores de explosión.

—No es eso lo que me interesa, sino su índice de inflamabilidad.

—¿Qué quiere Vd. decir?

Perkins recapacitó un instante:

—¿Dónde se encuentra ese depósito?

—Hay uno no lejos de aquí.

—¿Importante?

—Bastante.

—Tengo una idea. Si consiguiéramos liquidar todo el stock de petróleo solidificado y repartirlo por la ciudad, podríamos incendiar a Rock-City y al mismo tiempo a todas las khorelias. Para nosotros ello no representaría ningún peligro, puesto que nuestros trajes protectores, soportan temperaturas superiores a los doscientos grados. No se inquiete Vd. por eso. Para Vd. también habrá traje protector- Reflexione Kovak, ¿cree Vd. que hay posibilidad de efectuar lo que le digo?

Kovak, frunció el entrecejo, y aprobó en el acto:

—Acaba de tener Vd. una idea genial. Yo creo que es perfectamente posible llevarla a la práctica.

—Nuestro hándicap —señaló Krupp— está en que no funciona ninguna instalación eléctrica, ¿no les parece?

—El depósito está dotado de un grupo electrógeno autónomo. Debe funcionar. Podremos utilizar la bomba aspirante hidráulica.

—Lo esencial es poder llegar hasta el depósito. El resto del plan es más fácil de conseguir.

La idea de Perkins era verdaderamente tentadora, y cuando las primeras claridades del alba empezaron a teñir de gris las nubes, los tres hombres estaban afanosamente dedicados a estudiar un itinerario que, con el menor peligro posible les condujera al almacén del combustible.

Con enorme satisfacción vieron como la claridad del nuevo día se había ido abriendo paso entre las sombras de la noche.

En el exterior al otro lado de la gran cristalera del mirador, la imagen de Mary se había desvanecido, volviendo al misterioso mundo del que había llegado, con lo que el espíritu de Perkins y la inquietud de sus compañeros, volvió a su cauce normal, libres por el momento de aquella alucinante pesadilla.

Sólo quedaban las khorelias liberadas del parterre, al quedar sin corriente la barrera protectora, que arrastraban sus raíces por la blanda nieve que al fundirse rápidamente había transformado los alrededores de la villa en un verdadero barrizal.

Perkins murmuró, empuñando su fusil térmico:

—Creo que ha llegado el momento de entrar en acción.

Todos salieron, los sentidos alerta, preparados para disparar en cualquier momento- Pero las khorelias no se opusieron a su salida, contentándose con agitar sus hojas nerviosamente y agrupándose en el fondo más alejado del jardín.

Krupp, sobreexcitado, había apuntado su arma en aquella dirección, pero la mano de Perkins, bruscamente, desvió el fusil, al mismo tiempo que decía sordamente:

—No serviría de nada... No son éstas las más peligrosas... ¡Vamos... de prisa!

Krupp hizo un gesto de desprecio, que no escapó a la percepción de Perkins, pero se lanzó sin replicar en pos de Kovak, mientras el jefe del Grupo no pudo resistir el deseo de echar una última mirada hacia la majestuosa khorelia que, atemorizada, se había refugiado detrás de sus congéneres.

Perkins se reunió, a grandes zancadas, con los dos hombres que corrían ya por la avenida, en dirección a una encrucijada.

Pasaron frente al cuerpo petrificado de Peggy, cuya bolsa de material plástico desaparecía casi, bajo el montón de nieve que se iba fundiendo, formando canalillos de agua que se deslizaban por sus delgadas y rígidas piernas.

Kovak le dirigió una mirada y le hizo un último gesto de adiós con la mano, y se volvió hacia la izquierda, en dirección al depósito de combustible.

Penetraron en el edificio, construido de piedra granítica, sin haber encontrado ni visto a su paso a ninguna planta viviente, y ello les infundió una buena dosis de esperanza y nuevo coraje para proseguir con la empresa que se habían propuesto llevar a cabo.

Pero toda aquella agitación y sobresaltos eran demasiado para el viejo, sabio, y el pobre Kovak se sentía desfallecer por momentos.

Ahora había que actuar lo más rápidamente posible. Había que proceder a toda velocidad si querían tener un mínimo de posibilidades de salir airosos en su cometido. Y era mucho lo que aún tenían que hacer.

El petróleo corría por las calles vecinas al edificio del depósito, liberado de sus tanques de reserva por un extractor hidráulico de gran potencia, que lo impulsaba al exterior como si fuera un gigantesco geyser.

Sólo bastaría una chispa. Una pequeña e insignificante chispa para provocar un monstruoso holocausto. Y la chispa saltó.

Una ráfaga térmica, salida del fusil de Perkins provocó la hecatombe. Llamas ingentes, coronadas de negras y espesas nubes de humo se elevaron desde el suelo y, empujadas en aquel momento por el viento lamían los edificios cercanos, que pronto ardieron como enormes antorchas.

El incendio llegaba ya hasta el centro de la ciudad, y una espesa columna de negro humo se elevaba en el cielo plomizo-

No quedaba ni un segundo que perder. Kovak se había revestido con un traje antitérmico que Perkins tenía de reserva, y había ajustado la escafandra a su cabeza para protegerla asimismo del fuego.

Salieron del depósito y se lanzaron al exterior en medio de aquel infierno de fuego y de llamas que les rodeaba por todas partes.

El combustible se deslizaba a sus pies como innumerables riachuelos ígneos, que se dirigían hacia el centro de la ciudad, provocando a su paso una horrible devastación. Pero Perkins había calculado que el viento propagara, sobre todo, las llamas en dirección al lago.

Atravesaron varias calles amplias, evitando el quedarse demasiado tiempo contemplando el horrible espectáculo que ante sus ojos se desarrollaba. En las calles, los cuerpos petrificados de los habitantes de aquella ciudad de los muertos, flameaban siniestramente, desintegrándose en cenizas que se mezclaban con las de los edificios que se derrumbaban entre gigantescos haces de chispas, que llovían por todas partes.

A derecha e izquierda, enormes montañas de fuego hacían explosión en el cielo. Era como inmensos fuegos de artificio, que iluminaban la ciudad como en una fantástica noche de carnaval. El carnaval de un pueblo consagrado a los demonios y al más lamentable de los sacrificios.

Era la fiesta del fuego; una fiesta dantesca y digna del Averno, una fiesta de sublimes horrores, que ningún narrador podría describir con todos sus terroríficos detalles.

Como diablos en el infierno, los tres hombres corrían y saltaban en aquel horno que nada podía contra ellos; corrían con todas sus fuerzas; con una desesperación sin límites, como si les persiguieran una manada de búfalos en estampida. Se dirigían hacia las ruinas incendiadas al sur de la ciudad.

Cuando alcanzaron, los suburbios de Rock-City, Perkins detuvo el avance de sus compañeros.

Con creciente inquietud, se dio cuenta de que el viento, que hasta aquel momento soplaba en dirección al lago, acababa de cambiar. Soplaba ahora hacia el Norte, frenando la propagación de las llamas. Aquella parte de la ciudad se hallaba todavía intacta y al margen del fuego por el momento.

Una vez más la suerte les había vuelto la espalda, pero a pesar de todo ya no podían dudar en lo que debían hacer. Era preciso continuar la carrera y alcanzar la orilla del lago costase lo que costase.

Corrieron de nuevo, redoblando ahora sus precauciones y aumentando la

prudencia, chapoteando en la nieve fundida, que había hecho de nuevo su aparición.

Pero, impensadamente, se habían adentrado en un sector que no habían previsto en su itinerario, y pronto se dieron cuenta que las Khorelias infestaban aquel rincón.

Mas ya era demasiado tarde para rectificar. Habían sido inmediatamente localizados, y nubes de semillas silbaban en sus oídos como balas perdidas.

Retrasándose un poco trataron de abordar el lago haciendo un rodeo, pero un grupo de plantas suicidas se lanzó desesperadamente contra ellos, y tuvieron que hacer uso de sus armas para poder contener aquel asalto.

Muy poco protegidos por el terreno casi descubierto, estaban a punto de entrar de nuevo en combate, tras haber rechazado la primera acometida, cuando Kovak les hizo seguir tras él, gritándoles:

—Pongámonos a cubierto... De prisa, por aquí, ¡Síganme!

Le siguieron sin hacerle ninguna pregunta, y pronto reconocieron la explanada donde se habían encontrado la noche de su llegada.

Kovak les conducía hacia el auditorium, que parecía ser el único refugio sólido del contorno. Penetraron en él en tromba, bloqueando rápidamente las puertas de acceso, cuando un centenar de khorelias hacían irrupción en la explanada.

Otros grupos de plantas aparecieron por diversos puntos, formando con las que ya estaban en la explanada un amplio cerco en torno al edificio. Los tres hombres se percataron de que no tenían salida.

CAPITULO XV

Un terrible estrépito de cristales rotos hizo comprender a los acorralados terrestres que había llegado lo peor. Las horribles plantas habían iniciado el asalto definitivo. Era el momento en que indefectiblemente tenían que defender sus vidas del postrer asalto en el que lo jugaban todo. Con los rostros crispados y las armas prontas a entrar en fuego esperaron...

Las duras semillas - proyectiles destruían implacablemente las cristaleras de los miradores y ventanales del auditórium, y era evidente la resuelta intención de las asaltantes. Iban decididas a poner fin a aquel drama espeluznante que desde hacía unos interminables días se venía desarrollando en aquel rincón del planeta.

En aquel momento, cuando ya todo parecía perdido, dado el imponente número de khorelias que se adivinaban entregadas al ataque, Kovak se lanzó decidido a la gran sala, subiendo al estrado donde estaba instalado el enorme piano de cola.

Se instaló frente al blanco teclado al mismo tiempo que gritaba a Perkins y a Krupp:

— ¡Abran las ventanas... todas... de prisa...!

Perkins tuvo un momento de duda ante lo extraordinario de la orden del profesor, pero la voz de éste repitió con premura:

—¡De prisa... es nuestra última carta!

Los sarmentosos dedos del anciano se deslizaron sobre las marfileñas teclas, y, claras y potentes, fueron surgiendo de las entrañas del magnífico instrumento, las primeras notas de la Rapsodia Húngara de Liszt, las cuales llenaron la sala con sus vibraciones sonoras, aquella sala que hasta aquel instante había permanecido en un mortal silencio, sólo roto hacía unos momentos por el estruendo del asalto de las khorelias.

En el hemiciclo, el público, rígido e impasible a cuanto pudiera ocurrir, seguía en su eterno sueño de siglos.

Perkins y Krupp habían adivinado las intenciones de Kovak, quien mientras seguía interpretando la famosa composición les dijo:

—¡Huyan... pronto...! ¡No se preocupen por mí!

Frente a las ventanas, las khorelias habían quedado extáticas, como adormiladas, sólo agitadas por ligeras convulsiones nerviosas, presas de los efluvios hipnóticos que la música ejercía sobre ellas.

Estupefactos vieron como unas cuantas plantas que habían hecho irrupción por el fondo de la sala, se retorcían entre espasmódicas convulsiones con movimientos completamente desordenados, pero asimismo incapaces para obrar libremente a impulsos de la misión que hasta allí les había llevado.

Kovak, con voz velada siguió diciendo;

—¡Os lo pido por favor...! Actúen de prisa... Es posible que mis fuerzas no me alcancen para llegar hasta el final...

El Profesor estaba acabado y se le adivinaba en los límites de sus precarias fuerzas. Lívido y desencajado, con los ojos saltándole de las órbitas, estaba realizando un esfuerzo sobrehumano para poder salvar a sus compañeros del informo. Su fin estaba próximo y él lo sabía. Su sacrificio voluntario no le importaba, pues sabía que no podía vivir por mucho tiempo, pero en sus ojos se advertía la angustia de no sentirse ya con fuerzas para seguir tocando...

Krupp dijo bruscamente:

—Y, bien... ¿a qué esperamos?

Perkins se acercó a Kovak y le puso suavemente la mano sobre el hombro. El anciano esta-tuvo necesidad de volverse para saber que estaba llorando.

—¡Gracias, —le dijo en un susurro— no lo olvidaré nunca!

Oyó que la obra de Listz sonaba con más potencia bajo los dedos de Kovak, respondiendo a la reacción inmediata de una intuición fulgurante.

El Profesor ya no partencia a este mundo. Había encontrado de nuevo el suyo, aquel de antaño, y en aquellos momentos, olvidándose da todo, transportado por el arte y la ensoñación, tocaba con toda su alma, con las últimas fuerzas de su cansado corazón, su última sonata, su postrera interpretación.

Perkins se unió a Krupp al pie del estrado, y juntos, saltando por uno de los ventanales, se dirigieron velozmente hacia la explanada, sin temor a las khorelias que, al influjo de los acordes musicales, momentáneamente eran inofensivas.

Se orientaron rápidamente, tomando la dirección del lago, mientras que a sus oídos llegaban las desgarradas notas de la Rapsodia intercaladas de breves y desiguales síncopas, como la arritmia de un corazón próximo a romperse.

Los dedos de Kovak estaban paralizándose; era cosa que se adivinaba claramente por las interrupciones momentáneas de la melodía y por los estertores con que impulsaba las teclas del piano.

Franquearon la barrera de khorelias y apresuraron el paso todo lo que pudieron. Corrieron.

Debilitándose progresivamente, la música todavía les llegaba a sus oídos, pero ya de un modo intermitente e intercalado de fatídicos silencios.

Cuando alcanzaron los límites de la explanada, oyeron los últimos acordes de la Rapsodia, casi inaudibles por la distancia.

Los dos hombres se detuvieron un momento para recobrar el aliento, perdido por la agitación y la violencia de su carrera.

Perkins se estremeció de horror al representarse la abominable escena que imaginaba estaría desarrollándose en el auditorium. Veía con su imaginación a las malditas plantas, liberadas de su hechizo al finalizar los últimos acordes de la música, abalanzarse furiosamente sobre el cuerpo del desgraciado profesor, y triturarlo entre las poderosas espiras, arrancándole la poca vida que pudiera quedarle, y sin que pudiera tener un final humano, y una muerte pacífica. Un solo instante cruzó por su pensamiento esta horrible escena, y todo su cuerpo se estremeció violentamente por un tremendo escalofrío.

En el preciso momento en que Perkins y Krupp iban a lanzarse al lago para intentar cruzarlo a nado, observaron unas gigantescas llamas que invadían la orilla, en dirección a las ruinas.

De momento creyeron que se trataba del viento que había vuelto a cambiar de dirección; pero inmediatamente se dieron cuenta de que se trataba de otro depósito de combustible que había hecho explosión, y estaba ardiendo después de haber liberado sus reservas subterráneas. El carburante se había extendido por toda la superficie del lago, debido a la ligera pendiente que existía en aquel lugar, formando una capa azulada que se iba extendiendo más.

Las llamas alcanzaron la superficie del agua y se elevaron instantáneamente a varios metros de altura, produciendo una humareda densa y acre que ensombrecía el cielo y dificultaba la respiración.

Impelidas por el fuerte viento, que reinaba en aquellos momentos, humo y llamas invadieron rápidamente toda la superficie del lago, que se convirtió, en un abrir y cerrar de ojos, en una inmensa hoguera, en un apocalíptico mar de fuego, cuyos límites casi lamían ya la orilla opuesta.

Los dos Cyborgs estaban preparados y dispuestos para efectuar la travesía, y habían encerrado sus armas en sus estuches protectores de fibra antitérmica impermeabilizada, fijados a sus espaldas, y a una señal de Perkins, se zambulleron en aquel gigantesco horno artificial.

Momentos antes, Perkins envió un mensaje radiado a Smith, que estaba preparado para acogerles a su llegada a la orilla opuesta. Con una pequeña dosis de suerte, podían hacer el trayecto en cosa de media hora, y eso suponiendo que encontraran alguna ligera dificultad que entorpeciera su marcha, ya que si ésta era normal y nada se interfería en su camino, posiblemente en un cuarto de hora habrían dado cima a su terrorífico y dantesco cometido, y se habrían podido reunir, por fin, con su compañero Smith. Estos eran, al menos, los cálculos de Perkins.

Los reguladores cardiovasculares habían sido graduados así como también los que les aseguraban la regeneración -del oxígeno en la sangre, y ello les daba la seguridad de poder permanecer más de una hora sin necesidad de respirar normalmente. También los acondicionadores termostáticos fueron fijados a más baja temperatura, ya que durante un largo tiempo sus cuerpos habrían de soportar un infernal calor, superior a los doscientos grados centígrados, especialmente sus cabezas, a pesar de que las llevaban protegidas por cascos antitérmicos-

Krupp nadaba a unos cinco brazadas por delante de Perkins, de pronto tuvieron que acompasar la marcha y nadar conjuntamente, en medio de aquel mar de llamas y humo, a fin de controlar la dirección y no desorientarse, puesto que no podían extremar su permanencia en tan espantoso calor.

Alcanzaban el centro del lago, cuando Perkins, con gran inquietud, creyó sentir el roce de algas y lianas deslizándose por debajo de su cuerpo, las cuales flotaban entre dos aguas, a pocos centímetros de la superficie.

Krupp, por su parte, debía haber notado también las mismas dificultades, pues le vio hacer una brusca virada hacia la izquierda. Perkins sintió helarse su sangre, e intentó hacer lo mismo que su compañero, mas se sintió sujeto bruscamente por una pierna, que notaba enredada en un amasijo de plantas acuáticas largas y filamentosas como finos cordeles. Trató de serenar se y mantenerse a flote en la superficie, sin dejarse dominar por el pánico que sentía invadirle, pues ignoraba si aquello que le sujetaba eran plantas acuáticas vulgares, o si se trataba de khorelias sumergidas o algún otro peligro impensado y desconocido. Por el microteléfono instalado en el interior del casco protector, llamó a Krupp, y vio como el mecánico se volvía en su dirección:

—Estoy aprisionado, —le gritó— mi pierna... mi pierna derecha... de prisa, venga a ayudarme...

Perkins había conseguido, con gran esfuerzo, extraer del cinturón de su traje protector un largo y afilado cuchillo que pendía de su cintura, pero Krupp no se movió de donde estaba. Perkins tuvo la impresión de que dudaba sobre lo que debía hacer; que estaba manteniendo una feroz lucha consigo mismo, entre cumplir con su deber o dar prioridad a sus sentimientos de odio y envidia que desde tanto tiempo atrás se albergaba en su alma estrecha y ruin. Le llamó de nuevo con todas sus fuerzas, pero horrorizado, vio como, lentamente, el cuerpo del mecánico iba desapareciendo entre las llamas rojizas que brillaban a su alrededor, dejándole completamente abandonado a sus propias fuerzas, y con muy pocas posibilidades de poder salvarse por sí mismo.

Perkins comprendió con desesperación, que nada podía esperar de aquel ser que le abandonaba tan fríamente, en un peligro tan inminente, y mostrando tal cobardía o tanta bajeza de espíritu.

Una rabia sorda se apoderó entonces de él y, reuniendo sus ya mermadas fuerzas, se replegó sobre sí mismo, con los dedos crispados sobre el mango del cuchillo.

Sumergió primero la cabeza en el agua, y pudo ver, aunque confusamente, la red entremezclada de lianas y algas cuyos tallos se introducían en la profundidad que sus ojos no alcanzaban a distinguir y cuyas ramificaciones se extendían frondosamente por la superficie en una gran extensión, y que eran las que mantenía su pierna prisionera.

Con la energía de la desesperación, atacó ferozmente con su cuchillo a las lianas, nerviosas y resistentes como cuerdas de violín, que le rodeaban, cortando con todas sus fuerzas. Después de haber luchado un largo rato, sintió que el cansancio hacía presa en él, y notó el golpear furioso de su corazón que parecía querer saltarle del pecho.

Sus violentos y continuados esfuerzos exigían un consumo bárbaro de oxígeno, que a sus órganos artificiales les era imposible suministrar, pero aunque él lo sabía, y esperaba que ocurriese, no por ello dejó de luchar denodadamente, y cuando la última liana fue, por fin, segada, pudo deshacer

de aquel entresijo de plantas y salir a la superficie.

La sangre batía locamente en sus parietales con un ritmo de tam-tam enloquecido, y se sentía desfallecer por momentos, olvidando todo cuanto le había empujado a sufrir todas aquellas penas y sacrificios. Olvidándose hasta de la cobardía y el espíritu criminal de Krupp.

Se dejó balancear por las olas durante un largo rato, casi al borde de la inconsciencia, res-• pirando penosamente y sintiendo una terrible opresión en los pulmones- Todo el invitaba o dejarse ir al fondo, su cuerpo sólo le pedía descanso... descanso... paz...

En una fugaz y momentánea reacción, una pequeña claridad se abrió paso hasta su embotado, cerebro, febril, laxo y amodorrado.

En aquella fracción de segundo, Perkins comprendió que si quería seguir viviendo, tenía que alcanzar a cualquier precio la orilla. Ahora más que nunca.

Era un sentimiento extraño, como una llamada misteriosa que sentía en el fondo de su ser, algo indefinible que le empujaba a los últimos extremos y que le subyugaba como una droga misteriosa.

Esperó durante unos pocos minutos hasta que su corazón recobró su ritmo normal, y entonces, pausadamente, prosiguió su avance a través de las llamas que todo lo invadían.

Empezaba a desesperarse, pues a su juicio; y por el tiempo que llevaba nadando, ya debería haber llegado a la otra orilla... ¿no estaría nadando en círculo? Esta idea le puso frenético. No se veía nada a más de diez metros de distancia. Las llamas y el humo denso del petróleo lo cegaban todo. Redobló el ritmo de sus brazadas y, por fin, al cabo de unos instantes le pareció distinguir frente a él la línea recortada y rocosa de la orilla opuesta.

Sí... seguro que era aquello... no se equivocaba...

Sus pies tocaron el fondo arenoso de la orilla, y, sin poder dar un paso más se abatió como una masa inerte sobre una roca plana, a pocos metros de tierra firme.

Su inconsciencia no duró más que algunos segundos, y reaccionó en el momento preciso para regular su dispositivo artificial de producción de oxígeno. La bocanada de aire puro que penetró en sus castigados pulmones le reconfortó en el acto, causándole una Especie de voluptuosa sensación de alegría, y le reanimó lo necesario para proseguir su camino.

Frente a él, el fuego había continuado su progresión abrasándolo todo y dejando solamente a su paso un suelo calcinado en donde llameaban algunos trozos y restos de vegetales. Quizá khorelias, pero a él eso, poco le importaba ahora.

Debía, a toda costa, encontrar a Smith y a la aeronave, si es que todavía estaba a tiempo. Sacudió vigorosamente la cabeza para ahuyentar la ligera modorra que aún persistía en su cerebro, y trató de enviar un mensaje a Smith, pero su radio - emisora portátil había dejado de funcionar.

No debía encontrarse muy lejos del lugar en donde había tomado tierra el aparato. Sin dudar ni un instante se lanzó a lo largo de la orilla, saltando a

cada paso, bordeando toda clase de obstáculos, arrastrándose en algunos mementos, tratando por todos los medios a su alcance de no perder ni un segundo de tiempo.

Durante unos quince minutos caminó a marcha forzada, hasta el límite de su resistencia física, y cuando empezaba a desesperar, atisbo el macizo cuerpo de la aeronave que emergía por detrás de unas pequeñas lomas rocosas y oscuras. Agotado, como jamás se había sentido en su vida, consiguió arrastrarse hasta allí, no teniendo ya fuerzas ni para llamar a Smith y Krupp, a los que distinguió cerca de la nave, a pocos metros de donde él se encontraba tumbado en el suelo, al otro lado de las rocas, discutiendo acaloradamente delante del aparato.

—No podemos marcharnos sin estar completamente seguros de que Perkins ha muerto —decía con calor Smith.

—Pero si yo te digo que lo he visto hundirse, con mis propios ojos... ¿es que no me crees?

Hubo un corto silencio. Perkins aguzó el oído mientras que Krupp proseguía.

—Hemos perdido demasiado tiempo. Debemos llegar a la base lo más rápidamente posible. Salgamos ahora mismo.

—¡No! Esperaré hasta la caída de la tarde, y si entonces no aparece el Jefe te prometo que partiremos sin más dilaciones. Piensa que sólo pudo ser un desvanecimiento momentáneo, y que puede aparecer de un momento a otro...

Perkins vio corno Krupp desenfundaba su pistola y apuntaba hacia el honrado y noble Smith.

—No olvides que desde este momento el Jefe soy yo —-barbotó furioso— He recibido unas órdenes y ¡por Dios que las cumpliré! ¡Vamos, sube al aparato!

La voz de Smith sonó vibrante y llena de cólera:

—O sea, que era esto... ¡Le has dejado morir...! ¿O quizá le has asesinado tu mismo...?

—¡Sube, te he dicho...!

—A lo mejor ha quedado con vida... y tienes miedo de que vuelva... ¿Eh? No te inquietes; ya arreglaremos este asunto con el Comandante Rupert, te lo garantizo.

Perkins iba a alzarse del suelo, cuando una ráfaga lanzada por la pistola de Krupp, alcanzó al desgraciado Smith en plena cara, único punto vulnerable de todo su cuerpo, recubierto por el traje a prueba de fuego. No emitió ni un solo grito. Su cabeza explotó como una granada, demasiado madura, y su cuerpo decapitado, flácido como un saco vacío, se desplomó de golpe en aquel suelo calcinado y negro.

Furioso, desesperado, Perkins disparó a su vez cuando Krupp se lanzaba hacia la aeronave-La primera ráfaga no hizo efecto alguno, al chocar contra la cubierta protectora que envolvía el cuerpo de aquel asesino, y al oír el disparo, éste dio media vuelta quedando clavado por el estupor al reconocer a Perkins.

Quedó inmóvil, paralizado por el pánico. Incapaz de hacer el más pequeño movimiento. Y aquello le perdió.

—¡Cerdo asqueroso! —bramó Perkins—. ¡Canalla asesino...!

El chorro térmico alcanzó a Krupp en el centro de la frente, y, como fulminando por un rayo, se derrumbó violentamente contra el suelo, mezclando su sangre con la de su víctima.

Perkins, lentamente, con movimientos pausados y solemnes enfundó su pistola, y de su pecho se escapó un profundo suspiro.

Luego se acercó al cadáver de Smith y cuadrándose militarmente le hizo el saludo reglamentario, mientras las lágrimas brotaban de sus ojos. Dio media vuelta y, resueltamente, se introdujo en la aeronave.

Momentos después una estela de fuego y un pequeño punto en el espacio, marcaban el fin de aquella terrible aventura, empezada bajo un espíritu de heroísmo y camaradería, y terminada desgraciadamente con el signo de la muerte, la traición y el asesinato.

De aquel magnífico grupo, que llenos de animosas intenciones salieron poco tiempo antes d» las entrañas de la tierra, sólo regresaba un hombre. Un hombre que llevaba en su espíritu toda la amargura que se puede soportar en la vida,

Y clavado en su mente un profundo problema psíquico de muy difícil solución.

CAPITULO XVI

El Comandante Rupert sentose pesadamente en su butaca de plástico verde; quedose un instante perdido en sus pensamientos, y conectó el intercomunicador con gesto brusco.

—Haga entrar al Comandante Perkins.

— dijo.

Algunos segundos más tarde, Michael Perkins era introducido en el despacho y tomaba asiento frente a Rupert, quien, sin entretenerse en palabras inútiles, entró seguidamente en materia:

—-Hemos sido informados detalladamente de su aprovechada misión en la superficie del planeta, y ha recaído sobre mí el placer de testimoniarle toda nuestra admiración hacia Vd. por el abnegado valor que ha demostrado en el curso de esta extraordinaria empresa.

Se levantó con gesto emocionado, y tendió espontáneamente la mano a Perkins, quien la estrechó con efusión, y prosiguió en un tono más sencillo, menos oficial.

—Su conducta ha sido heroica, Perkins. Gracias a Vd. podremos organizar convenientemente nuestra conquista de la superficie, cosa que hasta ahora había sido materialmente imposible. Oh, evidentemente nuestra lucha será larga, muy larga, pues tendremos que disputar el terreno palmo a palmo a esas monstruosas y repugnantes criaturas que lo infestan y lo arrollan todo, pero nosotros no desesperamos y tenemos la convicción de que poniendo a contribución todos nuestros esfuerzos y con el caudal de conocimientos que Vd. nos ha proporcionado conseguiremos nuestros propósitos. Las semillas de khorelia que Vd. nos trajo han podido ser sembradas y cultivadas con pleno éxito en nuestros laboratorios hidropónicos, y nuestros mejores biólogos están tratando en estos momentos de descubrir un tipo de herbicida capaz, por sus cualidades, de exterminar totalmente esas plantas de la superficie de la Tierra.

—¿Cómo piensa Vd. actuar? —preguntó Perkins.

—Por medio de pulverizaciones masivas desde el interior de aeronaves que serán construidas en serie. Si verdaderamente lo consideramos preciso, lo abrasaríamos todo, desde el Polo al Ecuador. Ello no nos preocupa lo más mínimo, puesto que nuestra preparación es tan perfecta, que podríamos sobrellevar cualquier contingencia por grave que ésta fuese. El entrenamiento de los Cyborgs prosigue intensamente, y pronto dispondremos de una gran flota, y de inmensos contingentes humanos perfectamente organizados, que serán los adelantados en la creación do una nueva raza.

Rupert hablaba volublemente, pleno de confianza, y sn entusiasmo le desbordaba- Era preso de una euforia y de un optimismo que no trataba de esconder. Se acercó a Perkins y le puso una mano sobre el hombro en un gesto de afectuosa familiaridad.

Tras unos instantes de vacilación, su voz tornase más solemne y dijo:

—Doctor Perkins. Espero que no se negará Vd. a tomar el mando del Sector de Rock - City. Allí es donde se encuentra el lugar que hemos elegido para establecer nuestra primera base y Cuartel General... ¿Puedo contar con Vd.?

Perkins, al escuchar las palabras del Comandante Rupert, sintió que un hondo estremecimiento conmovía todo su ser. Sabía que después de las vicisitudes que había pasado en aquella terrible expedición tenía un cierto derecho moral a rehusar, máxime cuando aquella invitación a tomar de nuevo el mando supremo de esta nueva aventura, no le había sido hecha en forma de orden, sino como un ruego, como un honor por sus altas virtudes de valor y heroísmo. Por ello no se veía capaz de negarse, pero aparte de todo ello había algo en su interior, una fuerza misteriosa que procedía de todas y cada una de sus células vivas. Una morbosa atracción hacia algo que razonadamente no quería reconocer, pero que en su subconsciente se le presentaba con una nitidez cristalina y diáfana, y que le empujaba con fuerza incontenible a aceptar aquella nueva y no menos peligrosa misión.

Y así, casi sin darse cuenta como un autómata, sin pararse ni un segundo a reflexionar sus actos, firmó el nuevo contrato que le ligaba fatal e inexorablemente a la gran empresa de repoblar un mundo perdido para los terrestres hacía más de doscientos años.

Tal como le había anunciado el Comandante Rupert, era un verdadero ejército de Cyborgs el que se presentaba para invadir la superficie de la Tierra.

En el curso de los años que siguieron a la primera expedición, el entrenamiento masivo de todas las secciones se efectuó de una forma intensiva y metódica, al mismo tiempo que las grandes factorías vomitaban a ritmo acelerado, todo el material necesario para dar cima a aquel gigantesco combate que se habría de librar para dejar la superficie del planeta en condiciones de ser de nuevo habitado por seres humanos. Todo, absolutamente todo, sin dejar el menor detalle en el olvido, era estudiado y solucionado al fin de llevar a feliz término tan importante misión. Todos los posibles problemas y dificultades técnicas que en el futuro pudieran presentarse, eran profundamente discutidos, desmenuzados y pensados hasta lo exhaustivo para que no quedara ni un solo resquicio, ni una sola grieta en la estructura de acuella ingente obra que la humanidad del subsuelo se disponía a realizar.

Una febril efervescencia reinaba en todos les medios sociales; se dictaban nuevas leyes, se hacían proyectos para el futuro. Se estudiaba una nueva organización social. Se desempolvaron viejos libros de texto referentes a antiguas disciplinas que se emplearon siglos atrás en la Tierra, y que ahora, dadas las condiciones de vida en que se desarrollaba su existencia, no tenían aplicación en las profundidades de la Tierras. La Zoología, la Agricultura, la Navegación Marítima, Aérea, etc., etc., y todas las armas del saber humano relacionadas con todas aquellas ciencias y artes que no habían tenido razón de ser en su existencia actual, tuvieron que ser estudiadas de nuevo para poder

hacer frente a todas las contingencias que se habrían de presentar en el futuro, y las cuales no podían ser objeto de improvisación cuando llegara el momento.

Sabios, médicos, ingenieros y técnicos de todas clases preparaban ya «el hombre de mañana», pero en realidad no hacían más que retroceder hacia los orígenes. Aquello sólo era efectuar un restablecimiento del equilibrio natural en la evolución de la historia .de Humanidad.

Y, de día en día, de hora en hora, la esperanza iba ganando el corazón de cada uno de los habitantes de aquel mundo de tinieblas, lo que les hacía tener cada vez mayor confianza en sus dirigentes. Sólo se esperaba la señal, la gran señal, que pondría en marcha la gigantesca ofensiva general. Entonces se produciría la avalancha hacia la superficie, hacia la luz y la vida, hacia la sinfonía universal del mundo exterior...

Y el día «J» llegó.

De los túneles de acceso salieron enjambres de monstruos de acero que transportaban en su interior legiones de Cyborgs con sus equipos completos. A éstos les siguieron otros y otros, en una sucesión casi ininterrumpida, hasta el punto de que los cielos estuvieron infestados de aeronaves.

Se edificaron rápidamente bases, y los relevos fueron asegurados con el pueblo de las profundidades, a fin de coordinar juiciosamente todas las fases del movimiento de ataque.

Perkins volvió a encontrar Rock-City, la ciudad de los muertos, que no era más que un montón de ruinas y de cenizas barridas por el viento, y fue en la misma orilla del lago, que tan trágicos recuerdos traía a su mente, donde se estableció el Cuartel General y se levantaron con toda rapidez los grandes almacenes en donde quedaron establecidas las grandes reservas del herbicida destinado a combatir las khorelia de todo el mundo.

El incendio había destruido toda la ciudad al parecer, y ninguna khorelia había escapado a la furia de las llamas devastadoras, pero, por precaución, Perkins envió algunos comandos a través de las destruidas calles de la ciudad, a fin de prevenir cualquier eventualidad que pudiera presentarse.

Nada encontró del auditorium, salvo algunos trozos de muro ennegrecido, y los restos carbonizados de los seres petrificados, entremezclados con las ruinas y el polvo acumulado por los vientos en aquellos años.

Le pareció oír como en un sueño las espaciadas notas de la Rapsodia Húngara, que flotaba como una suave música fantasmal, en medio de aquellas espantosas ruinas, y aquellas notas murieron por segunda vez en su pensamiento, con idénticos entrecortados acordes, con aquellos silencios angustiosos entre sus frases musicales, en el silencio sepulcral-

Multitud de recuerdos se despertaron en su memoria, y le asaltaron bruscamente, y entonces sintió nacer en todo su ser una extraña sensación, una especie de atracción indefinible que le orientaba hacia la antigua villa de Kovak.

Una vez, quizá la última vez, pero tenía la imperiosa necesidad de

contemplar aquel lugar, de tan trágicos recuerdos, o por lo menos los restos que quedaran en pie. Una necesidad que era más fuerte que su voluntad, que anulaba por completo su albedrío y le dejaba a merced de aquellas fuerzas ocultas y misteriosas que tantas veces había sentido cuando en su primera expedición habitó en aquella casa. Era como una llamada lejana, remota, como si le llegara de las lejanas estrellas, que le envolvía como un aura maléfica y subyugante a un mismo tiempo y que anulaba todos sus reflejos de voluntad.

Y, como un autómata, como un trozo de metal atraído por un poderoso imán, dirigió sus pasos hacia aquel lugar, y, mientras iba acareándose, un tropel de pensamientos confusos y de palabras inconexas iban martilleando sus sienes...

—¡Más allá de la vida... más allá de la muerte...! ¡Mike...! ¡Hagas lo que hagas, nadie ni nada impedirá el reunimos...!

Súbitamente, en su mente estalló una bomba de luz, y se sintió lleno de una alegría desbordante y apasionada... ¡Sí, ella, era ella...! Avanzó velozmente, entre el terror y el sublime gozo que nacía en su interior.

Se encontró ante la villa de Kovak, intacta, tal como la había dejado en el último momento. Nada había cambiado en su aspecto. Su cerebro no intentó siquiera buscar la causa milagrosa que había evitado la destrucción de aquella casa. Otros edificios cercanos también habían salido indemnes del pavoroso incendio que destruyó la ciudad.

Los vientos, posiblemente...

¿Pero que le importaba a él todo esto? Estaba abstraído, y su mente totalmente esclava de la patética llamada que le llegaba, como poderosas ondas magnéticas, penetrando hasta lo más hondo de su ser. Y, como arrastrado por aquella fuerza extraordinaria se dirigió al jardín, ahora lleno de inextricable maleza, y se acercó al parterre donde antaño habían crecido las khorelias cautivas del Profesor...

Y allí... la vio...

Magníficamente bella... más bella que nunca... feliz, altiva, apasionada, saboreando su victoria con una alegría dolorosa...

—Sabía qué vendrías... te esperaba... ¡Gracias por haber venido...! —en el sugestionado Perkins, la voz sonaba dulce, acariciadora, voluptuosa, invitadora...

—¡Mary...!

¡Que inmensa alegría sentía al volverla a encontrar por fin!

Durante todos aquellos años había clamado por su presencia espiritual, su mente llena de dulces recuerdos y de dolorosos remordimientos, había anhelado volver a oír su arrulladora voz sin conseguirlo. Alejado de Rock - City, su subconsciente había permanecido cerrado a toda influencia psíquica procedente de aquel mundo ignorado y misterioso en el que se movía su adorada Mary... y ¡ahora estaba allí otra vez...!

Y aquel sentido perceptivo volvía con toda intensidad quizá más pujante y

más avasallador que nunca, sumiéndole en un estado de completo alejamiento de las realidades presentes.

—¡Mary... perdóname..., he sufrido tanto... si tú supieras...! —era su pensamiento el que hablaba, mientras sus labios se mantenían cerrados.

Lentamente, como en trance hipnótico, se iba acercando hacia la esplendorosa figura que ante él resplandecía en su apasionante belleza. Su mente volvió a ser taladrada por aquella voz acariciadora...

—Ya todo acabó... ahora... Todo terminó... Y sobre todo, nada temas... ¡Verás qué fácil es todo...!

Se lanzó hacia adelante, inconsciente, subyugado, fascinado, y asió entre sus brazos aquella maravillosa mujer de cuerpo escultural. Sintió la proximidad turbadora de su rostro, y se sumergió en el insondable océano de sus verdes ojos. Veía su roja boca, de labios sensuales, que, entreabiertos, estaban suplicando sus besos. Su aliento le envolvía con su embriagador perfume y sentía la caricia de sus sedosos cabellos en su rostro, transfigurado por el amor y la pasión...

—¡Más allá de la vida... más allá de la muerte...!

No llegó ni a darse cuenta de la trampa mortal en que había caído. Se sintió como transportado hacia el vacío negro e inmenso, fuera del tiempo y del espacio, hacia la grandiosidad estelar y las nebulosas lejanas...

Y de pronto cayó.

En la nada... ¡Muerto...!

El Tiempo ha pasado ¡Años! ¡Largos años!

El pueblo de las profundidades ha conquistado la superficie del Planeta. Reina como maestro, y dicta sus leyes por todos los ámbitos del mismo.

Va y viene. Se ocupa. Ordena. Vive... y muere

Tiene sus héroes y sus mártires. Su pasado, sus tradiciones, sus monumentos y sus tumbas, que manos piadosas embellecen con flores los días del aniversario de muerte.

¡Qué extraño! ¡Flores...!

Esos miserables vegetales inferiores, sin alma ni pensamiento, esos residuos inconscientes y poco favorecidos de una especie divina, primordial, eterna...

Se depositan casi sin interrupción, al pie de una inmensa cruz, en el lugar donde fue encontrado el cuerpo de uno de los pioneros de la Nueva Era.

Perkins: Michael Perkins. Ese era su nombre.

Allí mismo donde cayó para siempre por la supervivencia de su raza

¡Qué extraño!

Qué extraño es también que nadie haya intentado buscar la razón del por qué no había sido posible separar su cuerpo del enorme tallo vegetal al cual estaba estrechamente abrazado.

La última khorelia, se decía. Evidentemente. ¿Qué es lo que podíamos hacer, sino dejarles creer que nos habían vencido totalmente?

Pero nuestro poder es inmenso, y sobrepasa el entendimiento humano-

No podíamos alcanzarlos en sus refugios subterráneos... Pero les obligamos a venir hasta nosotros. Y nuestra señal también sonará en un día no lejano.

Y no hay duda de que seremos nosotros los que venceremos.

¿Qué dice Vd.? ¿Que quién soy yo?

Pues bien; por el momento, simplemente una humilde campanilla silvestre disimulada entre las hojas de los vegetales terrestres...

Yo soy... Pues...

LA MÁS BELLA DE TODAS

FIN

WILLIAM MORRISON

UN JUEZ EJEMPLAR

Titulo de la obra original: THE MODEL OF A JUDGE
Versión española de: MARIANO ORTA MANZANO

¿Es prudente hacer juez a un forajido aunque sólo tenga que dictar sentencia en un concurso de pasteles?

Ronar se había regenerado, esta era la palabra, pero él mismo llegaba a advertir que la gente no le miraba con mucha confianza. El embarazo se ponía de manifiesto en los movimientos torpes y precipitados de las personas obligadas a estar cerca de él; en los ojos de las mismas se veía relucir el miedo. El trataba de convencerse de que todo esto pasaría. Con el tiempo, se acostumbrarían a considerarle como a un igual y dejarían de acordarse de lo que él había sido. Pero de momento todavía se seguían acordando. Y él también.

La señora Claymore, del Comité Presidencial, estaba balbuceando:

—¡Oh, señora Silver, qué amable ha sido usted al venir! ¿Toma usted parte en el concurso?

—Pues no sé qué decirle —contestó la señora Silver con una sonrisa de modestia—. Desde luego no espero ganar, interviniendo como intervienen tantas mujeres sobresalientes. Pero por otra parte, pienso que quizá me decida, para aumentar el interés de la contienda.

—Esa es una gran amabilidad de su parte. Pero no diga que no va a ganar. Todavía me acuerdo de algunos de los platos que nos sirvieron en su casa durante la cena, aquella vez que George y yo le hicimos una visita. ¡Huy, eran realmente deliciosos!

La señora Silver soltó otra risita-

—Por Dios, recetas culinarias corrientes. Pero me alegro mucho dé que les gustasen.

—Nos encantó. Y estoy segura de que al juez le encantará también su pastel.

—¿El juez? Pero, ¿no solía dar el fallo una comisión?

El podía escuchar cada palabra. Los demás no tenían la menor idea de la agudeza de su sentido auditivo, y él no tenía el menor deseo de embarazarlos aún más dando a conocer aquella cualidad suya. Podía oír cualquier conversación que se desarrollase en tono ordinario en el gran salón de recepciones. Concentrándose, podía escuchar incluso los susurros. En aquel momento hubo de concentrarse puesto que la señora Claymore se inclinó y cuchicheó en la atenta oreja de su amiga.

—Querida mía, pero, ¿es que no está usted enterada? ¡Tuvimos unos disgustos tan grandes con acuella comisión, unas acusaciones tan terribles de favoritismo...! Fue realmente espantoso

—¿Qué me dice? Pero, ¿cómo han podido encontrar a un juez?

—No mire ahora, por favor. Le diré lo que tiene que hacer. Finja que yo he dicho algo muy gracioso, y eche la cabeza hacia atrás y póngase a reír.

Arrójele una mirada rápida mientras hace eso. Está sentado allí solo, en la tarima.

La señora Silver se echó a reír graciosamente como se le había indicado, y sus ojos barrieron la tarima. Se excitó tanto, que casi se olvidó de cuchichear-

—¡Pero si es...!

—¡Chist! Baje la voz, querida.

—¡Pero si... no es humano!

—Ahora se supone que lo es. Claro que eso es cuestión de criterios.

—Pero, ¿a qué persona de la Tierra puede habérsele ocurrido hacerlo juez?

—A nadie de la Tierra. El profesor Haider, que vive en aquel gran asteroide que está al otro lado del de usted, se enteró de las molestias que teníamos, y nos hizo la sugerencia. Al principio pareció una cosa absurda...

—Desde luego a mí me parece completamente absurdo —admitió la señora Silver.

—No podíamos hacer otra cosa. No había ningún otro en quien pudiésemos confiar.

—Pero, ¿qué sabe él de pasteles?

—¡Querida mía, tiene el sentido más exquisito del gusto! ,

—Sigo sin comprender.

—Es algo sobrehumano. Antes de que aceptáramos la sugerencia del profesor Halder, le sometimos a unas cuantas pruebas. Los resultados nos dejaron sencillamente boquiabiertas: mezclábamos toda clase de especias, las hierbas más delicadas y más exóticas dé Venus o Marte, y los condimentos más fuertes y más ásperos de la Tierra o de uno de los asteroides-granjas y él sabía decirnos todo lo que habíamos añadido, y exactamente en qué proporción.

—Se me hace difícil de creer, Matilde.

—¿Verdad? Es sencillamente increíble. Si no lo hubiese visto yo misma, no podría creerlo. Pero él no puede tener gustos humanos. ¿No era... no era...?

—¿Carnívoro? ¡Oh, sí! Se dice que era la criatura más espantosa que se pueda uno imaginar. Llegaba un animal a un kilómetro de distancia, y lo olía en un relámpago. El y los demás de su calaña hicieron inhabitable la luna de donde procede toda clase de vida inteligente. ¡Figúrese usted, podía haber sido la misma luna en la que estamos ahora!

—¿De verdad?

—Esta o cualquier otra luna de Saturno. No tuvimos más remedio que adoptar ciertas medidas. Naturalmente no queríamos matarlos; eso habría sido lo más fácil, pero ¡tan incivilizado! Por fin, nuestros científicos presentaron la sugerencia de la reforma sociológica. El profesor Halder nos ha contado lo difícil que fue todo, pero parece haber dado buen resultado. Por lo menos en este caso.

La señora Silver lanzó otra mirada con el rabillo del ojo.

—¿Está usted segura, amiga mía? No veo que nadie se le acerque.

—¡Oh, a nadie le gusta desafiar el peligro, Clara! Pero, si en realidad

hubiese algún peligro serio, estoy segura de que los sicólogos no le habrían dejado salir de su madriguera.

—Espero que no. Pero los sicólogos se empeñan algunas veces en correr los riesgos más desesperados... ¡con las vidas de los demás!

—Pues bien, hay un psicólogo que arriesga su propia vida... y la de su esposa, también. .Usted conoce al doctor Cabanis, ¿no es así?

—Sólo de vista, ¿no es su mujer una muy estirada?

—La misma. El doctor Cabanis es el que tiene encomendada la tarea de reformarlo. Estará por aquí. Su esposa va a presentar un pastel.

—¡No me diga usted que ella abriga esperanzas de ganar!

—Cocina muy bien, querida. A cada uno lo suyo- Yo no sé cómo un hombre tan inteligente como el doctor Cabanis podrá aguantarla en lo demás pero, después de todo, él es el psicólogo, no yo, y podría explicarlo muchísimo mejor que lo pudiera hacer yo.

Ronar dejó de prestar atención.

Así pues, el doctor Cabanis estaba aquí. Miró en torno, pero no llegó a descubrir al psicólogo. Probablemente llegaría más tarde.

Aquella idea le agitaba una extraña mezcla de emociones. Algunos de los momentos más penosos de su vida estaban asociados con la presencia del doctor Cabanis. Su vida temprana, la vida de un carnívoro de presa, había sido indeciblemente feliz. Suponía que podría llamar también a su vida actual una vida feliz, si uno no se empeñaba en definir el calificativo con demasiada precisión. ¡Pero aquel período intermedio!

Aquello había sido, por no decir otra cosa, doloroso. Las largas sesiones con el doctor Cabanis habían removido en él las profundidades de su alma que nunca supo que había poseído. Los shocks eléctricos y las inyecciones de drogas no le habían importado mucho. Pero la reforma gradual de toda su estructura psíquica, el período de la instrucción básica, durante el cual se le había enseñado a odiar tan intensamente su vida pasada, que no pudiera regresar a ella aunque se le abriese el camino, y el acondicionamiento para una vida nueva y útil con seres humanos... todo aquello había sido una tortura de la clase más refinada.

Si él hubiese sabido lo que tenía por delante, no se habría decidido dar el primer paso. Habría luchado hasta que cayera vencido, como habían hecho muchísimos como él. Sin embargo, ahora que todo había pasado, suponía que los resultados valían la pena. Ocupaba una posición que era mucho más importante de lo que parecía a primera vista. Le estaba encomendada la inspección de una gran parte de las provisiones y víveres destinados a planetas exteriores, y su palabra merecía una confianza implícita. Si él ponía reparos a un cargamento éste quedaba anulado automáticamente, sin necesidad de más trámites corroboradores en pruebas de laboratorios. Se le admiraba mucho. Y se le temía.

También se experimentaba hacia él otro tipo de sentimientos. Escuchó un susurro que le sorprendió.

—Querida, pues yo creo que es guapísimo.

—¡Por Dios, Charlotte!, ¡cómo puedes decir eso de un ser que ni siquiera es humano?

—Pues parece mucho más humano que muchos hombres que yo conozco. Y el traje le sienta estupendamente. Oye, ¿tiene cola?

—Que yo sepa, no.

—¡Oh! —Había un cierto tono de desengaño en la exclamación—. Parece un pirata.

—Era una especie de lobo, según me han contado. Nadie diría al verle que andaba a cuatro patas, ¿verdad?

—Desde luego que no. Tan derecho y tan digno.

—Eso demuestra los milagros que puede hacer la psicología.

«La psicología, y una serie de operaciones, queridas señoras», pensó él sarcásticamente. «Sin ellas, no podría yo estar tan erguido y tan digno por mucha que fuera la ayuda de todos los psicólogos de este bonito sistema solar nuestro».

Desde detrás de un macetón de nueces de cactus marcianas, llegaron dos voces bajas, no susurros esta vez. Y había una diferencia de varias octavas de tono entre ellas. Una de macho, otra de hembra.

El hombre decía:

—No te preocupes, cariño. Defenderé tú cocina y tu repostería contra el mundo entero.

Se produjo un sonido raro, algo así entre chasquido y silbido. Lo que los seres humanos llamaban un beso, pensó. Entre los sexos usualmente un signo de afecto o pasión. Algunas veces, especialmente entre las filas del sexo femenino, una fórmula social tras la que podía disimularse un odio mortal.

La muchacha dijo trémulamente:

—Pero estas mujeres tienen tantísimas experiencia- Han cocinado y han hecho repostería durante- años y años.

—Pero, ¿es que tú no has hecho lo mismo para tu familia?

—Sí, pero no es igual. Tuve que aprender de un libro de cocina. Y no tuve a nadie con experiencia que estuviese a mi lado y me enseñase.

—De esa manera has aprendido más rápidamente que si hubieses tenido á tu vera a uno de esos loros dándote instrucciones- Cocinas demasiado bien. Me pondré gordo en poquísimo tiempo.

—Pues tu madre no opina eso. Y tu hermano dijo no sé qué acerca de los pastelillos de novia.

—Cuanto más viejo un chiste, más le gusta a Charles. No te preocupes de eso. —La besó de nuevo—. Ten confianza en ti misma, querida. Vas a ganar.

— ¡Oh, Gregory, eres muy bueno al decirme eso, pero realmente no tengo confianza ninguna en mí misma!

—Si el juez fuese humano y te mirase, a ninguna le quedaría la menor esperanza. ¿No te he dicho hace cinco minutos que eres guapísima?

Ronar volvió a apartar su atención. El amor humano le parecía tan

repulsivo como la mayor parte de las comidas humanas.

Recogió otros cuantos susurros. Y luego entró el doctor Cabanis.

El buen doctor lanzó una mirada circular, sonrió, saludó a varias señoras que conocía como si estuviera presenciando un despliegue particular de sus almas, y luego se encaminó directamente a la tarima.

—¿Cómo estás, Ronar?

—Muy bien, doctor. ¿Viene usted para echarme un vistazo?

—No creo que ya sea necesario- Me interesa el resultado del concurso. Mi esposa ha preparado un pastel.

—No tenía idea de que la confección de pasteles fuera una actividad humana tan popular.

—Todo lo que requiere habilidad se populariza entre nosotros. A propósito, Ronar, espero que no estarás ofendido.

—¿Ofendido, doctor? ¿Qué quiere usted decir?

—Vamos ya me comprendes. Esta gente todavía no confía en ti. Se nota por la manera que tiene de guardar las distancias.

—Yo tomo en cuenta la fragilidad humana, doctor. La fragilidad y la falta de oportunidad. Estos hombres y mujeres no han tenido oportunidad de recibir un tratamiento psicológico extensivo como el que yo he recibido. No espero mucho de ellos.

—Has puesto el dedo en la llaga, Ronar.

—¿No se podría hacer algo por ellos, doctor? ¿Administrarles algún tratamiento que fuese legal?

—Tendría que ser una cosa voluntaria. Mira, Ronar, a ti se te consideraba exclusivamente un animal, y el tratamiento era necesario para salvar tu vida. Pero en cuanto a esta gente se supone de ellas que tienen ciertos derechos. Uno de sus derechos es que se les deje en paz con sus debilidades- Por otra parte, ninguno de ellos está gravemente enfermo. No le hacen daño a nadie.

Por un segundo, Ronar sintió una tentación humana. Tuvo en la punta de la lengua la pregunta: ¿Tampoco su esposa de usted, doctor? La gente se admira de cómo puede usted aguantarla.» Pero resistió. Había resistido tentaciones más graves.

Sonó un gong, suave pero imperativamente. El doctor Cabanis dijo:

—Espero que en este momento del tratamiento no estés resentido conmigo, Ronar. No me haría gracia ver cómo mi esposa pierde el premia porque el juez tuviese un prejuicio contra ella.

—No tenga usted miedo, doctor. Considero mi tarea con orgullo profesional. Elegiré sólo el mejor.

—Por supuesto, el hecho de que los pasteles estén numerados y no firmados con los nombres de sus creadores hará que las cosas resulten menos complicadas.

—Eso podrá importarles a los jueces humanos. A mí no me afecta.

Sonó otro gong, esta vez más ruidoso. Gradualmente, las conversaciones se fueron extinguiendo- Un hombre vestido de rigurosa etiqueta, con bandas

amarillas en los filos de sus pantalones cortos, y colas ondeando por delante y por detrás, subió a la plataforma. Sus ojos brillaban con un saludo tan cálido, que el miedo aparecía casi completamente oculto.

—¿Cómo está usted Ronar? Me alegro de verle.

—Estoy muy bien, senador. ¿Y usted?

—No podría estar mejor. Tome un "cigarro.

—No, gracias. No fumo.

—Es verdad, ustedes no fuman. Además, sería despilfarrar el cigarro. ¡Ustedes no votan!

Se echó a reír cordialmente.

—Creo que van a presentar una ley especial para permitir que:.. la gente..., la gente como yo vote en la próxima elección.

—Yo estoy a favor de esa ley, Ronar, completamente a favor. Puede usted contar conmigo.

La presidenta subió a la tarima, una mujer vigorosa y encopetada que sonrió tanto a Ronar como al senador y que cambió con ellos apretones de mano sin mostrar signos de desagrado hacia ninguno de los dos. Los competidores reunidos y los espectadores tomaron asiento.

La presidenta carraspeó-

—Señoras y caballeros, abramos esta reunión cantando el «Himno de todos los Planetas».

Todos se pusieron en pie, Ronar entre ellos. Su voz no resultaba muy adecuada para el cante, pero tampoco, por lo que se veía, lo resultaba la mayoría de las voces humanas. Y, por lo menos, él se sabía toda la letra.

Le presidenta procedió luego a saludar solemnemente al auditorio, en nombre del comité presidencial.

Luego presentó al senador Whitten. Se refirió traviesamente al hecho de que el senador hacía mucho tiempo que había llegado a la edad de las locuras y hasta ahora se había evadido del matrimonio. Era un enemigo del sexo femenino, pero sin embargo le dejarían hablar.

El senador Whitten recogió el desafío con el mismo tono de travesura. Se había escapado más por su buena suerte, si es que podía llamársele buena suerte a aquello, que por su buen comportamiento. Pero estaba seguro de que si alguna vez hubiese tenido la fortuna de tropezar con alguna de las damas que estaban consagradas allí este hermoso día y hubiera probado los productos de su espléndida cocina y repostería, habría sido hombre perdido. Haría mucho tiempo que habría cometido la poligamia.

El senador Whitten se enfrascó luego en un canto de alabanza al arte antiquísimo de preparar las comidas.

La atención de Ronar se desvió. Lo mismo pasó con la mayor parte del auditorio. Los oídos de Ronar captaron otra conversación susurrada esta vez entre un hombre y una mujer que estaban en la fila de delante-

El hombre decía:

—Yo debería haber puesto tu nombre en el pastel, en lugar de poner el

mío.

—Eso habría sido una tontería. Todas mis amigas saben que no sé una palabra de repostería. Y parecería extrañísimo que yo ganase.

—¡Ay, pues todavía parecerá más extraño si gano yo! No quiero figurarme lo que dirían los muchachos de la tienda.

—Los muchachos de la tienda son estúpidos. ¿Qué tiene de particular que un hombre sepa de cocina y de repostería?

—No me gustaría que se extendiese la noticia.

—Algunos de los mejores chefs han sido hombres.

—No te preocupes más. —La recomendación de la joven sonaba con una nota exasperada—. De todos modos, no vas a ganar.

—No estoy tan seguro, Sheila...

—¿Qué?

—Si gano, ¿te encargarás de explicarle a todo el mundo lo masculino que soy? ¿Atestiguarás a favor mío?

Ella reprimió una risita.

—Mira que si no me ayudas —prosiguió él—, tendré que ir por ahí dando pruebas de cómo soy.

—Cállate, van a oírte.

El senador Whitten continuaba hablando inagotablemente.

Ronar rememoraba la época en que había vagado por la superficie de este satélite, su satélite nativo- Ya no sentía los viejos deseos, los viejos apetitos. Sólo persistían debilísimos fantasmas, fantasmas sin fuerzas para hacer daño. Pero podía recordar la antigua sensación de placer, la delicia de hundir los dientes en un animal al que había atrapado. La salvaje alegría de masticar la carne sabrosa. Ya no comía carne cruda; en realidad no comía carne de ninguna manera. Lo habían condicionado contra eso. Era ahora medio vegetariano, medio sintético. Sus comidas eran nutritivas y saludables, constituyendo una parte de su vida en la que prefería no pensar.

No sentía el menor placer catando los pasteles y otras golosinas que los seres de nacimiento humano tanto cultivaban. Su sentido del gusto había permanecido agudizado solamente en ventaja de los demás. Para él era una burla exasperante.

La voz del senador Whitten hizo un parón súbito. Hubo aplausos. El senador se sentó; se levantó la presidenta. Había llegado el momento del juicio.

Trajeron los pasteles, más de un centenar, rodeados por helados de todos los colores y sabores. La presidenta presentó a Ronar y alabó a la par su imparcialidad y lo refinado de su sentido del gusto.

Ya tenían preparada una cartulina para ir anotando las opiniones. Lentamente, Ronar empezó a desfilar a lo largo de la línea.

No habría habido inconveniente alguno en que cada creador firmase su pastel con su nombre. Mientras se llevaba una porción de cada uno a la boca, podía oír el aliento entrecortado de la mujer que lo había hecho, podía

escuchar el cuchicheo de advertencia de la amiga que tenía al lado. Había pocos secretos que pudieran escapársele.

Al principio, todo el mundo miraba con enorme atención. Pero cuando llegó al quinto pastel una mano se alzó en el auditorio.

—¡Señora presidenta!

—Por favor, señoras, no interrumpan el juicio.

—Pero no creo que esa sea la manera más adecuada de juzgar. ¡El señor Ronar apenas prueba una cortecita de cada pastel!

—Un mínimo de tres cortezas —la corrigió Ronar—. Una del cuerpo del pastel, otra del helado y una tercera corteza de los distintos rellenos.

—¡Pero usted no puede juzgar un pastel de esa manera! Tiene que comerlo, tomarse todo un bocado...

—Por favor, señora, permítame que me explique. Una migaja es todo lo que necesito. Con eso puedo analizar bastante bien el contenido de un pastel. Tomemos por ejemplo el pastel número cuatro, hecho de acuerdo con una excelente receta y muy bien cocido. Harina candeal de Marte, huevos de paloma jupiterina, sal de Urano, unas gotas de naranja venusina y una pizca de especies sintéticas de la mejor calidad. El helado es excelente, hecho con raros azúcares bimagnéticos que le dan un aroma delicioso. Pero desgraciadamente el pastel no ganará el primer premio.

Un grito de angustia surgió de un punto del auditorio.

—¿Por qué?

—No por culpa suya, querida señora. Las frambuesas usadas para hacer el relleno no estaban recién cogidas. Tienen el saborcillo característico de la refrigeración.

—¡El encargado del almacén me juró que eran frescas! ¡Oh, ,1o mataré, lo haré trizas...!.

Rompió a llorar amargamente.

Ronar dijo a la señora que había protestado:

—Confío, señora, en que ahora tendrá usted un poco más de confianza en mi juicio.

Ella enrojeció y se dio por vencida.

Ronar continuó probando. Pudo descartar inmediatamente el noventa por ciento de los pasteles a causa de algún defecto en la materia prima utilizada o por el método del cocimiento. Once pasteles superaron la primera eliminatoria.

Volvió a probarlos, esta vez más lentamente. Cuando completó la segunda ronda, sólo quedaron tres. El número 17 pertenecía a la señora Cabanis. El número 43 había sido confeccionado por el hombre que discutía con su esposa. El número 64 era el producto de la joven novia, a la que todavía no había visto-

Ronar hizo una pausa.

—Mi sentido del gusto está un poco fatigado. Tendré que rogar se me conceda un breve descanso antes de continuar.

Hubo un suspiro en el auditorio. La tensión no había desaparecido; meramente se había relajado por un breve intervalo.

Ronar dijo a la presidenta:

—Me gustaría tomar un poco el fresco. Eso me reanimará. ¿Tiene usted algún Inconveniente?

—Desde luego que no señor Ronar.

Salió. Vistas a través de la delgada capa de aire que rodeaba al grupo de edificios, y a través de la burbuja de plástico que impedía que el aire se escapara al espacio, las estrellas aparecían brillantes y pacíficas. El Sol, muy lejos, era como una estrella madre demasiado bondadosa para olvidar a sus hijos. Era extraño, pensó, recordar que aquel era su satélite nativo. Hacía unos cuantos años aquello había sido un mundo muy diferente. En cuanto a él mismo, igual podía vivir fuera que dentro de la burbuja, lo mismo en aire denso que en aire enrarecido. Suponiendo que abriese un agujero en el plástico...

Pensamientos prohibidos. Se contuvo y se concentró en los tres pasteles y en los tres concursantes.

«Se supone que no dejarás que interfieran tus sentimientos personales- Ni siquiera se supone que sepas quienes han confeccionado estos pasteles. Pero tú lo sabes, esta es la verdad. Y no puedes impedir que tus sentimientos personales influyan sobre tu juicio.

«Cualquiera de los pasteles es bastante bueno para ganar. Elije el que quieras, y nadie tendrá el más mínimo derecho a criticarte. ¿A quién le vas a conceder el premio?

«¿Al número 17? La señora Cabanis es, como una de las otras mujeres la ha calificado tan adecuadamente, una perra de dos patas. Si gana, se hará insoportable. Y probablemente hará sufrir a su marido. No es que él no se lo tenga bien merecido. Pero el pobre pensó que me estaba haciendo un favor. ¿Le haré yo un favor si hago que gane su esposa?

«El número 64, por otra parte, es insufrible sin más ni más. Aquella conversación amorosa con su flamante esposo llegaría a repugnar incluso a los oídos humanos. Aunque también es verdad que, si ella ganase, las demás mujeres se pondrían furiosas. Pensar que una pollita, recién casada, sin verdadera experiencia casera puede llevarse un premio de esta categoría...

«Ah, pero si la idea es fastidiarlas, ¿por qué no darle el premio al número 43? Se morirían de pena. ¡Pensar que un hombre cualquiera ha podido derrotarlas en su propia especialidad! Ya nunca podrían levantar cabeza. Por otra parte el hombre tampoco se sentirá muy satisfecho. Sí, si se trata de devolverles a estos humanos el daño que me han hecho, si se trata de mostrarles lo que pienso realmente de ellos, el número 43 debe llevarse el premio.

«Por otra parte, se supone que debo ser un modelo de probidad. Por eso es por lo que me encomendaron, principalmente, esta tarea. ¿Recuerdas Ronar? Vamos, entremos y probemos de nuevo. Cómete un trozo de cada pastel, por

mucho asco que les tengas. Elije el mejor por sus méritos».

Estaban cotorreando cuando él entró, pero el cotorreo cesó inmediatamente. La presidenta dijo:

—¿Estamos listos, señor Ronar?

—Cuando usted quiera.

Le colocaron delante los tres pasteles. Lentamente cogió un bocado del número 17. Lentamente lo masticó y lo tragó. Siguió el número 43, luego el número 64.

Después del tercer bocado, quedó absorto en sus pensamientos. Prácticamente cada uno de los pasteles era tan bueno como los otros dos. Todavía podía elegir el que quisiera.

La asamblea se había tranquilizado. Sólo la gente más afectada susurraba con nerviosismo.

La señora Cabanis, a su psicólogo esposo:

—Si no gano, será por culpa tuya. Tú me las pagarás.

¿Culpa del buen doctor? Sí, en cierto modo la cosa podía presentarse de aquella manera. Si no hubiese sido el doctor Cabanis, Ronar no habría sido el juez. Si Ronar no hubiese sido el juez la señora Cabanis habría ganado, pensaba ella. Por tanto, todo era culpa de su marido. Quid Herat demostrandum.

El pastelero macho a su esposa:

—Si me da el premio a mí, le salto la tapa de los sesos. Nunca debí presentarme a esto.

—Ahora es ya demasiado tarde para preocuparte.

—Podía ponerme a gritar «fuego» —susurró él, esperanzadamente—. La gente se asustaría y el vestíbulo se quedaría vacío. Y entonces yo podría destruir mi pastel.

—No seas loco. Y deja ya de cuchichear

El joven marido en plena luna de miel:

—Vas a ganar, querida; lo presiento en todo mi cuerpo.

—¡Oh, Greg, haz el favor de no burlarte! Va me he resignado a perder.

—No perderás-

—Tengo miedo. Pásame el brazo por encima, Greg. Apriétame fuerte. ¿Me seguirás queriendo si pierdo?

—Mmmm. —La besó en el hombro—. Tú Sabes que no me enamoré de ti por tu manera de cocinar, cariño. No tienes que hacerme pasteles. Estás lo bastante rica para comerte a ti.

«Tiene razón», pensó Ronar, mientras la miraba fijamente. «El hombre tiene razón. No en la forma que él cree, pero tiene razón». Y de pronto, durante un segundo de decisión, todo el pasado de Ronar pareció flamear por su mente.

La joven recién casada nunca supo por qué había ganado el primer premio.

FIN